OBRAS COMPLETAS DE VARGAS VILA



LA REPUBLICA ROMANA

ESTUDIO HISTORICO

LIBRERIA RUBIÑOS MADRID

LA REPUBLICA ROMANA

OBRAS COMPLETAS DE VARGAS VILA

LA REPUBLICA ROMANA



Antº de Menezes
27-IX-919

MADRID
LIBRERIA DE ANTONIO RUBIÑOS
ENCARGADO EXCLUSIVO PARA LA VENTA DE ESTAS EDICIONES
PRECIADOS, 23. *TELEFONO 5.419.*



Imp. de A. Marzo.—San Hermenegildo, 32 dupd.º.—Tel. 1.977.

DISCURSO LIMINAR

El deseo de la Verdad: he ahí la sed infinita, que aqueja al hombre sobre la tierra;

de todas las formas de la miseria humana, el Error, es, la más profunda y la más inconsolable;

ese Imperio de las Tinieblas no tiene sino un sol que lo disipe: la Verdad;

el alma humana tiene necesidad de la Verdad, como el ser humano tiene necesidad del sol; fuera de ellos, es, el Caos; y, el Caos es la negación de la Vida;

la Verdad, es, la única forma de Revelación, habida sobre la tierra; la Verdad, dicha del hombre al hombre, por sobre las tinieblas del Espacio y del Olvido;

la Verdad, que llena invisiblemente el mundo; de la cual está imbibida la tierra; y, que la envuelve, como un manto de infinita Misericordia: *Plena est omnis terra gloria ejus*;

la palabra que cae de los vastos cielos de la Verdad, fructifica siempre; fructifica en los corazones ávidos del divino Misterio, de creer y de crear;

los espíritus, se regocijan del advenimiento de la Verdad, aunque les sea dicha entre dolores;

el dolor que viene del conocimiento de la Verdad, es saludable, como una purificación; como un cauterio, hecho por el orgullo rojo, de aquel que dice, la Verdad;

y, como presa de un deseo profundo, la multitud de los hombres, sueña siempre con los ricos esplendores de este sol, tan obscurecido y tan lejano; hay que dar a los hombres algo de ese sol de la Verdad, aunque aquellos que aman las tinieblas, nos maldigan;

respondiendo al deseo íntimo de las almas, aquel que dice la Verdad, triunfa siempre; no de ese triunfo inmediato, triunfo vil, que es el castigo y la profanación de la Gloria, sino de aquel otro lejano, que es su consagración; lejano y reverente, como la voz de los siglos;

hay enemigos personales de la Verdad, como hay enemigos personales de la luz, llenos del orgullo tenebroso de su propia ceguedad;

para ellos, hay dos cosas igualmente intangibles y sagradas: la Tradición y las Tinieblas; ellas llenan el mundo; ¡no las toquéis! ¿no veis que sobre ellas reposa, el Imperio del Error?; no hagáis luz, sobre ellas; ¿qué harán entonces los habitantes de ese Hemisferio de la Impostura?; la Mentira, el Fraude, el Cinismo ¿dónde irán á refugiarse?

no digáis la Verdad, no hagáis luz sobre el pasado; anatematizados seréis, por el amor loco del Caos, de

aquellos que han bebido en el pozo de las Tinieblas, y beberán aún ;

y, sin embargo, es necesario, decir el *Fiat*, que ordena a la luz nacer, y, decir la palabra, que ordena a la Verdad surgir, la Inexorable Verdad, única a la que en el torbellino vertiginoso de los siglos, le es dado contemplar, el rostro augusto de la Gloria: *qui vidi conspectum Gloriæ* ;

todo adorador de la Verdad, siente la necesidad de hacer la luz sobre un campo determinado de la Ciencia ;

¿á dónde mayor suma de Impostura acumulada,— de Impostura y de Injusticia,—que en el seno de la Historia ?

más que una conspiración contra la Verdad, una conjuración contra la Justicia, parece el tejido de la Historia ;

llegando a ciertos puntos de ese Imperio de la Adoración á la Fuerza, que es la Historia, cabe preguntar, ¿es el destierro de la Justicia, la condición inmanente de la Historia ? ¿dónde está el alma de la Verdad, en estas crónicas arrodilladas, ebrias del más intolerable servilismo ?

los reyes son todo ; los pueblos son nada, en aquel himno de libertos ;

desde que el autor de los Salmos, dijo á los reyes, «Vosotros sois dioses», el criterio de los historiadores,

pareció cristalizarse, en el veredicto abyecto de aquel Stylita de la Adulación:

la Historia, ha sido deshonrada por los historiadores, que han vivido en contubernio vergonzoso con la Tiranía; y, la Tiranía, es, la lepra de Lázaro, que deforma y, hace pútrido cuanto toca;

no son los crímenes de la Tiranía, los que más asombran: son los crímenes de la Historia; ella no ha sido, sólo, la cómplice vil del Despotismo, sino la ejecutora cruel de sus odios; ella dispone de dos Imperios sin fronteras: el Silencio y, el Olvido; y, los pone al servicio de la Tiranía, para desterrar en ellos, á los grandes nombres, que los tiranos le entregan, para ser ejecutados por su, mano;

la Calumnia, desencadenada por los historiadores contra los hombres de la Libertad, llena la Historia, como los aullidos de una hiena, sobre el sepulcro de los grandes muertos;

los huesos de los rebeldes heroicos, y, de las multitudes sin nombre y sin edad, son devorados por la Mentira, mientras los ritmos solemnes de la Injusticia, estremecen los campos, cayendo sobre esas tumbas, vencidas en su desolación;

porque la Historia, no ha sido sino eso: un verdugo asalariado de la Libertad; un instrumento de los vencedores contra los vencidos; un voceador de renombres sangrientos y de glorias asesinas; un veredicto implacable, contra aquellos que no han tenido la sanción

del Exito, aunque en las manos de esos fantasmas entristecidos, centelleen fulgores del sol de la Libertad, que cayó con ellos, cuando el acero de la derrota, atravesó sus fuertes entrañas, venciendo sus cóleras, y, haciendo abatir el hacha de sus sagradas venganzas;

el alma de la Historia antigua, ha sido servil y cruel, y, no ha sabido sino capitular con la Victoria;

circunscribiéndonos á la Historia de Roma; ¿dónde está el historiador, en el cual palpite, el alma severa y pura de la Libertad?

si Roma, fué un pueblo brutal, enemigo de la Justicia, sus historiadores, representaron a maravilla, el espíritu de ese pueblo;

Roma fué un pueblo grande, que no fué nunca un pueblo libre; y, no tuvo, sino historiadores, enamorados de su grandeza, y, enemigos de la Libertad;

Tácito, aquella grande alma, tan digna de ser libre, ¿qué era cuando de la libertad del pueblo se trataba, cuando frente á una insurrección de esclavos se detenía su pluma, ó de referirse había á los pueblos vencidos por Roma, o tocábale narrar las victorias de esa inmensa coalición de los poderosos contra los débiles?; un difamador de genio;

¿dónde hay en sus libros, un acento generoso en favor de los esclavos o de los vencidos, una voz de protesta contra la Opresión, un grito sincero de libertad; uno de esos grandes acentos que el furor pone en los labios de las grandes almas? ¿dónde? impasible

como la Naturaleza; inexorable como la Fatalidad; sin entrañas, como el Destino;

y, ¿Suetonio? aquel secretario de Adriano, deslumbrado y sobornado por el Poder, parece que hubiera bebido sangre, y, que bebiera siempre; horrible ser, sin alma, á quien sólo el vicio tenía el privilegio de agradar, y el Crimen, no tenía el poder de indignar;

¿dónde, en ese horario de horrores, que se llama: «Los Doce Césares», dónde hallaréis una voz de protesta contra el Crimen, un gesto de indignación ante las monstruosidades; un acento de piedad para los vencidos; de admiración por aquellos que sucumbían defendiendo la Libertad; de conmiseración por los esclavos; algo conmovido, algo noble, algo humano? ¿aquel fonógrafo del delito, era un hombre? el alma está ausente de sus libros; un horror tenebroso los llena; y, un pavor de la Libertad, y, un odio ciego hacia ella ¿odio? tal vez no; olvido completo de ella; esa absoluta incomprensión de *ser libre*, que forma el alma del esclavo intelectual, el más feroz de todos los esclavos;

y, ¿Velayo Patérculo? aquel pretor de Tiberio, y, adulador de Seyano, que habría honrado la Historia ignorándola, y, la deshonra con escribirla, ese último retoño de una dinastía de lacayos, que marchaba detrás del carro de Tiberio, y, tenía su puesto en la litera del César; ¿qué puede decir de la Libertad, y, la Justicia, él, el calumniador de Germánico? agradezcámosle que después de haber deshonrado la Historia de-

formándola, no haya mancillado la Libertad, defendiéndola: la Libertad, no quiere ser servida, sino por almas dignas de poseerla;

y, ¿Salustio? el antiguo pretor de César, que como Cuestor, no dejó de vender sino lo que no tuvo comprador: *ut nihil in eo non venali haberit*; ¿no se insurrecciona contra la Libertad, al verla personalizada en Catilina? ese falso demócrata, expulsado del Senado por prevaricador, ¿podrá entrar en la Historia como Juez?

Tito Livio, el armonioso y pomposo Tito Livio, ¿no era apasionado amigo de Pompeyo, y no fué demasiado cortesano de Augusto, para poder amar la Libertad? el viejo Quirite, tenía el alma demasiado romana, para amar la Justicia y la Humanidad, el *anticus fit anumus*, lo hacía un lobezno sentimental de la Urbe, incapaz de otro culto que no fuera el de la Fuerza, que dominaba el mundo;

y, ¿Plinio? ese era el panegirista de Trajano; ¿no os asorda el clamor de su Adulación? su pluma puesta al servicio de su Ambición, no podía estar al servicio de la Libertad, y, sólo alcanzaba con ella a apuntalar su gobierno de Bitinia; no le pidáis amor á la Justicia á aquel que en su gobierno la vendía; el último ultraje á la Justicia sería el de ser consagrada por las manos de la Venalidad;

y, ¿Plutarco? ese beocio sin elegancias, cortesano de la espada y, manipulador de arcillas ilustres ¿no va

en el vértigo de su adulación, hasta decirnos, que Nerón fué el mejor de los hombres, y, el *Libertador* de la Grecia? ¿no lo veis como con sus propias manos, aplaude los altares y las flores alzados y regadas al paso del hijo de Agripina, del Mimo Conquistador de su propia patria? ¿dónde estaba el helenismo de este hacedor de *terra cottas*, encargado de probar, que si merced á Píndaro y Epaminondas, no era cierta la leyenda de que Beocia, daba de sí, los más imbéciles de los hombres, sí daba los más indignos?; las monografías aduladoras de Plutarco, serán siempre el Breviario de los pretorianos, pero no serán nunca la divina fuente de Verdad, donde desalterar pueda, su desesperante sed de Justicia, una alma libre;

¿dónde encontrar el historiador de la Libertad, en ese tumulto de injusticias, y, de violencias, que es la historia del mundo romano?

todos ellos fueron los adoradores de la Iniquidad, y los sacerdotes de la Injusticia;

¿no veis el silencio ó la mofa que todos ellos hacen, en torno á las escasas horas de libertad, de que gozaron los pueblos, en esa tragedia angustiosa de su vida?

la rebelión, los encoleriza ó los asusta; la libertad, los entristece; no la comprenden; la odian como algo quimérico, que hace mal;

los grandes rebeldes, son siempre ante ellos, grandes criminales;

los héroes vencidos, les son odiosos;

aquellos pueblos que resisten al poder de Roma, son bárbaros y asesinos;

solo el Éxito, es grande ante sus ojos;

solo la Tiranía, es sagrada;

la divinización de los amos de la Tierra, por odiosos que ellos sean, se hace un deber de esos historiadores, de la antigüedad;

allí está Quinto Curcio, para declarar dios, á Alejandro, el ebrio, sanguinario é incestuoso de Macedonia;

Strabón, declarará á Tiberio: *el más justo de los hombres*;

Veleyo, os dirá, que por sus cualidades, Seyano: *estaba más cerca de los dioses que de los hombres.*

¿no escucháis la retórica apaniaguada de Plutarco hacer de Nerón, un Salvador de pueblos?

no os asombréis; Tito, el asesino implacable de los hebreos, será llamado: *la delicia del género humano*;

Calígula y Heliogábalo serán hechos dioses;

César, también lo fué; él inaugura las doce divinidades de Suetonio;

viendo esa divinización constante de los hombres. ¿no empezáis á sentir, cierto justo desprecio por los dioses?

en medio de ese tropel de hombres y de dioses, que actúan en el torbellino de la Historia, ¿dónde están los pueblos?

los Amos lo llenan todo, los pueblos, no tienen casi lugar en la Historia ;

los pueblos, no son nada, ante aquella *florem hominum*, de que habla Plinio ;

aquel ciudadano de Atenas, que negaba la corona á Milciades, después de Maratón, porque no había tenido *él solo*, el honor de la victoria, ese habría sido apedreado por los historiadores de Roma, en castigo á su audaz sinceridad ;

pero, Alejandro, asesinando á Clitus, por haber osado criticar en su presencia, que en las inscripciones de los trofeos, sólo figuraran *los reyes*, y, no, *aquellos que los habían adquirido al precio de su sangre*, ese realizaba, con el puño de su espada, el ideal querido á los historiadores de la antigüedad ;

¿ cómo pues desenterrar la Verdad y, la Libertad, de bajo esa montaña de la Adulación, que es la Historia ?

¿ cómo ?

escribiéndola, sin esa ley de la genuflexión ante el Poder, que parece haber sido el alma de la antigüedad, desde antes de nacer ;

es, rompiendo los acentos de ese concierto extraño de servilismo, en el cual la Historia antigua, quiso poner, todo el espíritu de su vitalidad, balbuceando la adulación, antes de hablarla ;

es, escribiendo la Historia, fuera de ese cesarismo de las letras, que se llama el culto de la Tradición y la fe de los clásicos ;

porque lo que nos ha hecho hasta hoy, esclavos de la Mentira, es ese culto al clasicismo romano, que nos lacta de servilismo, por los pezones exhaustos de la vieja latinidad;

nuestra educación, es una educación de servidumbre, porque es una educación de tradición;

y, la corrupción del pasado, hace de nuestros niños, esclavos espirituales, antes de que las corrupciones de su época, hagan de muchos de ellos, los esclavos políticos, que eclipsan por su impudor, todos los siervos de la antigüedad;

no contentos con educarlos, en una religión sin grandeza, hecha por esclavos y para esclavos, mutilando su libertad desde el día de su nacimiento, entregamos esas generaciones de eunucos mentales, al furor apasionado de los clásicos, para que beban en ellos, la admiración al Despotismo, y, el odio ciego á la Libertad;

¿de dónde viene esa admiración incondicional que nuestros hombres letrados, sienten por el pérfido Augusto, y, por su siglo de pútrido esplendor?... de la corrupción que él sembró en las letras romanas, y, que nosotros hemos bebido, cuando en los bancos de las escuelas, los bonzos del clasicismo, nos envenenaban de antigüedad;

¿no es por Horacio, por la miel de los versos de ese cortesano corrompido, que nuestra juventud, aprende á despreciar á Labeón, como un loco entre los sabios?

. . . Labeon, insanior inter
Sanos dicatur. . . . . .

y, es así, vestido del hazmerreir de esa Sátira, que el gran Sabio, el gran Patriota, el defensor de las libertades romanas, Labeón, aparece á las mentes juveniles, disfrazado por la musa ebria, de aquel bufón de genio;

Augusto, como todos los tiranos, no protegió las letras, sino para corromperlas: él, negó siempre su protección, á aquellos que le negaron su ingenio, y, no acarició otras musas, que aquellas que se hicieron, las cortesanas de su Imperio;

es en esa poesía, degradada por Virgilio y por Horacio, y la cual Ovidio hace lamentable en su desesperación de esclavo desterrado, inconsolable por el rencor del Amo; es en esa elocuencia, corrompida por Mecenas, y, en la cual las rosas oratorias de Tito Livio, brillan con un esplendor de caducidad, que las almas han aprendido y agotado el culto de esa edad de oro del despotismo, en que no le fué dado al Genio, brillar sino por su silencio, y, á la Virtud no le quedó otro refugio que entrar en la obscuridad...

y, antes de esa era augustiana, ¿dónde han aprendido los jóvenes, á odiar la verdadera libertad, y á amar los sofismas del orden, sino en la prosa falsa, inflada y enfática de Cicerón? ¿no es en las metáforas globulares, de ese retórico del viento, que nuestras generaciones han aprendido a odiar a Catilina? ¿no ha

sido en esos grandes gritos de Odio y de Envidia, que todos hemos aprendido á odiar de niños, á aquel vencido, glorioso y enorme, cuya sombra llenó en su época la Historia toda?... ¿no fué en esas Eumenides de la Mediocridad, llamadas: *Catilinarias*, que nuestro juicio se prostituyó por aquel huracán de diatribas que salían de la boca del Miedo y de la Iniquidad?

¿no veis, todavía, nuestros oradores, *liberales* y aun *radicales*, jurar por los manes de Cicerón, y, cegados por la infladura de esa retórica de aviación, pasar con desdén, por no decir con horror, al lado de Catilina? ¡su Maestro, Cicerón, lo dijo: *Magister, dixit*; la Justicia, la Verdad, la Libertad! ¡cosas temerarias!

¡dejad pasar a vuestros liberales, con Cicerón bajo del brazo; van á misa; apresuraos á reir, ya que no vale la pena de entristeceros; y, aprended con la Historia, á despreciar menos á los enemigos verdaderos de la libertad, que á los falsos apóstoles de ella;

¿qué corrupción de criterio, no debemos todos á Séneca, aquel falso genio, que deshonró por igual, la elocuencia y la esclaviud?

ese maestro de Nerón, que para corromperlo todo, corrompió la Filosofía ¿no quiere hacernos arrodillar ante el parricidio de su Amo? cuando escribe al Senado en nombre del Emperador para disculpar el asesinato de Agripina ¿no veis el esfuerzo de aquel, que disculpando el crimen, se justifica de haberlo aconsejado?

Séneca, es también un encanto de los clásicos, y

tiene, con otros, el privilegio de corromper la juventud; bajo el patrocinio de Quintiliano, su bajeza pasa por elegancia, y, se recomiendan como máximas de filosofía, los sofismas de su degradación;

los acentos altivos de Lucano en la «Farsalia», la virtud de Thraseas, la firmeza de Helvedius ante Vespasiano, nos vengan un poco de las bajezas de Quintiliano; pero, ¿no es este vil adulador de Domiciano, el que insulta á los filósofos, porque *osan creerse* más sabios que los Emperadores? ¿no es ese pedagogo declamatorio, enfático y, pueril, el maestro de la Elocuencia, en nuestras Universidades y Liceos? ¿á qué cachorro de Tribuno, no hemos visto prenderse con ahinco en las ubres de esa loba escolástica domesticada por Domiciano?

¿qué nos enseñan las arengas alfeñicadas de Plinio el joven y, toda la literatura equívoca y dulzona del reinado de Trajano? los encantos, las grandezas, y, las misericordias del Poder Absoluto;

de esa miseria nos hemos nutrido todos; y, es, esa medula de liebres, la que damos á devorar á nuestros descendientes;

¿cómo esperamos pues, con esta pedagogía de esclavos, hacer generaciones de hombres libres?

por eso, á la hora presente, es tal la densidad de las tinieblas morales en nuestros pueblos, que no hay ya manera de disimular, el horror que los envuelve;

¿no es hora de reaccionar contra esa escolástica de

siervos, que á todos los peligros accidentales que engendra la Mentira, une el definitivo peligro de nuestra desaparición como pueblos y como raza?

porque es sólo, llegando á ser pueblos libres, que llegaremos a ser pueblos fuertes;

y, no llegaremos á hacer pueblos libres, sino educándolos en la Libertad, fuera de todos los despotismos: del de la Religión, del de la Tradición, y del de la Espada;

hagamos libros, fuera de esos despotismos, y, contra esos despotismos; y, haremos pueblos dignos de combatirlos, ya que hasta hoy, no hemos tenido sino tribus aptas á servirlos;

¿quién ha elevado ese monumento de esclavitud, multiforme y desmesurado?... el libro;

¿cuál es el ariete destinado á demolerlo?

el libro;

los libros heterodoxos, se suceden los unos á los otros, y, es ya enorme el trayecto recorrido en el camino de la liberación de las conciencias;

las acres verdades de la Heterodoxia, rompen los mitos, dormidos á la sombra de los errores metafísicos, viejos como la tierra;

y, el huracán, el sagrado huracán de la Impiedad, hace crujir las viejas catedrales de piedra y de granito, donde se arrodillaban el Miedo y la Ignorancia de los hombres y, la Soledad, empieza á apoderarse de los tem-

plos, y, los devora con su enorme boca de desierto: *solitudinem vacat terra*...

pero ¿la Historia?

el trascendentalismo de la Historia, parece descuidado por la Libertad;

¿cuáles los libros de Historia Romana, escritos en favor de los oprimidos, relatadores y ensalzadores, de los grandes gestos épicos de la Libertad, á través de los siglos en que imperó la servidumbre?

¿es que las asperidades de la tarea, la hacen inaccesible, como un pico de monte, donde el espíritu de la Verdad no podrá llegar jamás?

¿no será pues posible arrebatar la Historia á la facción de los serviles, al *trust* de los retóricos asalariados que la escribieron, llenos de la pasión desbordante y devoradora de la Tiranía?

dos pasiones se han disputado siempre el corazón del mundo: la pasión de la Autoridad y, la pasión de la Libertad;

la Historia antigua no conoció este segundo, amor de los hombres; y no lo sirvió jamás;

¿no sería tiempo de desentrañar de ella, las luchas y los dramas de la Libertad y, mostrarlos al mundo?

dar voz á los muertos y, á las multitudes, que han caído combatiendo por la Libertad y, por el Derecho, hacerlos hablar, defender y explicar su obra y, decir el *porqué* de su derrota;

tal, es el espíritu y, el fin de este libro, por lo que á la Historia de Roma se refiere;

podría decirse que son, la historia y la glorificación de los vencidos, las que viven en estas páginas;

en Historia, no hay nada nuevo; el *nihil novum sub solem*, se hizo para la Historia;

la originalidad, es imposible en Historia, como en todo;

la Historia se alimenta de hechos; y, los hechos se cuentan, no se inventan;

¿en dónde pues el alma y la novedad de la Historia? en el CONCEPTO, del historiador;

contar un hecho, he aquí el narrador;

comentar el hecho, he ahí el Historiador;

he ahí por qué el CONCEPTO, es el alma de la Historia, y, la Historia toda;

¿frente al hecho, llamado Tiranía, el historiador aplaude? he ahí el *concepto conservador*, que hará textos, para una escuela de esclavos;

¿el historiador reprueba el hecho Tiranía? he ahí el *concepto liberal* de la Historia; ese hará texto en una escuela de hombres libres;

igual sucede, frente á las revoluciones y á los revolucionarios contra el despotismo; se critican ó se aplauden, según que el criterio del historiador, sea el criterio conservador del servilismo, ó el criterio liberal, de la Rebelión;

y, no hay más que esos dos criterios en Historia;

así un Historiador no puedè dar sino dos cosas originales ó mejor dicho personales, en su obra: su Estilo y su Concepto; es decir su Arte y su Alma;

puede haber libros sin Arte; ¡los hay tantos! pero, libros sin alma, he ahí lo que no acepta la Historia, ni aun en los narradores sin genio, como Hesiodo;

su alma, es decir su conciencia, he ahí la que debe mostrar el Historiador, desnuda y palpitante, en las páginas de sus libros;

su alma llena de pasiones nobles: la Cólera, la Justicia, la Verdad; todo lo que revele ese Infinito, latente y tormentoso, que es el corazón de un hombre: *marem umbra*;

¿quién habla de suprimir la pasión, en Historia?

tanto valdría suprimir el alma del Historiador;

la Impasibilidad, en Arte, como en Historia, no es sino, la Impotencia; la Impotencia absoluta de sentir;

el alma del hombre, es naturalmente estremecida, y estremecible como el mar; la pasión es el viento divino que la agita; viene de lo alto y la hace cantar ó la hace rugir según el encanto ó el horror que traiga entre los pliegues de sus alas;

la Imparcialidad, no es sino la máscara cobarde de la Hipocresía;

el espíritu humano, es naturalmente apasionado; hay en él, un fondo innato de honradez, que lo hace sensible, á las oscilaciones del Bien y del Mal, subiendo ó bajando en la conciencia humana;

todo hombre honrado, es un hombre apasionado;

la Impasibilidad ante el Crimen, no es, sino la Complicidad con el Crimen; la Complicidad que no obra, y, añade á la bajeza de su actitud, la bajeza de su cobardía;

sin Pasión, no hay Virtud, como sin Emoción, no hay Arte;

un hombre, que no se siente apasionado por el Bien, no será nunca un hombre virtuoso; como un hombre, que no se siente emocionado ante lo Bello, no será nunca un Artista;

la pasión del Bien, eso es la Virtud;

la pasión de lo bello, es es, el Arte;

¿cómo creeríais en la honradez de un hombre, que teniendo en sus manos, el poder de inclinar la balanza del Bien y el Mal, hacia uno ú otro lado, permaneciese indiferente, en nombre de la Imparcialidad?

¿qué diríais de aquel, que colocado entre Caín y Abel, no supiera decidirse, por el Asesinato ó la Inocencia; que puesto entre Jesús y Barrabás, le fuera indiferente la vida del ladrón ó la del Apóstol; que entre Sócrates, y los jueces de Atenas, le fueran indiferentes el Filósofo ó los verdugos; que entre Nerón y los cristianos, le fuera igual el grito del loco y el del Mártir; que colocado entre la Libertad y el Despotismo, entre el Pueblo y el Tirano, permaneciera indiferente y sin acción, en nombre de la Imparcialidad, es

decir de todas las impotencias, cuando no lo es de todas las corrupciones?

y, ¿esa es la *Virtud*, que se pide al Historiador?

dejádmela maldecir, en nombre del Honor;

un hombre, que permanece indiferente, sin indignarse ante el Crimen, es un Criminal, cualesquiera que sean el gesto que esboce, ó el vocablo que busque para excusar su miserable actitud;

¿qué diríais de la ultrajante serenidad de aquel historiador que llegando al desfiladero de las Termópilas, os contara, sin comentarios, la muerte de los trescientos Esparciatas, sin deciros, si era aquello un sacrificio del patriotismo, ó una locura sin genio? si aquel glorioso desfiladero, debía ser cubierto por todas las flores del Entusiasmo, ó entregado á las zarzas y jaramagos del Olvido?

¿qué alma de hombre libre, no llega jadeante de Emoción, desbordante de Inquietud, á esa confluencia de razas, á esa gran vertiente de la Historia, que se llama la batalla de Salamina, que hizo reflorecer, en florescencia de victorias, el divino rosal del Genio Griego?

¿qué corazón no acompaña con un coro de deseos, y, el movimiento apasionado de sus ruegos, la Oración de Milciades, en la mañana de Platea?

¿cómo no estremecerse hasta en el fondo del alma, ante aquel duelo formidable, en que el helenismo, es decir toda el alma del mundo antiguo, estuvo amenaza-

da de perecer, bajo la ola de los bárbaros que Xerxes, desencadenó sobre el Ática? ¿qué hubiera sido del mundo, si el Asia hubiese obtenido la victoria sobre la Helade? ¡un mundo medo! un mundo persa! el puente sobre el Helesponto, hecho el camino de la barbarie! la Grecia esclava! y, el mundo temblando bajo el azote de Xerxes!...

¿no sentís el horror, subiéndoos en el corazón, como una marea, al solo pensamiento de esta muerte moral del mundo?

¿quién sin pasión, se atrevería á escribir la Historia?

los hombres y los hechos, no pueden describirse sino con pasión, porque sin pasión, no pueden ser juzgados;

¿qué es un hecho histórico? la resultante de un conglomerado de pasiones;

y, ¿qué es un hombre histórico? una pasión, que actúa en la Historia;

¿cómo pues sin pasión, podríais juzgar, esas cosas apasionadas y apasionantes de por sí?

todo movimiento histórico, toda Revolución, han sido el estallido, la manifestación violenta y decidida de las pasiones de un pueblo; siempre ha sido una pasión la que ha movido una Revolución, cuando no un huracán de pasiones, desencadenado en el cerebro y en el corazón de los hombres;

¿cómo sin pasión seríais osados á entrar, en ese la-

berinto, ó aptos á comprender y á juzgar el espíritu de una Revolución, ó siquiera fuese el de un motín?

ciegos y sordos en ese caos de pasiones, pereceríais arrollados por ellas, sin haber podido asir, el alma del acontecimiento, que duerme en el fondo del tumulto;

¿cómo podríais juzgar los hombres históricos, sin apercibir y comprender, *su pasión*, que es el resorte oculto que los mueve?

¿qué son Ciro, Darío, Xerxes, Alejandro, César, Bonaparte? grandes ambiciones que marchan por la Historia;

si no tenéis la pasión de la Libertad, ¿podréis comprender las almas de esos grandes Predestinados de la Gloria, que son Bolívar, Wáshington, San Martín, Hidalgo, Morazan, ó José Martí?

Imposible;

¿qué son esos hombres?... la divina pasión de la Libertad, que marcha por la Historia;

¿no os contagia su pasión heroica, y, el lúcido sonambulismo de su Ensueño?

entonces, renunciad á historiarlos; no los comprenderéis jamás; os falta la pasión que á ellos los hizo grandes; os falta todo;

el Genio, es, la Pasión;

no me deis libros sin pasión, son libros sin alma; lejos del sol de la Verdad, y de la caricia luminosa de la Vida;

dadme esos libros apasionados, que se emprenden

con el corazón en llamas, y, el alma estremecida por el torbellino vertiginoso de las pasiones, llenos del soplo devorador de la Verdad, de la Justicia, de la Libertad, desbordantes de Odio y de Desprecio heroicos, por las villanías miserables de los hombres;

un libro honrado, es decir, un libro apasionado, basta para iluminar, no una conciencia, sino un mundo;

sonora y luminosa Epopeya Intelectual, es un libro apasionado, un libro bello, con la belleza tormentosa y dolorosa de la pasión;

el Entusiasmo, es pasión de hombres libres;

oh! angustia divina del Entusiasmo, que no nos faltes jamás!

¿quién sin ti, sería la antorcha inextinguible, que iluminara el torbellino de los hombres y de los pueblos, hacia el combate y, hacia la Muerte?

libros de Entusiasmo y de Pasión, son libros de Sinceridad, que van al alma en un flamear de incendio, y, la iluminan y, la conquistan y la devoran;

los libros sin pasión son puñados de cenizas, libros de muerte y para los muertos, que se encuentran en la confluencia del Silencio y del Olvido, sobre el río de la Eternidad;...

obras de Vida no son esas; ni viven, ni vivifican; la Esterilidad es su destino;

poseed toda la cantidad de Infinito que hay en la Pasión; agotadla en el mar brumoso y rugidor de las cosas pasadas, y, vertedla, sobre los tiempos presentes y

aquellos por venir, como una gran catarata, despeñada de las cumbres obscuras y remotas de lo Eterno;

apasionaos por la Epopeya, con Homero; por la Patria con Píndaro; por la Justicia, con el Dante; por la libertad, con Alfieri; por el Derecho, con Hugo; por la Muerte heroica, con todos los grandes visionarios que la han sembrado en su camino;

sed apasionados, y tendréis el don de apasionar;

sin pasión, ¿cómo podréis apasionar aquellos que os escuchan, ó que os leen?

la Elocuencia, es la Pasión;

aquellos que no tienen pasiones, no tendrán nunca virtudes;

los que son incapaces de sentir ese fuego secreto, que es la pasión, se vengan de ella proscribiéndola;

sed apasionados y, seréis eternos, porque eterna es la Pasión;

¿qué es la Gloria? el estremecimiento de una pasión á través de las edades;

si no sois capaces de Pasión, no seréis capaces de Inspiración; no escribáis; ¿para qué?

romped la pluma;

una pluma sin Pasión, es una Traición á la Verdad;

y, traicionar la Verdad, es traicionar la Vida;

Véritas est Vitam...

El Calvario de la Justicia sobre la tierra: eso es la Historia.

nada hay tan desalentador, tan tenaz, tan profundamente desalentador, para los espíritus enamorados de la Libertad, como el estudio asiduo de la Historia: es la selva del Desencanto;

el vaho moral, que se escapa de aquellos hipogeos polvorientos de la Antigüedad, enferma el alma, de uno como mortal paludismo de Negación y de Desesperanza;

la brutal tenacidad de la victoria del Crimen, os llena de Cólera y de Desilusión, en el largo trayecto mental por esos tiempos que fueron, ó en la vecindad histórica del área ocupada por aquellos pueblos desaparecidos;

esa fuente de la Tristeza, originaria del Pasado, os susurra tan desencantadoras añoranzas, que todo el entusiasmo de vuestra Fé, se siente contagiado de Inanición;

vuestra pasión enternecida de la Libertad, ha de sollozar muchas veces, en esa travesía, por esos mundos dormidos bajo el ala de la Muerte, y, donde actuaron

tantas generaciones de pueblos, ahora yacentes en el Silencio;

privados ya de la Vitalidad física, lejos del Sagrado Misterio de la Vida, esos pueblos, no nos muestran sino la demacrada desnudez de su pasado; y, de ese abismo de Silencios, nada surge que alentar pueda la Esperanza, ni fuerzas dé á las alas de la Visión, para volar por esos cielos, obscuros de Fatalismo;

al llegar á ciertos parajes de la Historia, el huracán de la Iniquidad, es tan fuerte, hay de tal manera sobre el horizonte una como locura de nubes, que creemos ser víctimas de la Alucinación, y, nos preguntamos, cómo tal torbellino de Maldad y de Tinieblas, pudo soplar en el corazón turbado de los hombres, apto siempre para el Sacrificio de la Justicia y la Apostasía colectiva de la Libertad;

y, ¡tales cosas fueron, y, tales cosas son, y, tales cosas serán, en el corazón obscuro y tormentoso de los pueblos: Ahora y Siempre: *Ab Eternum*!

ese gran Misterio del Tiempo, ilimitado y rumoroso, no guarda para la caricia de nuestros ojos, sino cosas de desilusión, que no se reposan jamás;

la complexidad múltiple de todas las fuerzas, va contra nuestro Ensueño, en ese Universo, que fué, y, que aun hoy, herido de mutismo, tiene no sé qué inquietud de marea, que lo hace aun agresivo de complicidades, contra esa forma de Divinidad, viva y vivaz, que es la Justicia;

nada turba la exasperante monotonía de los paisajes históricos, en los cuales se reproduce siempre, bajo los mismos horizontes de Indiferencia, el mismo cuadro de horror: el Sacrificio de la Libertad;

los siglos, se suceden á los siglos, los pueblos á los pueblos, las generaciones á las generaciones, como olas del mar de lo Infinito, y, la *Via-Crucis*, de la Justicia no termina;

los ojos que pueden llorar, se llenan de lágrimas, en esta Noche sin Aurora, llena de extraños presentimientos; las manos crispadas, se tienden hacia el Derecho, apenas visible en su Crucifixión; y, las bocas imploradoras se llenan de sollozos;

la voz de los Profetas, que anuncian el Triunfo de la Libertad, sigue sonando, sonora en su Inanidad, llenando con sus ecos, la obscuridad difusa de los siglos;

pero la hora de esa Victoria, no aparece;... no ha brillado jamás, sobre los cielos desnudos, que han cubierto al Hombre, en su peregrinación perenne hacia la Verdad;

la Libertad, continúa en caer siempre bajo el hacha; y, la Humanidad, en sollozar bajo el yugo;

en esa bruma lívida, los pueblos siguen arremolinándose en la Incertidumbre, como rebaños asustados, y, corriendo hacia el despotismo, como empujados por un huracán, por la palabra de la Divinidad, que les grita desde el fondo de sus cielos inexorables, la terri-

ble Sentencia de sus libros: «Vosotros que estáis destinados á la Muerte, id á la Muerte. Vosotros, que estáis destinados al Hacha, id ante el Hacha. Vosotros, que estáis destinados al Hambre, agotadla en sus dolores. Vosotros, que estáis destinados a la Cautividad, preparaos á llevar en vuestras manos, el peso de las cadenas.»

y, los pueblos, continúan en marchar así, como anonadados por ese veredicto; rotos en la batalla; tumultuosos en su esclavitud; bajo la espada de la Fuerza, y el poder de sus enemigos; enrojeciendo con su sangre y humedeciendo con sus lágrimas, los senderos de la Tierra, por donde han paseado su Dolor, y, ahora empiezan á agotar su Desesperación:

....

....

....

Luchar siempre y no reinar jamás; ¿ese es, por ventura el destino de la Libertad?

ante la visión de ese reinado de la Libertad, que se aleja y se aleja, hacia las fronteras de lo Incomprendido ¿será preciso llamar al Pesimismo, en auxilio de nuestro desfallecimiento?

ante las apostasías colectivas del Derecho, y, el gesto de los grandes pueblos, entregados al ateísmo de la Justicia; ¿será necesario rendirnos al dolor de la Evidencia, y, confesar que la Libertad de los pueblos, es una Entelequia, una Ficción Metafísica, sin otra

consistencia que la que aspira á darle el entusiasmo visionario, de los idealistas, empeñados en poner de pie, el ídolo fastuoso de la Dignidad Humana?

¿será preciso capitular, y de declarar habremos, que hay hombres libres, pero no puede haber pueblos libres sobre la Tierra?

apuñaleados por el Escepticismo, prontos á morir de sed del Ideal, sobre los arenales inclementes de la Experiencia, ¿hemos de decir lo que ella balbucea como avergonzada de decirlo, y, de proclamar habremos, que la Libertad, *es un estado de Alma, absolutamente personal*, que puede triunfar y perdurar en el Individuo, pero es imposible, hacer vivir y florecer, en el alma colectiva de un Pueblo?

la Historia ha visto, y ve, hombres libres, vivir y morir, sobre la tierra, sin dioses y sin amos;

pero ¿ha visto un pueblo, vivir y perdurar libre sobre la Tierra?

un Pueblo sin Dioses?

un Pueblo sin Amos?

es que lo ha visto la Historia, en el glorioso y admirable resplandecimiento que habría proyectado sobre ella?

¿es esa la terrible desnudez de la Verdad, escapada á las páginas uniformemente crueles de la Historia?

¿la virtud de la perspectiva, nó quita nada á esta Desolación, y, más bien aumenta el horror de su terrible Realidad?

¿ser triste, pero ser verdadero, es, el privilegio desgarrador, de este criterio, en la Historia?

los períodos convulsivos de la Antigüedad, como las tristes conmociones del Presente, ¿no nos enseñan sino eso? solo eso?...

¿no es posible hacer brotar de esas ruinas acumuladas sobre el corazón inerte de los siglos, otra cosa que no sean el Dolor y el Desencanto?

y, ¿es todo lo que tenemos que entregar á las generaciones que se levantan, ávidas de luchar y de vencer, sedientas de combates y de victorias, esta triste flor de la Desesperanza, crecida en los arenales de la Historia, y, que la Experiencia nos entrega, como si nos entregara su propia alma?

ese gesto brutal, que borra el miraje, ante los ojos de la caravana ilusionada por la sed del Ideal, á la cual el sol de la Fantasía, ha dado la fiebre de la Ilusión y con ella el consuelo del Espejismo, ¿es un deber del Historiador hacerlo?

es una Virtud, ó una Crueldad, el esbozarlo, rompiendo el Encanto de la miserable alma humana, tan necesitada del sol de la Esperanza?...

....

....

dejad á los hechos que hablen;

los hechos hablan, como las tumbas, y, su terrible elocuencia da el vértigo;

la Verdad, vive en el corazón amargo de los he-

chos, y, se escapa de él, como un murmullo de mar ;

es, su voz, la voz imperativa de los hechos la que llena, con la terrible amplitud de sus sentencias, el eco de los siglos asombrados ;..................................

....

No matéis la Esperanza, en el corazón del Hombre ;

el Hombre es un ser fundado sobre la Esperanza, que no vive sino de la Esperanza, ni tiene otra ventura sobre la Tierra, que la Esperanza.

la Esperanza es una fuerza, más grande que la Fe, de la cual es una forma ;

sin la Esperanza, la Vida, sería menos que un camino en la Noche : sería una Peregrinación en el Caos ;

no apaguéis ese divino Sol, en las conciencias ; ¿ qué quedaría sobre el cielo de las almas ?

el Hombre, puede resignarse á vivir, sin la Ventura, pero, no sin la Esperanza ;

¡ dejemos al Hombre, la Esperanza !

ella no alcanzará á salvarlo, pero, alcanza siquiera á consolarlo ; y, el Consuelo, es, una Misericordia—ultrajante, como todas las misericordias del Destino— pero, ¿ á qué revelarnos contra ellas, si no hay otras ?

solo hay una cosa que consuela de la eternidad del Dolor, y, es, la eternidad de la Esperanza ;

los hombres,—que han creado á Dios—y creen en él, pueden hallar un refugio á su Ilusión, á la sombra invisible de sus alas ;

los que ya no creemos en nada, fuera del círculo de la Realidad, que nos estrecha, ¿á dónde hallar un abrigo á nuestra Esperanza, en este naufragio absoluto de los dioses y de los hombres?

¿en dónde?

en el seno augusto de la Verdad;

la Verdad, como la lanza de Aquiles, cura las heridas que hace;

la Verdad, es el alma de la Historia, y, se exhala de ella, como un perfume;

vivamos en la Verdad;

y, digamos la Verdad;

la Verdad, salva..

....

Es, lleno de la gran tristeza, que se escapa del fondo de la Historia, que he escrito este libro;

la amargura que rebosa en algunas de sus páginas, no es, sino una forma de esa tristeza, ante los renombres injustos o fatales, y, las aureolas, inmerecidas o ensangrentadas, que más parecen ensombrecer, que adornar, las frentes de ciertos triunfadores;

la pasión de la Libertad y la pasión de la Justicia, que han sido las dos grandes pasiones de mi vida, vibran en esas páginas como un estremecimiento, y las llenan todas, como un clamor;

yo, sé bien, que los tiempos en que escribo, no son hechos para ilusionarme, sobre el triunfo de esas ideas;

pero, la derrota de ellas, no tiene el poder de hacerme apostatar de su culto;

al refugiarme en él Pasado, no lo hago, para huir, de las tormentas del Presente, sino para acrecerlas, trayendo á ellas, el rumor de aquellas luchas, que agitando al más grande pueblo de la historia, salen del recinto estrecho del Forum, para agitar la tierra toda, y, traen hasta nosotros, el rumor de sus gritos de fiereza y, la grandiosa embriaguez de sus pasiones;

el choque de esas pasiones, es todo el alma de este libro: y, lo llena con sus gritos, como una tempestad en la Noche;

al evocar del fondo del Pasado, el alma de ese Pueblo, lo hago para mostrar á las generaciones presentes, cómo la grandeza de un pueblo, no lo libra de la Esclavitud, y, antes bien, lo conduce á ella, cuando el fondo de esa grandeza, es la Apostasía de la Justicia; porque la Justicia, es el alma de la Libertad;

la República en Roma, no fué sino una palabra, porque la Justicia, en ella, no fué sino una sombra;

la Libertad, no vive sino de la Virtud, porque la Libertad es la Virtud suprema; y, el pueblo que ha renegado de la Justicia, es decir de la Virtud, como el pueblo romano, podrá llegar á ser, un pueblo grande, pero no será nunca, un pueblo libre;

la Libertad no la da el Destino, sino á los pueblos que la merecen, por su noble amor de la Justicia; de

lo contrario, se ve ese espectáculo elocuente y desgarrador que nos presenta Roma: un pueblo, que puede conquistar la tierra toda, y, no puede conquistar su Libertad;

el pueblo romano, que merece la admiración de la Historia por su grandeza, no merece sino la compasión de la Historia, por su esclavitud;

el alma heroica de ese pueblo, evocada en estas páginas, dirá grandes cosas al tiempo presente, del fondo de su Sinceridad;

¿serán oídas?

no me hago ilusión sobre la conciencia liberal de nuestros días y, el inexorable rebajamiento moral, de nuestros pueblos;

los sé, decididamente adversarios de la Libretad, é ineptos para recibirla;

su servilidad asiática los embriaga;

¿no hay una cruel ironía, sino una fría venganza, en hablarles ahora de República, de Libertad, de Derecho, de todas esas cosas exactas y precisas, tan llenas de prestigio, para aquellos que no han abdicado del viril orgullo de vivir?

¿qué haría la voz misteriosa del libro libre, si cayera entre sus manos? extinguirse en la Soledad;

no se habla en estas páginas sino de República, y, la República, aparece inexorablemente vencida;

la marea del cesarismo y del pretorianismo continúa en subir;

la mentira de la República en Roma, duró quinientos años; ¿cuántos durará esa mentira entre nosotros?

....

....

este libro, exalta el Heroísmo, la auténtica virtud del Heroísmo, que consiste en combatir por la Libertad:... y, nuestros pueblos, parecen haber renunciado á esa virtud de la Antigüedad, á la cual debieron en sus selvas, los únicos días de libertad, que tuvieron sobre la tierra; . . .

nárranse aquí con pasión, las grandes rebeldías del pueblo romano contra sus opresores; ¿qué eco podrán hallar esas luchas, en el corazón de esos pueblos, atrofiados por la servidumbre, incapaces de cualesquiera otras rebeldías, que no sean, esas, que á diario ensayan, contra el Honor y contra la Libertad?... . . . . .

....

....

pero, en medio de tantos vencimientos, aun puede haber lugar á la Esperanza;

el Ararat, es el secreto de los siglos;

allí encallará la barca de los justos; aun no los ha devorado todos el naufragio; . . . .

en medio de esas multitudes arrodilladas, hay aun muchos hombres de pie;

entre esos rebaños acobardados, hay, aun, muchas cabezas solitarias,—cabezas de hombres,—que se alzan

en la Soledad, indomadas, en el orgullo erecto de sus fierezas intactas ;

aun vive el alma del Pueblo, bajo el pantano oleaginoso, de esos populachos, en fermentación ; y, él renacerá, arrojando sobre el Universo, todo el flujo vital de su esplendor,

bajo esas aglomeraciones de esclavos, hay aun muchos hombres libres, conciencias radiosas, llenas de una acre pureza, incontaminadas de la lepra servil, y, que á falta de otra libertad, conservan la de Epitecto: la Libertad del Alma ;... son como leones, que vagan en la noche en torno de su selva arrasada ; en el silencio, que pesa allí, como una Maldición ; toda el alma del desierto, está en la ferocidad de sus corazones ; y, todas las lágrimas de la selva brillan en sus ojos, que no saben llorar ; miran la Noche ;... y, se aprestan á saltar sobre ella... ellos la devorarán ; porque el corazón de esa noche es, el corazón de la Iniquidad ; y, los leones de la Justicia, lo devorarán, sobre las mismas riberas negras, donde se ha desangrado tanto tiempo el corazón sagrado de la Libertad ;

en la bruma de esos días sin venganza, aun vive una juventud generosa, que no se ha prostituído, y, deja flotar en la noche sus grandes sueños libertarios, sobre la bajeza abyecta de sus contemporáneos, dormidos en el lecho de Nerón ;

en ese crepúsculo angustioso, bajo ese horizonte de martirio, donde parece que todo va á morir, entre las

garras crispadas de las fieras, aun hay algo que resiste... ¿qué? las rosas;... las rosas de una Adolescencia gloriosa, que nacidas en el surco que han abierto los sables, no se han plegado á ellos, y dicen palabras triunfales, del fondo de su bravura conmovedora; adolescentes heroicos, que cantan en el fuego como aquellos del horno de la Biblia; y, que no habiendo prostituído sus labios, en las carnes de Tiberio, los conservan dignos de cantar á la Libertad;

aun hay héroes vencidos, que esperan en el Silencio, sobre sus espadas rotas, en los campos que la deserción hizo solitarios, bajo ese cielo mercurial, que tarda en empurpurarse con ese color bermejo de sangre y de batalla, tan querido á los héroes, y, que hoy se ha hecho odioso á los mercenarios del Despotismo y á los pretorianos de la Paz;

aun hay viejos patricios, que escuchando el rumor de las glorias pasadas, que sus ojos vieron, se sienten morir en la tristeza y el rencor, llenos de un frío desprecio por la espada que los hiere, y, se van en silencio, uno, á uno, vengándose de la Tiranía, con negarle su aplauso, ya que es imposible, negarle la obediencia; y, se preparan á ser libres en la tumba; en esa gran noche sin esclavos;...

aun hay escritores dignos, que rompen su pluma, antes que envilecerla, y, van serenos á la cárcel, al destierro y á la muerte, antes que doblar las rodillas delante de los histriones enchamarrados, á quienes el

aplauso de los esclavos, no alcanza á consolar del silencio de los libres;

aun hay hombres dignos; su Virtud flamea, como una hoguera en la noche; en ella vendrán los pueblos, á encender la antorcha libertadora, cuando la hora sea venida, la hora deliciosa y fiera en que los héroes vienen á encender su tea, para reducir á cenizas, el templo que reina en las alturas...

para esos hombres ha sido escrito este libro; y, hacia ellos va:

ellos, son los únicos capaces de sentir y de admirar, el estremecimiento de la Libertad, á través de las páginas de la Historia;

sólo ellos son aptos para comprender y amar el espíritu de estas páginas, leyéndolas en el amargo silencio de su soledad, bajo la gran sombra inclemente, que desciende de las montañas de la Tiranía, para cubrir el alma de los hombres;

y, que ellos las dejen á las generaciones que han de sucedernos, como algo de este largo sollozo, que ha sido nuestra herencia;

y, que sea por ellos, que repercuta en el corazón del porvenir, el eco de este grito, dado en la soledad.

VARGAS VILA

París, 1916.

EL MORBUS DE LA DECADENCIA EN ROMA

Roma, ha sido tal vez, el pueblo, que ha despreciado más la Justicia, sobre la tierra;

y, ese olvido de la Justicia, debía matarla;

sólo la Democracia puede salvar el mundo, en el vértigo de la ambición que lo domina;

y, Roma fué incapaz de establecer el Gobierno de la Democracia;

esa incapacidad, que habría sido la vida de un Imperio, tenía que ser la muerte de la República;

la Aristocracia romana, en su odio instintivo al Pueblo, prefirió el advenimiento del Cesarismo al progreso de la Democracia, y prefirió matar la República antes que sufrirla;

de Tarquino á César, la vida del Estado, en Roma, fué una lucha entre dos facciones: la facción del Poder, que desdeñando entrar en la Legalidad, se mantuvo siempre en la Tiranía, y, la facción popular, que no acertando á conquistar la Libertad, se mantuvo siempre en la Demagogia;

la lucha entre el Senado y el Pueblo, fué una lucha á *outrance*, en que los dos poderes encargados de mantener el equilibrio de la Democracia, sólo se encarga-

ron de destruirla, por el abuso en el ejercicio del Poder, y, por la incapacidad en el ejercicio del Derecho;

Roma, fué siempre tiránica, cualquiera que fuese la forma de Gobierno con que se revistiese ante el mundo; porque la Tiranía era el alma de Roma,

pueblo conquistador y cruel, egoísta y brutal, no tuvo nunca más entrañas que las de su loba insaciable, ni otra generosidad que la de sus águilas rapaces;

no quiere decir esto que Roma, no hablara de Libertad;

con la astucia impudente, que es la Diplomacia de los pueblos conquistadores, ella supo cubrir siempre sus rapiñas con el manto de una protección generosa, y, no conquistó nunca á un pueblo que no dijese que iba á darle libertad;

cuando Titus Flaminus, cayó sobre la Grecia, le bastó decir que iba á libertarla, para que Grecia misma lo creyera, fingiendo hallar la Libertad en ese yugo romano, que fué mil veces más cruel que el yugo macedonio;

y ¿cuál fué la Libertad dada por Roma á Grecia?

la misma que daba á todos los pueblos de la tierra: la Muerte;

Atenas fué arrasada á sangre y fuego por Sila; Corinto, destruída por Mumnius; Beocia, borrada de sobre la faz de la tierra; ciento cincuenta mil griegos de Epiro, reducidos á la esclavitud; la nacionalidad griega extirpada del corazón de la Historia; el alma helena muerta; la Hélade hecha una tumba; sus tribunos, sus

filósofos, sus poetas, desaparecidos; el silencio hecho sobre la tribuna de Demóstenes, y, los jardines de Platón y el Agora desierta; y, la total extinción del helenismo; del alma de ese pueblo, que había sido el orgullo del mundo, antes de que el pueblo romano apareciera para ser el castigo de él;

no dejó vivo sino el espíritu de los sofistas y de los retóricos, como si supiese que no había peores, enemigos del pueblo que ellos y, que un día, su retórica de esclavos, hallaría para florecer, los labios de Cicerón, hechos para calumniar la Libertad;

y, cuando Roma, cansada de devorar el mundo, no encontró ya naciones que desgarrar, se volvió contra sí misma, y se encargó de devorarse las entrañas;

esa fué la guerra entre el Senado y el Pueblo, guerra que no podía acabar sino por la muerte de la República, porque la República no vive sino de la Libertad, y la tiranía de las facciones, hizo imposible el reinado de aquélla;

la Aristocracia romana, no pudo fundar la República, porque fué incapaz de comprenderla; y, la Democracia, no pudo salvarla, porque fué incapaz de ejercerla;

la Aristocracia, egoísta como siempre, no aceptó la República sino para dominarla, y, el Pueblo, versátil y heroico, no combatió por ella, sino para entregarla;

traicionado por las circunstancias y por los hombres, el Partido Popular de Roma, no pudo evitar la muer-

te de la República, y, se conformó con prolongar heroicamente su agonía, una agonía de siglos;

la Libertad, vencida, en Roma, lo fué siempre por esos dos enemigos ancestrales, nacidos para devorarla: la Aristocracia y, el Militarismo;

ellos fueron los dos cánceres que devoraron la República romana;

Aristocracia y, Democracia se excluyen;

Militarismo y Libertad son incompatibles;

nunca la Aristocracia, se ha aliado al Pueblo sino para entregarlo por la traición, después de haberlo corrompido por la adulación;

jamás el Pretorianismo se ha amotinado con el pretexto de defender la Libertad, que no haya sido para degollarla luego;

la Libertad ha podido salir pura de todos los contactos, menos del contacto con la espada;

todo soldado ambicioso, principia por cortejarla y, acaba por matarla;

César y Napoleón, están ahí, en los límites de la Historia para probarlo;

el otro mal, que devoró la República, fué la esclavitud;

la esclavitud degrada la naturaleza humana, hasta bestializarla:

el hombre deformado por ella, se habitúa de tal modo á sufrirla, que acaba por deshonrarla, con el más cobarde de los vicios: el entusiasmo de la cadena;

es mil veces más fácil, encadenar á un hombre libre, que libertar el alma de un esclavo;

nunca la Libertad tuvo mayores enemigos que los hombres nacidos en la esclavitud ó acostumbrados á ella;

la esclavitud, que mata en el hombre todos los sentimientos, no deja subsistir sino los instintos;

y, es el de la ferocidad, el que más culmina en los esclavos;

en Roma, fueron ellos, la fuerza con que la Aristocracia venció y, oprimió al Pueblo;

ellos arrastraron los cadáveres de los Gracos al Tíber, después de haberlos abandonado en el Capitolio; ellos, aclamaron á Sila, vencedor, y, abandonaron á Mario, vencido; de ellos, unos, desertaron de las tropas de Espartaco, otros, fueron con sus amos á combatirlo; todos ayudaron á vencerlo; ellos aclamaron á Antonio ebrio, en los brazos de Cleopatra, y, volvieron la espalda á Bruto, vencido, en brazos de la Virtud; probando así, que no era la servidumbre, la que los deshonraba á ellos, sino ellos los que deshonraban la servidumbre;

es verdad que ellos, se vengaron de la Aristocracia, corrompiéndola, y, de Roma, inficcionándola con sus vicios;

pero, al vengarse de Roma, se vengaron de la Libertad, precipitando la muerte de la República;

la tiranía del Capital, es decir el privilegio del oro, tan fatal á las democracias, ese vicio, que aparece hoy

omnipotente, como fruto de nuestra pésima organización social, apareció también en las postrimerías de la República, para acelerar su disolución, abrumando con su peso al proletariado miserable, que veía á todos los despotismos unirse el de la usura, y para que no le faltase ninguna tiranía, soportaba cobardemente la del agio;

y, esa tiranía, no desdeñaba ejercerla nadie; ni el austero Catón, que pontificaba en ella;

y, la Aristocracia, se complacía en emplear así su oro en corromper al Pueblo, ya en los suburbios explotándolo, ya, en los comicios, sobornándolo;

estableciendo el Consulado, á la caída de la Monarquía, Roma abrió todos los caminos al despotismo de los nobles;

el dominio de la nobleza y del dinero, fué establecido de hecho;

el reinado del Capital y de los privilegios, sucedió al del pillaje y la brutalidad de los Tarquinos;

el Senado fué el Rey de Roma;

Roma, no había hecho sino cambiar de Amo;

la sangre de Lucrecia, que tuvo el privilegio de tumbar una Tiranía, no fué bastante a fundar la Libertad;

y, la falta de esa Libertad, minaba a Roma;

el pueblo, desterrado del Poder, se refugió en la guerra; no pudiendo hallar la Libertad, se lanzó en persecución de la Gloria, buscando en ella una compen-

sación á su infortunio; no pudiendo ser libre, aspiró á ser grande; el mundo abría ancho campo á su apetito, y, se lanzó sobre el mundo, ansioso de conquistar las riquezas que le faltaban; se vengó de su esclavitud esclavizando a los demás; asesinó en todas partes la Libertad, con un sentimiento oculto de despecho de no poder conquistar la suya propia, y, llegó, en su exasperación de no ser libre, á no poder tolerar que otros lo fueran;

y, puso su propio yugo sobre el cuello del mundo;

estas guerras de conquista, trajeron á la República, otro elemento de corrupción y de muerte: el lujo;

Roma, llevó á los otros pueblos, su poder; ellos se vengaron, dándoles sus vicios;

el Oriente le envió sus eunucos y sus mujeres; Grecia sus retóricos; Cartago sus mercaderes; el Asia, sus riquezas; Africa, sus esclavos;

todos le trajeron una debilidad, un refinamiento, un vicio;

nadie, ni Lacedemonia, conquistada, le trajo una virtud;

Roma, no llegó al apogeo de su grandeza, sino en el apogeo de su pobreza;

su austeridad, ganó más batallas que su valor;

fué Roma, pobre y, guerrera, insaciable, pero obstinada en triunfar, la que venció á los Galos, y, á los Cimbrios, á los Sármatas y, á los Macedonios, asombró con el vuelo de sus águilas las soledades del Pon-

to, y, clavó como una bandera, sobre los muros de Cartago, la toga vengativa de Escipión

en esas guerras, Roma, venció á esos imperios bárbaros ó corrompidos, más por la fuerza, que hallaba en su virtud, que por la virtud de su fuerza;

Roma, no tenía entonces, sino una sola virtud de la Democracia: la Pobreza;

y ella bastó á salvarla;

fué en esos tiempos de heroica austeridad que venció á Pirro, el más raro y el más grande, de los capitanes que vinieron contra ella;

extraño y desconcertante Héroe aquel de cuyas batallas se llenó la Historia, y, de cuyo reino, apenas si se tiene noticia, habiendo desaparecido del mundo con las victorias fabulosas de su Rey;

¿quién recuerda hoy, el reino de Epiro?

Pirro, tuvo esa gloria dolorosa, concedida al orgullo amargo de algunos grandes hombres en la Historia: ser más grande que su patria;

sus victorias, que bastaron para inmortalizarlo á él, no alcanzaron á inmortalizar su reino, que entró en el olvido, tan pronto como su rey, entró en la muerte;

PIRRO, fué el más glorioso aventurero, de aquel período histórico, tan rico en gloriosas aventuras;

se le ha comparado á Alejandro, del cual no era sino el reflejo; tuvieron el alma igual, pero, no el Imperio; Pirro, tuvo las mismas ambiciones de Alejandro, pero, no los mismos elementos; ambos eran hombres de

presa ; no se diferenciaron sino en la magnitud de las garras ; Alejandro, era el monarca incontestado de un gran pueblo, al cual la sombra de su espada no alcanzó luego, á librar de la conquista ; Pirro, era el Soberano de un Estado microscópico, cuya pequeñez si lo amparaba de la Envidia, no alcanzó á ampararlo de la derrota ; Pirro, fué el primer condotiere de su tiempo, jefe de una coalición aventurera, que prefirió siempre los peligros de una guerra incierta, al silencio de una paz aislada ; era un alma de héroe, que tuvo todas las condiciones para dominar el mundo, todas, menos una patria tan grande como él ; fué el más grande General de su tiempo, y, el más pequeño Rey de su época ; este epirota audaz, no alcanzó á destruir á Roma, pero la venció ; no alcanzó á dominarla, pero la hizo temblar ; su audacia no lo engañó ; si no alcanzó á conquistar el mundo, sí alcanzó á conquistar la Gloria ; y, la Gloria, es el botín de los héroes ;

frente á la adusta energía de los Romanos, que aun permanecía bárbara, él, representó ese algo luminoso y generoso, que era el espíritu helénico ; sus guerras fueron el primer encuentro de esas dos razas, que eran como las dos alas de la Historia ;

el alma de la Democracia griega, estaba, toda allí, en esa coalición de Estados, que Pirro amotinaba contra Roma ; el espíritu aristocrático, que era el alma del Urbe, ávida y voraz, estaba toda en esas legiones latinas, que los cónsules llevaban al combate ; en las cohortes ro-

manas, y, en las falanges griegas, vibraba exasperada, el alma de esas dos civilizaciones; el helenismo sería vencido con Pirro, pero su espíritu triunfaría de Roma, cuando la decadencia de los vencedores, los entregara ya sin fuerzas, al beso de Afrodita;

Pirro, alcanzó á ceñir la corona de Alejandro, pero no pudo manejar su espada; tuvo el genio de Alejandro, pero no tuvo su fuerza;

abandonado por su patria, que fué siempre inferior á él, el vencedor de Heraclea, fué á morir en una callejuela de Argos, en una batalla que tuvo todas las apariencias de un motín; traicionado por su patria, no le faltaba sino ese último dolor: ser traicionado por la Gloria: ella lo abandonó en esa hora; pero, la pequeñez de su muerte, no quita nada á la grandeza de su vida; es privilegio del Genio engrandecerlo todo; hasta el ridículo;

en esa época, Roma, vió por primera vez, toda la grandeza del peligro, pero, pudo medir también, toda la grandeza de su orgullo;

Pirro, le ofreció la paz, al día siguiente de Heraclea, y Roma la rechazó, con el raro valor de la derrota, y, la misma adusta energía, con que había de rechazar la paz de Aníbal, al día siguiente de Canes, y, sufrir la invasión gala, al día siguiente de Alia;

la espada de Breno, echada en la balanza, no hizo inclinar el peso de su Destino;

el hacha romana pesaba más que el mundo;

fué durante ese período de avidez acre y, gloriosa, en que la pobreza era una virtud nacional, y, el valor la más alta virtud de Estado, que Roma, se impuso al Mundo;

la pasión de la Gloria la hacía invencible;

es verdad, que adentro, la facción de la Aristocracia, la estrangulaba, pero, afuera, ella tenía fuerza bastante para estrangular el mundo;

si las virtudes que mueren ó se eclipsan en la tiranía, comenzaban á desaparecer, por el despotismo absurdo del Senado, y, la invasión abyecta de los esclavos, había aún bastantes virtudes privadas, de esas que sólo el lujo alcanza á corromper, y, bastantes virtudes públicas, de esas que sólo la guerra sabe fortalecer, y, con ellas, Roma, se imponía á los otros pueblos, no como vencedor, sino como un Amo;

no vencía los pueblos; los devoraba;

así fué en Grecia;

la Grecia, tenía que ser, especialmente antipática al genio unilateral y despótico de los Romanos; esas repúblicas federadas, chocaban con el sentimiento imperioso de su unidad; esas democracias efervescentes, disgustaban á la Aristocracia imponente, hecha á sembrar el silencio, que es el distintivo de la Tiranía, al revés de esas repúblicas, donde florecía el tumulto, que es el reinado de la Libertad;

en Grecia, aun en los días de sus más audaces despotismos, vivía la Libertad;

Roma, no fué nunca libre, ni aun en las horas fugitivas en que triunfó la Democracia;

Atenas, fué la antítesis de Roma;

y, Roma permaneció bárbara hasta el día en que devoró á Atenas;

el alma de Atenas, floreciendo en las entrañas de Roma, dió nacimiento á la más bella civilización del mundo;

pero, fué, siendo así, semibárbara y conquistadora, que Roma, llegó en ese período, al apogeo de su grandeza y unció al carro de sus victorias los pueblos más altivos de la tierra;

la paz, que no ha engrandecido ningún Imperio, y, que es el vencimiento de los pueblos por la molicie, no imperó sobre Roma: ni la gozó nunca, ni la dió al mundo;

Roma, se defendió largo tiempo, del afeminamiento y, la molicie, que la paz y, la riqueza dan á los pueblos enamorados de ellas;

el día de la victoria de Zama, Roma llegó al apogeo de su grandeza: Zama, fué su cenit;

después, empezó á descender, fué un descenso de siglos;

pasada la época de las grandes guerras y, de las grandes conquistas, no hubo ya campo para sus legionarios, sino en las empresas pequeñas y, sin gloria, y, en las guerras miserables, sin botín;

el pretorianismo, inútil afuera, replegó sus ambiciones adentro; y, las guerras civiles estallaron;

los legionarios, que habían ido hasta los confines de la tierra, para hacer á los pueblos esclavos de Roma, regresaron á ella, dispuestos á esclavizarla;

y, la Urbe, vencida, no fué ya sino un campamento de facciosos;

Roma no había vivido nunca, para la Libertad: ese fué su crimen y, esa su muerte;

Roma, no había vivido sino para la Gloria; y, el día que la Gloria le faltó, no supo sino morir;

cuando retiró su espada del corazón sangriento del mundo, ya no le quedó sino entregar esa espada, á cualquier soldado ambicioso para que le atravesara con ella el corazón;

la República romana, juguete del motín, no fué ya sino aventada de campamento en campamento, siempre en la punta de una espada, de la de Sila á la de Pompeyo, de la de Pompeyo á la de César, hasta ser degollada por éste, y, su cabeza, como la de un vencido bárbaro arrojado á los pies de Bruto en su propio campamento de Filipos;

ya se sabe que las repúblicas no viven sino de la Virtud, como los imperios no viven sino de la Gloria;

una República que apostata de la Virtud, es decir, de la Libertad, que es la virtud de las democracias, es una República que se suicida;

¿qué mayor apostasía de la Libertad, que abando-

nar el culto de las ideas para entregarse al culto de una espada?

tal fué el pecado de Roma, en ese tropel de pretorianos que se disputaron la victoria;

el mayor y, el último crimen de una Democracia, que es, el Personalismo, apareció allí, bajo las facciones austeras y falaces de Pompeyo;

el Personalismo es la forma ambígua y cobarde del Cesarismo, en una democracia;

es el Cesarismo sin grandeza, y, el Imperio sin corona: la Tiranía, sin lo único que puede enaltecerla: el valor;

una democracia, caída en la servidumbre del personalismo, no se levanta jamás; ó muere francamente, transformada en un Imperio, ó, desaparece ignominiosamente arrebatada por la conquista;

el río de la infamia no se remonta nunca;

es el justo castigo de los pueblos que han abandonado la Libertad; arrastrarse por el despotismo, hasta el día en que el hacha de un pueblo extraño les corta la cabeza;

bajo Pompeyo, la República romana, había ya muerto;

al entrar en el Imperio, Roma no hizo sino cambiar de servidumbre;

se diría que bajo el Imperio, aquella le pareció tan dulce, que no quiso cambiarla;

Roma, se empeñaba en combatir, consolando por

triunfos pequeños sus grandes infortunios, pero la grandeza romana había ya muerto, con esa fuerza, augusta que fué la República;

¿que podían importar á Roma, las victorias del Imperio, que no servían sino para afianzar su servidumbre?

mientras Roma fué grande impuso la conquista; envilecida por el despotismo, no le quedó ya sino sufrirla;

la victoria de los bárbaros sobre Roma, no fué sino un corolario de la victoria de los Césares sobre la Libertad;

el Despotismo llama la Conquista;

Augusto, no podía ser sino un antecesor de Atila;

Tiberio y Alarico, son las dos extremidades de una misma cadena;

agotada por la Tiranía, á Roma, no le faltaba para morir, sino ser vencida por sus propios siervos, aceptando una religión de esclavos, que debía hacer más fácil y, más ignominiosa su servidumbre;

el Cristianismo, acabando de debilitar el Imperio romano, le dió el golpe de gracia;

los esclavos, se vengaron de Roma, imponiéndole su dios; y, los bárbaros la castigaron imponiéndole su yugo;

toda forma de grandeza se eclipsó sobre la tierra;

y, ya no hubo sino el tropel de los bárbaros regresando á sus guaridas, y, el dios de los esclavos, reinando en las conciencias;

y, como si el Mito hebreo, hubiese extendido sobre

el mundo la desnudez de Palestina, ya no se vió sobre la tierra sino muchedumbres desarrapadas implorando misericordia, y, la sombra de la cruz, dominando el horizonte;

el mundo antiguo había muerto;

y, el mundo nuevo, entraba en la barbarie...

LAS GUERRAS PÚNICAS

(ANIBAL)

Cuando el Destino, quiere dar el último golpe a la grandeza de un pueblo y, poner el sello definitivo á su humillación, desarrolla en el corazón de ese pueblo, el amor desenfrenado de la paz;

entonces, la caída de ese pueblo, es definitiva, porque renunciando á ir á la lucha, renuncia á la vida; obligado á optar, entre renacer, por la guerra, ó desaparecer por la paz, opta por lo último, y, se declara incapaz de vencer, que es la manera más vil de ser vencido;

tal, sucedió á Cartago, después de la primera guerra púnica;

la oligarquía conservadora de Cartago, se había resignado, no ya á la derrota, que era un infortunio, sino á la paz, que era una afrenta;

el liberalismo guerrero, acusado de demagogía, por la exaltación de su patriotismo, se rebelaba contra esa paz, que había hecho todo por evitar, y estaba dispuesto á hacer todo por romper;

no es la paz impuesta en la derrota, lo que humilla á un pueblo, es la paz, sufrida en el silencio;

no es el vencimiento lo que mancilla, es la aceptación pasiva de él;

lo que hay de humillante en la derrota, no es haberla sufrido, sino haberla merecido;

la paz con los romanos, no era una paz, era un armisticio;

Roma, no lo había impuesto como un vencedor, sino como un amo;

ella, no exigía á los pueblos vencidos, la sumisión, sino la desaparición; no les imponía la Paz, sino la Muerte;

ese tratado, en que Lutacio, dejaba vivir á Cartago, no fué aceptado por Roma, sino contra la voluntad manifiesta de la nación; desde entonces, Roma, no pensó en cumplirlo, sino en violarlo;

esa paz, no era una paz, sino una tregua;

eso lo sabía Cartago, y, de ahí el encarnizamiento de los partidos que se habían formado al día siguiente de la última derrota;

la oligarquía plutócrata, que formaba el partido de la paz, y, que se había adueñado del Poder, para robar el tesoro del pueblo, al mismo tiempo que su libertad, tenía por jefe á Hanón, quien representaba bien, el alma fenicia, codiciosa y, pequeña, de esa facción de mercaderes, que veían la guerra como un peligro personal, porque ella amenazaba sus fortunas, y, defendían furiosos, esa paz que les garantizaba su riqueza de es-

clavos, prefiriéndola á la guerra, que les daría su dignidad de hombres libres;

el partido popular, el partido de la guerra y de la libertad, tenía por jefe, á Asdrúbal, el hombre más respetado de su tiempo y, más digno de ese respeto, y, tenía como esperanza, la espada de Amílcar Barca, el héroe de Panorma, espada no vencida con su patria, y siempre coronada de sucesos;

eran llegados para Cartago, esos tristes días, de inevitable decadencia, en que el poder vencido, pacta con el vencedor; la pedagogía del miedo, se hace una institución del Estado; la cobardía, es declarada virtud nacional; todo síntoma de energía, es tachado de rebelión; todo hombre de honor, es declarado faccioso;... y la oligarquía de los venales, incapaz de vengar el pasado, renuncia infamemente al porvenir;

los pacifistas de Cartago, resueltos á todo para conservar el poder, castigaban como rebelde á aquel que no amaba al vencedor, y, pensar en la Libertad, fué llamado: Sedición;

los partidos de la paz á todo trance, viejos como la cobardía, han decretado siempre, que el patriotismo es una rebelión, y, no pudiendo destruir la esperanza en la victoria, la castigan como un crimen;

es, peculiaridad de aquellos que no saben arriesgar, y, no saben vencer, denigrar de aquellos que osan arriesgarlo todo, y, aspiran á triunfar;

la escolástica del miedo, se hace entonces infinita, contra aquellos que no lo tienen;

jamás se vió lucha igual de un héroe con el Destino, como aquella de Amílcar Barca, contra la venalidad y la cobardía del gobierno de su patria;

y se vió entonces, el espectáculo bochornoso, de un gobierno empeñado en destruir el Ejército que debía salvar la patria, y, poner en deshonrarlo, un empeño mayor que el enemigo había de poner luego en vencerlo;

no hubo calumnia que la oligarquía oficial no propalara contra Amílcar, en cuyo corazón se había refugiado, el amor heroico de la Libertad;

la calumnia contra él se hizo una función oficial, como siempre que un grande hombre, hace sombra con su grandeza á la mediocridad estéril de los otros;

en épocas de tiranía, la calumnia es un privilegio del Estado, y, la delación un magisterio oficial: todos se cuidan de ejercerlas, y nadie enrojece del pudor de haberlas extremado, porque lo primero que pierde un esclavo es el pudor, y, lo último que perdona es la dignidad;

Amílcar Barca, tenía que hacer frente, de un lado á los calumniadores asalariados, que lo acusaban de ambición, de otro, á sus mercenarios hambreados, que lo acusaban de avaricia;

el gobierno romanizado de Cartago, velaba por la seguridad de Roma, con la fidelidad de un centurión,

y, sitiaba por hambre, su propio ejército como si fuese una ciudadela enemiga ;

acosado por la jauría oficial, como un león de aquella Libia, que él había vencido, el héroe desesperaba de salvar su patria ;

felizmente, en Amílcar Barca, como en todos los hombres superiores, el alma, era más grande que la adversidad de su Destino, y, sentía por sus enemigos, ese piadoso desdén, que es la forma superior de la misericordia ;

y, como había en él, con las condiciones de un Jefe de Ejército, las cualidades de un Jefe de Pueblo, de un político avisado y sagaz, hábil para vencer por igual el coraje incansable de los Romanos y, el corazón traidor de los cartagineses, él, se refugió en su ejército como en una celda, se hizo el cenobita de su espada, y, desde allí desafió con su prudencia todos los huracanes de la intriga, y, todo el furor de la Envidia, desencadenados contra él ;

entonces, el partido implacable de la paz, que no buscaba sino un modo de deshonrarlo, lo acusó de rebeldía, y, quiso arrebatarle la autoridad suprema del Ejército haciéndosela compartir con Hanón, el caudillo de la oligarquía imperante, el cual, por su amor desenfrenado de la paz, podría bien llamarse : el Jefe de la cobardía nacional ;

se declaró, como en todas las épocas semejantes, que el entusiasmo de la guerra, era un crimen ; se de-

cretó el silencio; y, la admiración al heroísmo, fué declarada delito de lesa patria;

los pueblos vencidos y esclavos cuando son incapaces de reconquistar su libertad, terminan por dedicarse al culto de la paz, con un fervor tal, que no tiene igual sino en su bajeza; y, hacen de esa paz, una bandera; la bandera de su cobardía;

cuando un pueblo vencido, se refugia en el pacifismo incondicional, aceptando como definitivo el veredicto de la derrota, ese pueblo está inexorablemente perdido, ha dejado de vivir, cualesquiera que sean los síntomas de vida que presente; es un cadáver que tarda en sepultarse, y, los perros de la conquista terminarán por devorarlo;

tal era, y, tal fué siempre Cartago;

toda plutocracia, es pacífica; ¿por qué extrañar que aquella de Cartago también lo fuera?

el oro no tiene entrañas;

sitiado por hambre, temeroso de la rebelión inevitable de su ejército, Amílcar Barca, pensó en buscar otros horizontes para su genio, otros lugares donde alimentar aquel rebaño de leones, que rugía de hambre á las puertas de Cartago, y, en cuyas garras exhaustas, estaba la salvación futura de la patria;

entonces, desafiando su trágico destino y la codiciosa ingratitud de sus conciudadanos, resolvió su expedición á España, empresa, más que atrevida, temeraria, y, que aparece ante la Historia, con las propor-

ciones desmesuradas, del prodigio y de la insensatez;

pronto ya á partir, llamó á Aníbal, su hijo, un niño de nueve años, á quien declaraba en su corazón, heredero de su gloria y, vengador de ella; y, ante sus soldados conmovidos, sobre el mismo altar de los dioses, le hizo jurar el *Odio eterno al nombre romano*;

y, el juramento de Aníbal, fué hecho;

ese juramento, que años después, convertido en un huracán de victorias, había de hacer temblar á Roma;

ese juramento que hizo oscilar la tierra en Trasimena, cegar en Canes, los legionarios de Pablo Emilio, y, llorar los senadores ancianos sobre sus sillas curules;

de ese juramento, los dioses mismos, sentirían el pavor, viendo acampar, el bárbaro, á tres millas de sus hogares sagrados;

y, Amílcar Barca partió á España, y, las columnas de Hércules lo vieron pasar á su sombra, para ir á morir en un obscuro campo de batalla, que no logró inmortalizar con su heroísmo;

pero, no se llevó á la tumba, ni su genio militar, ni su odio á los Romanos;

ellos, se encarnaron en Aníbal;

Anibal Barca, era un hombre superior á su destino; ser más grande que la Fatalidad, fué su grandeza; vencer la Fortuna adversa fué su última victoria, obligándola con su espada á servir á sus designios;

con la gloria y, el genio de su padre, Aníbal heredó su odio: el odio inextinguible al pueblo romano;

ese odio, fué más que su alma, fué su genio; él, llenó su vida toda; fué la razón de su gloria y, el dolor de ella; su vida podría llamarse «la Epopeya del Odio»;

entre los que combatían al lado de Aníbal, y, contra Aníbal, el móvil del heroísmo era distinto; los Cartagineses, combatían por el botín; los Romanos por el orgullo; sólo Aníbal no combatía por eso; de todos los héroes auténticos, Aníbal, es el único que no ha combatido por la rapacidad ó por la Gloria; él, no combatía sino por Odio;

el genio de Aníbal, pudo ser vencido; su odio, no lo fué nunca; él, sobrevivió á todos sus desastres, y, no desapareció del corazón del héroe, sino cuando el veneno de Prusias, dándole la muerte, se encargó de apaciguar el miedo romano;

Roma, no podía vivir tranquila, mientras vivió Aníbal; su grandeza le hacía sombra; en ese hombre vencido, había más genio que en ese pueblo vencedor; su sombra, ocupaba el resto del planeta, que las águilas romanas no ocupaban;

el odio de Aníbal pudo ser castigado, pero no fué nunca domado; sobrevivió á todas las vicisitudes, y, fué el último refugio de la gloria de Cartago; cuando dejó de combatir, no dejó de vencer; su odio inoculó al mundo; su alma ausente inspiraba á todos los enemigos de Roma, y, lidiaba con ellos; su espada ganaba batallas aun en la inmovilidad;.

Aníbal, era de esos hombres, á quienes puede dejarse de combatir, pero, no se deja nunca de temer; su gloria, más alta que el vuelo de las águilas romanas, fué el muro de acero que protegió a Cartago; tan grande fué, que pudo llevar el estremecimiento de sus victorias hasta los confines de la tierra; su esfuerzo fatigó el mundo, que no supo qué admirar más, si el fulgor de sus victorias, ó el fragor de sus fracasos;

ese héroe, niño no conoció otra madre, que la guerra; fué de su pezón, ubérrimo de sangre, que se nutrió; y, fueron sus besos de fuego, los que despertaron su alma adolescente á las voluptuosidades del valor; no conoció otro amor que el de la guerra, y, se desposó con ella, como con una esclava bien amada;

sorprendió por su virtud, á aquellos que no pudo sorprender por su fuerza; asombró por su temeridad, á aquellos que no alcanzó á asombrar por su prudencia; venció con su cautela á aquellos que no alcanzó á vencer con su audacia; obligó á sus enemigos á admirarlo, tanto por el coraje, con que los vencía, como por la generosidad, con que los perdonaba; era generoso por orgullo, y, si le llegó ser cruel, no lo fué sino por cálculo; el rencor, era en él, una virtud, esa virtud que hoy se llama, el patriotismo; y, el desinterés, fué en él, tan grande, que llegó á la simplicidad; su vida, más que sencilla, era austera; pobre, en medio del lujo, desinteresado entre los mercenarios ávidos; austero, entre la corrupción lidia que lo rodeaba, ignoró el faus-

to y los vicios del Oriente, por el cual combatía, y, logró imponer al mundo, la admiración que inspira el Genio, unida al respeto que inspira la Virtud;

nada faltó á su genio, ni la prudencia, que tempera el valor, ni la temeridad, que lo exalta;

arrojado desde niño, como una presa á las vicisitudes de la vida, en su niñez las sufrió como si fuesen sus nodrizas, y, en su juventud, las dominó, como si fuesen sus queridas; no dejando nada á la casualidad, hizo del acaso, no su cómplice, sino su siervo, un mercenario más de sus victorias; cuando triunfó, fué su genio, el que obtuvo la victoria, cuando fué vencido, fué la Fatalidad, quien lo venció;

no fué bastante feliz, para morir en sus victorias, y, tuvo bastante orgullo para sobrevivir á sus derrotas;

sus victorias, lo acompañaron á su destierro, como leones domesticados, y, su odio, se acostó sobre su tumba, como para protegerlo aún contra las represalias romanas; y, la sombra de ese odio, aun desarmado, bastaba á imponer pavor á las legiones vencidas;

A la muerte de su padre, y, la desaparición de Asdrúbal, Aníbal asumió el mando del ejército cartaginés;

y, se dispuso á cumplir el testamento de Amílcar;

la guerra, es dulce al corazón de aquellos que la aman, y, él, la amaba con el ardor apasionado de los que han nacido para engrandecerse en ella, y, cuya vida, es un gesto perpetuo hacia el combate, con sus dos manos tendidas hacia el laurel sangriento;

nada de lo que hace á un hombre, digno de la victoria faltaba á Aníbal: no le faltaba sino la ocasión; y, él, la creó;

fué bastante hábil para producir el conflicto, porque se sabía bastante fuerte para dominarlo;

conociendo y despreciando el gobierno de su patria, que él, sabía vendido al extranjero; no esperando nada de la codicia y de la cobardía, de aquellos hombres, tan enemigos de su raza como de la gloria, y, á los cuales, el sólo nombre de los Bárcidas, bastaba para exacerbarlos, hasta la más salvaje cólera, no se dignó siquiera consultarlos, y, no oyendo otros dictados que los de su corazón, declaró la guerra á Roma;

sí; fué Aníbal, y, no Cartago, quien declaró la guerra á los romanos;

la Historia que sabe eso, llama esta segunda guerra púnica: *la guerra de Aníbal.*

aquel, fué el duelo, de un hombre contra un Imperio;

y, puestos en la balanza de la grandeza, el hombre valía tanto como la gloria del Imperio que atacaba;

Aníbal, era bien uno de aquellos cachorros de león. que Amílcar Barca, había nutrido de odio, para exterminio del mundo romano, pero unía á las cualidades de fuerza del felino, la astucia de aquella serpiente, que al decir de Florus, en los arenales de Cartago, diezmó las legiones romanas, llenándolas de pavor;

esa astucia, le hizo ver claro, el lado débil del Imperio romano, para atacarlo;

Roma, no reinaba en España, sino en efigie; del Tajo al Ebro, y, las costas del Mediterráneo, Cartago había impuesto sus conquistas;

pero. Roma, tenía en la entraña misma de esas conquistas, como una daga, clavada en tierra, una ciudad, que era una fortaleza romana: la ciudad de Sagunto;

Sagunto, era aliada y protegida de Roma y, estaba bajo la égida de sus águilas: atacarla era atacar el Imperio;

y, Aníbal sitió á Sagunto, declarando así la guerra á los romanos;

Roma, tembló de coraje;

Cartago, tembló de espanto;

hubo más indignación en Cartago, que en Roma, contra la conducta de ese Bárcida, que así violaba la paz de la servidumbre, desgarrando el tratado de Amílcar, y comprometiendo la dulce tranquilidad de un pueblo esclavo;

Aníbal, no se dignó explicarse ante su patria; estaba seguro de comprar su aprobación, antes que de obtenerla; él sabía que la codicia, se soborna, no se convence, y, el alma de un pueblo esclavo, no se deslumbra con la gloria; se corrompe con el botín;

Roma, envió comisionados á Aníbal; éste no los aceptó;

entonces, Roma pidió á Cartago, la desaprobación de la guerra, y, la entrega del General, que así había osado atacar al Imperio, en sus aliados;

Cartago vaciló;

pero, Sagunto, cayendo, decidió de la suerte;

Aníbal, envió el botín de los vencidos á Cartago, y, con ese botín, compró la aprobación de la guerra;

el oro, tuvo el privilegio de hacer bélico, aquel gobierno de mercaderes, á quienes el honor no había podido hacer heroicos;

y, cuando Fabio, mostrando los pliegues de su toga, dijo, en nombre de Roma: *os traigo aquí, la paz ó la guerra; escoged*;

Cartago, ya sobornada por la victoria, tuvo el valor de decir: *que escoja Roma*;

y, Roma, escogió la guerra;

¿escogió? está mal dicho: aceptó, la guerra que ya le había declarado Aníbal;

Sagunto, abandonada de sus aliados, sucumbió, con un valor, del cual, las tradiciones, parecen no haberse borrado, en el alma de los hombres y en el corazón de los siglos, que se han sucedido;

Roma, dejando perecer á Sagunto, hacía traición á sus juramentos, y, el día en que bajo las alas de sus águilas de oro inmóviles sobre el Forum, se pudo asesinar á un pueblo, aliado suyo, su gloria perinclitó;

el primer golpe de Aníbal, fué dado al corazón del orgullo romano, y, el prestigio del Imperio, palideció ante aquellos pueblos semidomados, que aceptaban la servidumbre como una garantía, y, la alianza de Roma como un paladium;

Aníbal, aprovechó aquel momento de estupor, para extender las alas de sus conquistas;

pelear desde España, no bastaba á la arrogancia de su audacia, y, á la majestad de su genio;

era necesario combatir á Roma en su propio territorio, hacer temblar el Capitolio, con el tropel de sus caballos, y el ruido de sus ejércitos en marcha...

y, resolvió la conquista de Italia;

Aníbal tenía, veintisiete años de edad, y, cien mil hombres á sus órdenes;

como una tempestad, que se pusiese en marcha, con la mitad de aquel ejército, marchó sobre Roma ;

después de Alejandro, la audacia humana, no había emprendido, una peregrinación semejante ;

todo es posible al genio, todo lo que no sea hacer enmudecer la Envidia ;

Roma, frunció el ceño, sin inmutarse demasiado, ante la osadía de ese mozo, que así provocaba con su odio, la omnipotencia centenaria de su grandeza ;

la rapidez y la audacia de Aníbal, desconciertan el criterio de la Historia ;

atravesó la España, y las Galias, y, cuando Escipión, lo suponía más allá de los Pirineos, ya acampaba en las orillas del Ródano ;

los Alpes, pavorosos, aparecieron á su vista, coronados de nieve, como si fuesen las murallas de la Italia, hostiles á toda invasión ;

Aníbal, entró en esas nieves, como si entrase en un desierto bañado de sol, y, las atravesó, cayendo sobre los valles del Pó, como un torrente descongelado, que cae á la llanura ;

había perdido en la travesía treinta mil hombres, que quedaron entre los hielos ;

y, entró en Italia con veinticinco mil, para desafiar el poder del Imperio más grande de la tierra ;

en la travesía, había perdido un ojo, pero, con el único que le quedaba, miró á Roma desde los desfiladeros...

Aníbal marchó sobre Roma ; sólo la sombra de Pirro lo precedía...

nadie antes que él sino aquel epírota alucinado, había recorrido ese sendero peligroso, hacia las murallas sagradas ;

Escipión salió a detenerlo, y fué vencido en Tesino, y, milagrosamente salvado, por su hijo, casi niño, aun bajo la saya pretexta y que por primera vez, se hallaba frente á las huestes de Aníbal : ese niño había de ser el vencedor en Zama ; que ya se adiestraba en los combates para la ruina de Africa ;

habiendo tomado el gusto á las batallas, los Númidas se hicieron implacables ;

el Cónsul Sempronio, fué vencido en Trevia, donde los romanos cegados por la nieve, perecieron bajo los hijos del desierto, que desconociendo el invierno, lo hacían sin embargo, el cómplice de su victoria ;

Aníbal, con su ejército embriagado de triunfos, cayó como un rayo en Trasimena, sobre el ejército romano, comandado por Flaminius, y, lo venció, con tal impetuosidad, que la tierra misma temblaba bajo los pies de los ejércitos en lucha ; hasta la naturaleza se sintió como asaltada de coraje y, derribó los montes y desmadró los ríos, al paso de los romanos en fuga ;...

Aníbal, tenía abierto ante sí el camino de Roma, y, sus Númidas, acamparon bajo los muros de Narnia, a dos jornadas del Capitolio ;

pero, como si obedeciese á un destino fatal, que lo

inmovilizaba frente á la ciudad, odiada y gloriosa, Aníbal no entró á ella;

Roma fué más grande que su derrota, y con una energía, sólo igual á su infortunio, reunió la flor y nata de sus legiones, lo más bello de la juventud romana, y, lo mandó á las órdenes de Pablo Emilio, á combatir al cananita audaz, y, á sus feroces mercenarios, que así habían diezmado sus legiones y castigado su orgullo;

Roma, marchaba fatalmente á su pérdida;...

Aníbal la venció en Canas.

nunca derrota más definitiva, habían registrado los fastos de la guerra;

Roma, quedó anonadada...

Aníbal, no supo aprovechar de su victoria; y, se encargó de gozarla; lejos de entrar en Roma, dióse á recorrer los campos de Capua y de Tarento...

y, Capua lo venció;

los vicios, más poderosos que los legionarios, acabaron con su ejército;

los Romanos, no pudiendo vencer á Aníbal, en Italia, de la cual era dueño, fueron á combatirlo en Cartago, comprando las conciencias de la oligarquía que gobernaba, y, á la cual la prolongación de la guerra, tenía en un miedo morboso, lleno de ansiedades;

las victorias de Aníbal, exasperaban más la bajeza de Cartago, que la grandeza de Roma;

el orgullo puede perdonar el triunfo ajeno; la envidia, no lo perdona jamás;

la aristocracia de Cartago, adueñada del Poder, y, vendida á Roma, no sólo abandonó á Aníbal, sino que se ocupó de hostilizarlo, poniendo más empeño en desarmarlo, que aquel que Roma ponía en vencerlo;

y, así, quedó Aníbal solo, en medio de sus triunfos, sin más esperanzas que en su genio, combatido por Cartago, que no le perdonaba sus victorias, y, Roma, que no le perdonaba sus derrotas;

pero, Aníbal, era uno de esos hombres, en quienes el valor crece á medida del obstáculo, y, el peligro no hace sino acrecentar la audacia;

á medida que disminuia su ejército, crecía su arrojo; y, así, aprovechando las disensiones de los romanos con Filipo, las guerras de Macedonia y de España, cubriendo la Italia con los restos de un ejército debilitado por la deserción, Aníbal, tomó á Tarento, y, marchó de nuevo sobre Roma;...

Asdrúbal, su hermano, venía de España en socorro del héroe pronto á ser vencido más por los acontecimientos que por los hombres, pero sorprendido cerca de Sena, fué derrotado y muerto, y, su cabeza enviada al campo de Aníbal, como un trofeo y, como un mensaje;

privado de esta última esperanza, abandonado de todos y de todo, vencido por algo más fuerte que su genio, por la ingratitud de su patria, llamado por el Senado á quien hacía sombra sus victorias, el héroe,

abandonó á Italia, llena aún del pavor de sus conquistas, y, regresó á Africa;

y, como si al abandonar el teatro de sus triunfos, hubiese dado la espalda á su fortuna, no pisó tierra de su patria, sino para ser vencido en ella, que no era digna de su gloria;

la batalla de Zama, marca el apogeo de Roma y, el ocaso de Aníbal...

en ese duelo formidable, el Héroe, fué vencido por el Imperio;

pero, ¿es necesario decirlo? Aníbal, más que un vencido de Roma, fué un vencido de Cartago;

Roma, lo buscó para perseguirlo, hasta en la corte de un rey bárbaro, donde fué envenenado;

Cartago, pagó con su vida su cobardía;

huérfana del héroe, que podía salvarla, fué vencida y borrada de sobre la faz de la tierra;

y, los Romanos, no dejaron piedra sobre piedra, de aquella ciudad estéril y venal, que proclamando el culto del oro, había hecho de la paz un refugio contra la Libertad, y, había buscado en el orden, más que una disculpa a su cobardía, un pretexto a su esclavitud;

no se cometen crímenes impunes contra la Libertad;

los hombres pueden perecer bajo ellos; pero el Destino se encarga de vengarlos...

GUERRA SOCIAL

(LOS GRACOS)

El crimen mayor de una Tiranía, no es oprimir al hombre; es, corromperlo;

no es sólo, arrebatarle su libertad, lo que la hace tan infame ante la Historia; es, arrebatarle su dignidad;

permanecer digno en la esclavitud, es, privilegio heroico, concedido únicamente á los grandes pueblos y á los grandes hombres;

la disciplina, es el principio de toda servidumbre, como la autoridad es el pretexto de toda tiranía; ¿dónde acaba el hecho de gobernar y principia el crimen de oprimir? ¿dónde acaba la obediencia y principia el servilismo? la Ley, señala ese límite, pero la ley, como un dios Término, retrocede ante la Tiranía, marcando á voluntad las fronteras de la Opresión;

la obediencia, no es un deber; la obediencia es la base de un contrato, hecho entre el individuo y la Autoridad que él ayuda á crear, y, en la cual delega sus atribuciones; la ruptura de ese contrato por la autoridad, liberta al pueblo de toda obligación; el gobierno, al salir de la legalidad, obliga de hecho al pueblo, á salir de la obediencia; cuando la Autoridad, entra en

la Tiranía, el pueblo, debe inmediatamente entrar en la Rebelión ;

la Tiranía, es una traición al pueblo, y, el pueblo debe castigar esa traición ;

cuando la Libertad está en peligro, la rebelión, no es un derecho, la rebelión, es un deber ; el más imperioso de todos los deberes : *Suprema lex* ;

la Tiranía, no es un crimen, es, todos los crímenes ;

y, frente a la Tiranía, no hay, sino un crimen : sufrirla ;

el crimen de la Rebelión, es un crimen imaginado por la Tiranía, para castigar la Libertad ; es el código de Tiberio ;

en las épocas de decadencia y, despotismo, la palabra se prostituye al capricho del Poder ; y, la Tiranía, que todo lo corrompe, acaba por corromper el Diccionario ;

entonces, se ve el triste espectáculo de que la Virtud, sea llamada Sedición, y aquel que resiste heroicamente al Crimen, es apellidado de faccioso ;

y, esos tristes días habían llegado para Roma.

la oligarquía aristocrática, adueñada del Poder, celosa de toda sombra de autoridad que amenazara su omnipotencia, había acabado por borrar del corazón de los hombres, todo otro sentimiento que no fuera el de la sumisión ;

es una de las tristezas de la Libertad, ver que, el Despotismo, con el sólo hecho de perdurar, tiende á le-

gitimarse, y, la Humanidad, corrompida por el Exito, no pide á la Tiranía, sino haber tenido la fuerza de perpetuarse, para tener el derecho de absolverla;

Roma, había llegado a ese grado de prosperidad, en que no podía temer sino á su propia grandeza; su loba, harta de devorar, se enorgullecía con el terror de los pueblos, y, reinaba en el silencio inspirado por el extraño poder de su ferocidad;

nunca se vió tal suma de victoria y de fuerza, extendida sobre la tierra, como un sudario;

es propio de los despotismos conquistadores, corromperse con el jugo de su propia gloria: el cáncer de su fuerza, acaba por devorarlos;

tal así, en el apogeo de la grandeza romana, la decadencia aparecía, destruyendo lentamente las entrañas del coloso;

¿qué sería de Roma ahora que había conquistado el mundo?

terminado el peripleo de sus conquistas, ¿qué harían sus águilas inquietas?... devorarle el corazón;

tal era la angustiosa visión que torturaba el austero cerebro de Catón;

de los vencidos de Canas, de los vencedores de Zama, no quedaba sino el recuerdo; un recuerdo borroso y, lejano, que no alcanzaba ya á calentar el miserable corazón de su posteridad;

los descendientes de aquellos que habían caído en Trevia y en Trasimena, estaban ya curados del espan-

to, que la sombra del Bárcida, al proyectarse sobre el Capitolio, había puesto en el ánimo de sus antecesores ;

Roma había vencido todo ; hasta el recuerdo de sus derrotas ;

Pirro, entraba en la leyenda, al mismo título que Amílcar, y, del recuerdo de Aníbal, no quedaban sino los nietos de Escipión, creciendo en el regazo de Cornelia :

Roma, harta de oprimir la tierra, gozaba en oprimirse ;

la facción conservadora que la dominaba, tenía el empeño loco, de provocar la libertad después de haberla vencido, y, de exasperar con su insolencia la tristeza de aquellos que toleraban su despotismo ;

temerosa de que una ola de hombres nuevos, surgidos del pueblo, sin otros títulos de nobleza que los de su mérito, pudieran alzarse hasta ahogar con él, la enfatuada mediocridad, de la oligarquía aristocrática, erigida en amo, puso todo su empeño, en excluir del consulado, al partido popular, y, á los hombres de la democracia, cerrándoles por todos lados el camino de la elección ;

en vano la ley Gavinia, la Casia y la Papiria, ensayaron libertar los comicios del yugo de la aristocia ; el más insultante desprecio de esas leyes, fué su cumplimiento ; y, el partido aristócrata se dió el placer de añadir á ese desprecio el corolario de la más irritante comicidad ;

la democracia, ineducada y fraccionada, envilecida bajo el hábito de una larga servidumbre, no tenía fuerza ni valor, para combatir la *coterie* insolente de los nobles; le faltaban alma y corazón heroicos, y, ese algo enorme y bravío, ese algo que salva los pueblos en la hora decisiva del conflicto: un hombre de genio que supiera ser un jefe;

la oligarquía, aun degenerada, era la fuerza; la democracia, aterrada, no era sino la esperanza;

la lucha entre los « optímatas » ó sea el partido de los nobles, y los « populares » ó sea el partido de la democracia, no era, por parte de aquéllos, una lucha, era una provocación;

¿con cuáles fuerzas, podría el partido popular, lidiar combate, contra los partidarios del *statu quo*, fuertes en su implacabilidad de reaccionarios?

la demagogia de arriba, era aun más violenta que la demagogia de abajo, y, la aplastaba con su peso;

el poder de la aristocracia, libre de todo freno, llevaba la República, lenta, pero inexorablemente á su disolución;

el acaparamiento de las fortunas, igual al acaparamiento de los honores; el monopolio de todos los elementos de la vida nacional en las manos de una casta; el privilegio, en lo que tiene de más revoltante y más ruinoso, eran los gérmenes de muerte, que ya se habían apoderado del corazón de la república, herida de prematura decrepitud;

la guerra despiadada de los grandes capitalistas, contra el proletariado industrial y agrícola, arruinado y perseguido por la usura y, por la acumulación desproporcionada de la propiedad rural, engendraba ya de por sí, el obscuro y tormentoso problema social, sin resolución aún, en los terribles tiempos que vivimos;

el mundo, es del Hombre, el Poder, es del Hombre, la tierra, es del Hombre; y, cuando en un país, el capital, es de unos hombres, el Poder de unos hombres, la tierra de unos hombres, ese país está establecido sobre bases nefandas de desigualdad y monopolio; en aquella sociedad, reina la Injusticia, y, donde reina la Injusticia, la muerte, no tarda en aparecer;

la Justicia, es el espíritu de las sociedades, y, la propiedad de la tierra, así acaparada y monopolizada por unos pocos, es un ataque flagrante á la Justicia, ataque del cual mueren, tarde ó temprano las sociedades que lo cometen;

y, en Roma, ese problema de la repartición de las tierras, había obsesionado con su pavoroso desiderátum, las más generosas inteligencias, pero, permanecía aún irresoluto, ó, mejor dicho, solucionado á favor del capital y, la nobleza, que eran los solos posesores del suelo, que el pueblo, no tenía sino el derecho de fecundar con su trabajo;

y, ese derecho, que era una afrenta, el pueblo lo toleraba, con una sumisión borrascosa, llena de peligros, porque el pueblo consiente en ser corrompido por

el Poder, pero conservando su odio al poder que lo corrompe;

Roma, á la cual, no le era dado gozar el encanto de una autoridad sin tiranía, ni de una libertad sin sedición, no podía tampoco reposar su avaricia, en el seno de una paz, sin conmociones;

y, de esas conmociones, era el problema agrario, el que ocasionaba las más violentas;

el *trust* industrial, y, el *trust* agrícola, dominaban la ciudad y los campos, con su inexorable tiranía;

los pequeños propietarios y los trabajadores libres, se vieron desaparecer, abrumados por dos fuerzas fatales: la acumulación del Capital, y, el trabajo de los esclavos; estos últimos, comprados á precio vil, y, alimentados como cerdos, produjeron de tal modo, el abaratamiento de los salarios, que los trabajadores libres, faltos de obra, se aglomeraron en la ciudad, á pensar en la sedición, acosados por el hambre; y, los pequeños arrendatarios, aplastados por la tiranía de los grandes propietarios, abandonaron sus campos, que ya no los alimentaban, y, entraron á la ciudad, á aumentar las bandas de descontentos, que la miseria hacía soñar en la revancha;

ellos habían hecho la grandeza de Roma; y Roma, no sabía qué hacer de ellos en su grandeza;

no pudiendo alimentarlos, la Urbe, los devoraba;

del proletariado esclavo, que amenazaba la vida

del Estado, los grandes propietarios se vengaban con asesinatos en masa, como aquellos de Caristenes;

y, á la insurrección de los esclavos, Roma, respondía ahogándolos en sangre, y, crucificando veinte mil de aquellos, que habían capitulado con Publio Rupulus;

el Estado, que no podía mantener al pueblo, se encargaba de asesinarlo, perpetuando así, aquel deplorable estado social, oscilando entre dos abismos, el de la tiranía que no se cerraba nunca, y, el de la sedición, que se abría siempre;

tal era el estado de la República romana, á la aparición de los Gracos;

una reforma se imponía; pero ¿quién osaría proponer esa reforma?

el partido del pueblo, si tenía en su seno bastantes hombres capaces de representar su Ambición, no tenía uno bastante puro, ni bastante fuerte, para representar su Ideal;

¿cómo encontrar en las filas de la aristocracia el hombre generoso y desinteresado, que abrazara su causa, desafiando la ferocidad arcaica de los facciosos del Poder?

entonces apareció TIBERIO SEMPRONIO GRACO;

la Historia, no puede resistir á la fascinación de ciertos nombres;

en las épocas corrompidas y de perversidad, no se

ama sino la Fuerza, y, no se adora sino el Exito, esas dos divinidades de las bestias y, de los siervos;

la palabra *sedición*, tiene el privilegio de asustar las almas que nacieron para la esclavitud, y, de encolerizar aquellas en quienes la servidumbre, es, un estado mental insuperable;

la derrota no tiene prestigios sino en los pueblos y las almas superiores; y la Historia misma, á quien el fanatismo de la victoria amotina contra la Verdad, se encarga de ejecutar a los vencidos de la democracia, tachándolos de *anarquistas*, cuando han caído queriendo resucitar el alma de la Justicia y, el genio de una raza;

tal sucede con los Gracos;

nobles, de la más alta y pura nobleza; su estirpe guerrera, era vieja como la gloria; eran nietos de Escipión el Africano, y, nietos de Pablo Emilio: sus almas, eran como dos chispas, escapadas al desastre de Canas y, al incendio de Zama;

TIBERIO GRACO, era silencioso, como el Destino y, grave, como el Enigma; ¿quién podría adivinar, en aquel joven opulento y, refinado, hecho todo de exquisiteces y de elegancias, cuya seriedad prematura más que grave parecía altanera, y, cuya austeridad de costumbre, más que una virtud, parecía un desafío, á la corrupción brillante de su tiempo; en aquel Robespierre de la antigüedad, letrado y meditativo, nutrido de clasicismo, lleno de la más vasta cultura helénica, al futuro agita-

dor de las masas populares, al que en nombre de la Justicia debía alzarse con todo el vigor de su intelecto, contra las injusticias y la codicia de una aristocracia en cuyo seno había nacido y cuya admiración lo envolvía como una atmósfera?

la elocuencia, era, después de la carrera de las armas, el arte preferido de los Romanos; era ella, uno como sendero florecido, por donde transitaban, todas las grandes almas de ese tiempo, preparando el fugitivo *cedant arma togæ*, que el orgullo elocuente del plebeyo dijo, pero que no alcanzó a proteger, contra el servilismo triunfal de los grandes pretorianos;

por ese arte difícil y prestigioso de la palabra, los nobles se hacían populares, como César, ó, los plebeyos, se hacían ilustres, como Cicerón;

la elocuencia de Tiberio Graco, era elegante como sus maneras, austera, como sus costumbres, llena de una serenidad pura, como su carácter; serenidad engañosa y taciturna, como la de un mar bajo la nieve;

el ardor terrible que lo devoraba, el sol interior que iluminaba su visión continua y profunda, no lograban transparentarse en sus frases, rígidas como un postulado, profundas como una selva;

casi podría decirse, que su elocuencia, no era tribunicia, sino académica; tanto así era de cauta y, reposada;

había en él, más del orador, que del tribuno; su alma, estaba más cerca del pueblo, que su frase; la

democracia residía en su corazón, más que en su estilo;

reservado, frío, dado al estudio y, á la soledad, era tenido por orgulloso, y, se hablaba de su soberbia, como si el orgullo escipionesco, herido, pero no vencido, por lor terribles dardos de Catón, residiera sólo en él, en su alma solitaria y turbada;

la elegancia altanera de sus maneras, como la de sus discursos, no lo acercaba al pueblo, al cual amaba con una tenaz misericordia, que parecía desdeñosa, porque carecía de esa gracia comunicativa y casi siempre vulgar, que distingue á los agitadores populares;

ese extraño ruiseñor de la Revancha, era triste y aislado; y, amaba el silencio como los ruiseñores de la Selva;

sólo la llamada imperiosa de su conciencia, pudo sacarlo de ese silencio, y orientarlo hacia la tempestad;

lo que había de más íntimo y, sutil, en el alma de este luchador, era un loco amor á la Justicia, que desde temprano lo animó contra el enervamiento y la decadencia, que invadían el alma de su patria;

él sabía que el cáncer de las naciones poderosas, es, la Injusticia; y,veía esa Injusticia reinar en Roma, como una divinidad, no destinada á sufrir los ultrajes de la apostasía;

la dictadura envejecida de los nobles, fuerte en sus tradiciones de desdén hacia el pueblo, y, de odio á toda

innovación, había cerrado violentamente la puerta á la reforma;

y, ya se sabe, que cerrar la puerta á la reforma, es abrir la puerta á la revolución;

Tiberio Graco, por su vasta cultura y por su amor apasionado de las letras, estaba en relación constante, con aquellos retóricos griegos, que la brutalidad romana, había arrojado fuera del Atica, y, que daban á Roma, como un perfume, la exquisita y noble sutilidad de sus doctrinas, llenas de un amor desbordante al Ideal, que había sido la vida y la gloria del genio griego;

Blosio, de Cumas, y, Diofánes, de Mitelena, habían sido sus maestros, y, ellos educaron su alma, en esa ternura infinita por la Libertad, que era el fondo inviolable del alma helénica;

la voz de esos filósofos, unida á la de grandes patriotas, como Muscio Scevola, fundador de la Jurisprudencia, y de Quirius Metello, el vencedor de Macedonia, no cesaban de incitar al nieto de Escipión, como después la voz popular debía hacerlo con Bruto, á tomar en sus brazos la causa del pueblo y, á salvarla;

la extirpación sistemática del pueblo por la aristocracia, no dejaba á aquél, otra esperanza que no fuera la de la violencia ya que no podía esperar la maravilla de verse libertar pacíficamente de la enorme boca voraz que lo engullía;

tal vez esperaría en los dioses, porque el milagro,

es la esperanza de los pueblos bestializados y hebetados por una larga servidumbre; la fe, es una virtud de esclavos; y, tal vez, los esclavos de Roma la poseían, como el último vicio de su debilidad;

Tiberio Graco, aparecía, como una confusa esperanza, á los ojos de la Democracia, que fatigada de sufrir, tenía aún fuerzas de esperar;... y, eso levantaba contra él, los furores de la Aristocracia, que no toleraba siquiera la esperanza, de que de su seno mismo, pudiera salir un hombre para herirla;

todo poder basado en la injusticia, teniendo el envilecimiento del pueblo como norma, no dejando á la Libertad otro abrigo que el de la Revolución, es herido de cecidad y de torpeza, en la hora definitiva, en que aparece el Vengador: lo denuncia y, lo consagra, con el odio desenfrenado de su orgullo;

tal así acaeció, con Tiberio Graco, cuando fué investido del tribunado;

la hostilidad de los nobles, lo mostró al favor de los plebeyos;

la corrupción de las clases elevadas, se había comunicado á la clase media, como una gangrena; la burguesía, como siempre, era el receptáculo de las inmundicias de arriba, la cloaca máxima, que recibía todos los detritus sociales, sin haberse logrado limpiar de aquellos de su origen, porque es lo propio de la burguesía, poseer los vicios de los dos extremos sociales sin reflejar ninguna de sus virtudes; consumirse en una

lucha estéril, por atraerse el favor de la Aristocracia, que la desprecia, y, huir el contacto de la Democracia que la humilla; temblar ante el desdén imperativo de los de arriba y, el odio borrascoso de los de abajo; tan incapaz de alcanzar la Autoridad como de amar la Libertad; sin otra pasión que su egoísmo, ni otro ideal, que la paz; temiendo por igual á la reacción y á la revolución; hasta que desorientada por su incapacidad, no sabe en la hora de la crisis decisiva, sino refugiarse en la Tiranía, que la aplasta, huyendo de la Demagogia que amenaza devorarla...

el Pueblo, que antes se consolaba de la pérdida de la Libertad, con el fantasma de la Gloria, no hallaba ya otro recurso para consolar su miseria, que el de la holganza borrascosa, llena de agitaciones convulsivas;

los vociferadores de la muchedumbre, que, no teniendo fuerza para dirigirla no habían sabido sino agitarla, habían callado, convencidos, tarde, de que en la ruda política del tumulto, los mediocres no saben recoger sino el fracaso;

el Pueblo, que antes se consolaba de la pérdida de imperaba en Roma;

en medio de ese silencio, la aparición de un hombre como Tiberio Graco, que tenía para romperlo, la fuerza autoritaria de la Aristocracia, á la cual pertenecía, y, las virtudes de la Democracia á la cual daba su corazón y su talento, no podía sino despertar, la inquietud

y, la esperanza en los dos partidos, que agitaban el corazón de Roma;

la facción de la Aristocracia, que no había visto hasta entonces, en el nieto de Escipión, sino una figura noble y severa digna de decorar el esplendor de su caducidad, tembló de coraje al ver que aquel joven, que acostumbraba citar como modelo á la juventud romana, no se resignaba a ser un hombre decorativo, sino que aspiraba á ser un hombre activo, y abandonando la inercia afeminada de los suyos, se lanzaba en el tumulto, tocado por la pasión de la Justicia, y, fuerte con el orgullo de su raza;

el pueblo, que más que vencido por la violencia, que es el arte de los tiranos vulgares, estaba adormecido por la astucia, que es la razón de los tiranos superiores, sintió renacer la esperanza en su corazón desencantado, y, toda la puso en aquel tribuno, que venía no como otros, á cortejar sus vicios, sino a defender sus derechos, y, que teniendo bastante abnegación para defenderlo, tuvo siempre bastante orgullo, para no adularlo; porque Tiberio Graco, era de esos hombres superiores, que tienen el alma demasiado altiva para amar la celebridad, que es la parodia de la gloria, y, saben despreciar la popularidad, que es la gloria de los mediocres;

el espectáculo de la desolación nacional, y de la decadencia romana; decadencia política, decadencia intelectual, decadencia literaria, decadencia militar,

decadencia económica, todos los frutos del largo despotismo de una clase social, se presentaban a los ojos entristecidos de Tiberio Graco, en toda su lamentable desnudez;

de aquella lucha de siglos, de la aristocracia, por destruir el pueblo; de tantas violentas amputaciones, como fueron necesarias á la facción reinante para mutilar el derecho popular, ¿qué quedaba? un tronco de nación falto de savia, y, pronto á ser calcinado por el rayo;

la grandeza de Tiberio Graco, como la de todos los orientadores de pueblos, estuvo en no desesperar, en no vacilar, en ver justo y, pronto, hundiendo la mirada en el fondo del abismo;

la serenidad, fría, ecuánime, de su temperamento, le servía á maravilla, para ver el peligro sin inmutarse: su cerebro poderoso, no sentía el vértigo;

fuerte por la sola fortaleza de su genio, no pidiendo inspiraciones sino á la rectitud de su carácter y á la grandeza de su corazón, resolvió hacerse el alma viva de la democracia, é insuflándole la vida que le faltaba, combatir por ella, poniendo de su lado, en el terrible sacudimiento, toda la fuerza de su orgullo y todo el peso de su osadía;

en la lucha de Roma con los pueblos bárbaros, el alma romana había vivido intacta, porque aun siendo injusta, permanecía heroica, pero, en esta lucha de las clases, desaparecía el instinto del antiguo heroísmo;

la nacionalidad y, la patria, tendían á desaparecer, por el tumulto de los esclavos, que no querían ya ser devorados por su propia madre;

los legionarios, que habían conquistado la tierra toda, no hallaban una pulgada de ella que les fuera propia; porque los nobles la habían acaparado; y, se volvían para preguntar, qué se habían hecho las conquistas de su espada;

Tiberio Graco, en cuya alma de Tribuno, residía la de un Hombre de Estado, comprendió que era la cuestión agraria, la que más clamorosamente pedía una reforma, o mejor dicho, que era ella la base de toda reforma, porque allí reposaba el corazón de la Injusticia;

y, entonces presentó su famosa ley sobre la repartición de las tierras, y, la posesión equitativa de ellas;

aunque esa ley, no era sino una resurrección de la Ley Licimo-Setino, ya olvidada, ella bastó para asustar y encolerizar la aristocracia acaparadora, que poseía sin títulos, gran parte de esa tierra, que proclamaba inalienable, y había ya declarado hereditaria;

la lucha se entabló violenta, entre el Tribuno que defendía al pueblo, y, el Senado y la aristocracia que lo explotaban;

se puede herir impunemente las ideas y las pasiones de los hombres, pero, no sus intereses;

la ley Sempronia, venía á herir directamente, los intereses de la casta dominadora, arrebatándole la tie-

rra que había usurpado, para ser repartida al pueblo que la había conquistado con su sangre;

la aristocracia herida en el corazón por aquel que había surgido de su seno para castigarla, se volvió furiosa contra él, dispuesta á devorarlo;

Tiberio, no tenía para su defensa, sino la fuerza de la Justicia, que era la fuerza de un dios vencido, y el aplauso de una democracia amorfa, á la cual el hábito de una larga servidumbre, hacía incapaz de libertarse del miedo á sus opresores, aunque muchas veces se libertara del respeto hacia ellos;

Tiberio, creyó que la generosidad, podría desarmar los enemigos inveterados de la Democracia, y, ensayó hacerles concesiones, y defendió la causa popular con acentos tan patéticos, que más parecía implorar la Justicia que imponerla;

la nobleza, no tuvo en cuenta, esta mansedumbre, que achacó á debilidad, y, antes bien, se envalentonó contra su hidalguía;

el joven tribuno ignoraba, que el enemigo, no se vence arrodillándose ante él, sino obligándolo á arrodillarse; que en las luchas de la plaza pública, la cabeza que más se alza es la que más triunfa; que no es permitido ser generoso hacia el contrario, sino á condición de pasar por débil ante él; que ensayar desarmar al enemigo por el ruego es mostrarse incapaz de vencerlo por la audacia; que la generosidad exagerada en el momento de la lucha no sirve sino para sembrar

la desconfianza en aquellos que quieren ser defendidos con energía, y, centuplicar la audacia, de aquéllos que no han sabido ser castigados con osadía;

la Aristocracia creyó que esas vacilaciones, eran una abdicación de Tiberio y, se alzó implacable en su orgullo, pidiendo sin condiciones, un triunfo que creía haber alcanzado sin sacrificios;

el Tribuno, comprendió entonces, todo el error de su generosidad, vió pronto que la política no se alimenta de sentimientos, sino de ideas, y, las ideas no tienen entrañas; que en la hora del combate, vacilar es retroceder; que detenerse es tan fatal como huir; que sólo la audacia, decide la victoria, á la hora en que un destino implacable parece rehusarla; y renunciando entonces á toda idea de conciliación, se encaró con sus contrarios, dispuesto á exterminarlos;

y, la lucha se hizo trágica;

los partidarios del absolutismo y de la servidumbre, tenían de su lado todas las formas de la cohesión y, de la victoria; el espíritu de casta, que impedía toda rivalidad; la tradición que la había hecho sobrevivir á todas las revoluciones, y, la vileza del pueblo, con cuya alma voluble, ella contaba como con una fuerza:

Tiberio, no contaba sino con su genio, y, las fuerzas dispersas de una democracia descoyuntada, á la cual, los eternizadores de las revueltas estériles, habían quitado la fe en la influencia de las ideas; facciones enconadas entre sí, no teniendo de común sino el odio;

no aspirando á vencer sino para hartarse, y, no deseando el poder sino para destruirse; todas ellas, llenas del enorme fatalismo oriental, que los esclavos habían traído y, Roma había apurado como un brebaje;

el triunfo, con esa democracia corrompida por una larga servidumbre y, que cualesquiera que fuesen los gestos que ensayase conservaba siempre el alma envilecida de un esclavo, parecía más que una locura, una ironía á los ojos del destino;

y, sin embargo Tiberio Graco la emprendió, porque no lidiaba por la muchedumbre, sino por la Justicia, y, la Justicia no se envilece nunca, aunque sucumba siempre; los hombres tienen á menudo la triste gloria de vencerla, pero no les es dado el poder de envilecerla; en las luchas de la política, la incorruptibilidad de las ideas es lo único que alcanza a consolarnos de la corrupción de los hombres; he ahí por qué aquéllos que sirven á las ideas, y, no á los hombres, no son desencantados nunca y, no son traicionados jamás;

Marco Octavio, hombre ambicioso y mediocre, que unía á los vicios de un Romano, el corazón codicioso de un Cartaginés; uno de esos mercaderes de la política, que ejercen el pillaje en el orden, como otros lo ejercen en la revuelta; acémilas que el destino se encarga en cargar de oro, ya que no le es posible darles otra forma de grandeza, y, sobre los cuales, los partidos arrojan todos los honores, para abrumar su incapacidad, tanto como para premiar su domesticidad;

hombres que no teniendo sino instintos, son incapaces de tener ideas, y, porque no obedecen sino a sus apetitos, se creen excusados de tener principios ; dispuestos á servirse de todos y á servir á todos ; que libres del lastre de la conciencia, se elevan por su falta de valor, tanto como otros por el exceso de él ; seres que gozan de la protección de todos los partidos, sin obtener la estimación de ninguno ; que hacen del desprecio que inspiran, una arma tan fuerte, como otros del respeto que merecen ; cuya virtud, es no tener ninguna, y cuyo mérito es carecer de todos ; almas ácimas, hechas para ser modeladas por las manos de la necesidad o las de los hombres, y, que en horas de revuelta, incapaces de sentir cólera reflejan la cólera de los otros, y, son el odio colectivo, la furia anónima, el alma iracunda de una facción ; inconscientes como un flagelo, fatales como un puñal ; tal fué el hombre, que vendido á la aristocracia se hizo el alma de la lucha contra Tiberio, del cual era colega en el tribunado ;

siendo posesor, de una enorme extensión de tierras usurpadas, y, de una gran fortuna hecha en el pillaje, no tuvo que hacerse esfuerzo de ánimo, para abandonar la causa del Pueblo, y, abrazar la de la Aristocracia, que esta vez, resultaba ser la suya ;

Marco Octavio puso el veto á la ley Sempronia ;

el Senado se creyó vencedor, con este gesto del tribuno sobornado ;

Tiberio, respondió á esa audacia, haciendo deponer y expulsar del tribunado á Octavio;

la Ley Sempronia fué votada;

Marco Octavio, vencido, huyó entre los clamores de la muchedumbre, dispuesta siempre á perseguir con ellos á los que caen; y, cuando un liberto quiso matarlo, Tiberio, se puso entre el puñal y, su colega, y, le salvó su vida; no sabía que en ese gesto, daba la suya;

la Aristocracia acorralada, retrocedió y, sin perder nada de su acometividad, ensayó todo contra el tribuno, todo, hasta el veneno, porque la vida de Tiberio, era necesaria á su ambición;

el pueblo, rodeaba á Tiberio, con esa efusión apasionada, que es seña de su inconstancia, y, cuando escapado al tósigo, vestido de luto recorrió las calles con sus hijos, implorando para ellos, la protección del pueblo Romano, su paseo fué una marcha triunfal, que tuvo las proporciones desmesuradas de la apoteosis;

no pudiendo aun triunfar por el veredicto de la fuerza, la Aristocracia ensayó el de la calumnia, y, Quintus Pompeyo, anunció la acusación de Tiberio, por haber recibido una túnica de púrpura y un cetro de oro de los Atlátidas;

el tribuno, respondió á esa infamia, pidiendo que los tesoros que el Rey de Pérgamo, había dejado en su testamento á Roma, fuesen repartidos al pueblo;

el puñado de nobles, que gobernaba y había decidido ya el acaparamiento y distribución de esas rique-

zas entre ellos, resolvió cortar á todo trance, la mano del tribuno, que así se las arrebataba;

y, en ese momento, el más encarnizado de la lucha, terminó el tribunado de Tiberio;

seguro de vencer, lleno de fe, en ese algo inquietante y, tornadizo, que se llama la opinión pública, se presentó de nuevo á los comicios, para ser reelecto;

la Democracia, le fué infiel;

las democracias, no aman los hombres superiores; las facciones no saben enamorarse sino de las violencia de los mediocres, cuando no del crimen de los viles; toda forma de genio, les es naturalmente antipática; y, la ingratitud, que es el pecado de los reyes, se hace la pasión dominante de los pueblos;

y, el pueblo, abandonó á Tiberio Graco;

asustado por los nobles, ó acaso vendido á ellos, desertó de los comicios, el día de la elección;

y, Tiberio fué vencido; vencido por la indiferencia del pueblo, que no le perdonaba haberlo defendido sin adularlo, y, haberlo dominado sin corromperlo;

y, el Tribuno, fué entregado inerme, á la victoria de sus contrarios;

sin embargo, osó combatir, y, se presentó en el Capitolio, rodeado de sus amigos;

Fulvio Flaco, que era del número de éstos, vino á él, para denunciarle el complot, que se tramaba: la muerte del Tribuno había sido decretada;

Tiberio, no tembló, y, como si hiciese de su pala-

bra una hacha, abriéndose paso, por entre las filas de sus contrarios, llegó hasta la tribuna;

y, habló, ante aquel Senado amotinado, que pedía á gritos su cabeza;

no se disculpó; acusó bajo la tempestad de dicterios que de todas partes salían, por aquellas bocas convulsionadas de rabia, y, entre la amenaza de aquellas manos coléricas que se tendían hacia él, al pie de la tribuna, casi hasta tocar los pliegues de su toga;

no tembló, como no había temblado asaltando el primero, los muros de Cartago, y, peleando en España, al lado de Mencino;

pasión de esclavos es el miedo; el hombre que ama la Libertad, ama la Muerte; y no teme darla, si ello es preciso para la salud de la República, ni tiembla al recibirla, si ella es necesaria á la salud del pueblo;

Tiberio, abandonado por la democracia, tuvo la virtud de no desesperar de ella, y, la generosidad de perdonarla, en su derrota;

las democracias, serían capaces de disgustar á los hombres, de la virtud del patriotismo, si por sobre la miseria de su ingratitud, no se alzara, la majestad de la Justicia, que es á quien se hace el estéril sacrificio de defenderlas;

por entre una selva de puñales, que eran los únicos laureles que había conquistado su heroísmo, y, seguido de un grupo de amigos, de aquellos raros, á quienes la

desgracia no hace infieles, Tiberio, abandonó el Capitolio, y, se dirigió al templo de la Fe.

el tumulto lo seguia como un oleaje ; en ese trayecto, no hubo boca de liberto que no lo insultara, ni puño de esclavo, que no se tendiese airado contra él ; es condición de los siervos, reflejar envileciéndolas, las pasiones de los amos ;

llegado al templo, los sacerdotes le cerraron las puertas, para que no entrase ; nunca las puertas de la Religión, se han abierto para amparar la Libertad ;

acosados entre el templo y el tumulto, los amigos de Tiberio, ensayaron defenderlo ;

todo fué inútil ;

habiendo el tribuno, tropezado con un cadáver, á las puertas mismas del templo, cayó al suelo ;

esa fué la señal para ultimarlo ;

Publio Saturio, y Lucio Rufo, se disputan ante la historia, la miserable celebridad, de haber sido los primeros en herirlo ;

el cuerpo de Tiberio, desgarrado por los puñales, ultrajado y mutilado, fué arrastrado hasta el Tíber y arrojado en sus ondas, más clementes que los hombres ; y, las aguas se hicieron rojas de sangre, como si fuese el pudor de la naturaleza, que protestaba contra ese crimen enorme ;

en vano su madre, pidió el cuerpo para amortajarlo ;...

las aguas le sirvieron de sudario, y, lo llevaron ha-

cia el mar, único sepulcro digno de albergar ese muerto, tan grande como la inmensidad de sus riberas;

como á todos los grandes vencidos de la Libertad, la calumnia vino á ser otro sudario, que cubrió no ya el cuerpo, sino la memoria de aquel que se había sacrificado al pueblo; al pueblo, del cual, en esa ocasión, como siempre, no se sabe, qué sorprende más, si la infame cobardía con que abandonó sus defensores, ó la infame abyección con que saludó á sus opresores;

ante espectáculos tan bochornosos como éste, se diría que la esclavitud es el instinto natural del pueblo, y, que si hace esfuerzos por romper su cadena, es para tener la triste voluptuosidad de volver á ser aprisionado con ella;

sólo consuela el ver que la Libertad hace su camino, no por los pueblos, sino á pesar de los pueblos mismos;

la Aristocracia, orgullosa de su crimen, quiso hacer una virtud de él, y, acusó á Tiberio de ambición...

en torno á ese muerto, como en torno á todos los grandes vencidos, germinó, toda una floración de apostasías;

ser calumniado no basta al genio; le es preciso ser negado;

y, Tiberio Graco, lo fué;

todos apostataron de su culto;

y, Muscio Scevola, su amigo, aquel que lo había instigado y, alentado en la lucha, renegando de él, no

se conformó con abandonarlo á la hora de su muerte, sino que se encargó de justificarla ;

y, Escipión Emiliano, su cuñado, deseoso de ganarse el favor de los nobles, ebrios de sangre, no vaciló en absolver el asesinato del tribuno ;

el, también era un noble ; los Escipiones, le dieron su nombre, pero no su alma ; no teniendo la sangre de los Escipiones, se conformó con prostituirla ;

los nobles le perdonaron el ser cuñado de los Gracos ; la Historia, no le perdona el haberlos traicionado ;

comprar el perdón por la debilidad, es más vil que merecerlo por el desprecio...

la infamia, que mancha todo, no redime nada.

Cayo Graco.—Cuando un libertador ha muerto vencido en el combate, el hábito del terror, perpetúa el silencio sobre su tumba, como una sanción de la derrota;

el miedo de una tiranía, se muestra por el exceso de su crueldad, y, el miedo de un pueblo esclavo por el exceso de su abyección; la una impone el silencio, el otro lo extrema, y, a medida que la una se hace feroz, el otro se hace mudo:

los pueblos que no saben vengar sus mártires los olvidan, ó siguiendo el veredicto del vencedor, los envuelven en la mortaja del silencio, como en una bandera hecha de injusticias y, de claudicaciones;

la enfatuación del despotismo decreta el olvido, como una proscripción del Genio; y, ese encarnizamiento de la victoria, dura hasta el día en que de la tumba misma del vencido, nace el laurel de la Revancha, la flor de la Rebelión, que nunca muere;

es poder de la tiranía, agotar la servidumbre, pero no puede hacer nada por extinguir la Libertad, porque ella como el rosal, florece más bajo la vara;

Tiberio Graco, había muerto, pero su obra sobrevivía;

el tribuno había caído, pero su ley quedaba en pie;

Tiberio, muerto, era más fuerte que Tiberio vivo;

los puñales que atravesaron su corazón, no podían matar su espíritu, que vivía en la Ley;

el crimen de la Aristocracia, no se conformaba con ser estéril, sino que debía serle fatal;

todo crimen político es un dogal que acaba por estrangular al partido que lo comete;

era inútil el silencio, que el Senado decretaba en torno al nombre de Tiberio;

los hombres callaban, pero las cosas hablaban por ellos;

los hechos tienen una elocuencia abrumadora, cuando la cobardía de los hombres los aísla en el silencio;

los hombres se pueden proscribir, los hechos no; ellos quedan allí, como testigos inmutables y clamorosos, contra la estéril perversidad de las facciones, desafiando con su inmutabilidad los motines efervescentes de la victoria;

la división de las tierras, y, el espíritu de reforma, es decir, la Revolución, hecha por Tiberio Graco, vivía en la Ley, se perpetuaba en el derecho, sobrevivía á la derrota, para atestíguar que una tiranía, puede destruir á un hombre, pero, no á un principio, y, que el asesinato de un Apóstol, lejos de salvar el despotismo, no

sirve sino para deshonrarlo, apresurando por la infamia, el castigo que le reserva la derrota;

el pueblo hambriento, que no había tenido valor para salvar á su tribuno, sí lo tuvo para refugairse en sus leyes, como en una fortaleza;

el puñal de Publio Saturiano, y, el de Lucio Rufo, que habían tenido fuerza para atravesar el corazón de Tiberio, no la tenían para atravesar el corazón del pueblo, que no se podía matar de un solo golpe;

y, ese pueblo, como si sintiese la vergüenza de su abandono, se puso á amar la memoria del Graco, con un amor agresivo y violento, que tenía los fanatismos de un culto;

hay en las muchedumbres, estos movimientos tornadizos de opinión, con los cuales queriendo hacerse perdonar su ingratitud, no logran sino afirmar la miserable condición de su inconstancia;

Escipión Násica, que se había cubierto la cabeza con la toga y había huido del Senado, incitando los siervos al asesinato de Tiberio, no podía presentarse en público, sin que el pueblo se amotinase contra él;

el odio de Roma lo vomitó, sobre Asia, y, fué á morir obscuramente en Pérgamo, sin que nadie supiese la muerte de aquél que la había pedido contra el Genio;

Octavio había huído, buscando la obscuridad, de la cual no había salido sino para servir al crimen;

el crimen victorioso lo abandonaba ¿de qué servía ya

su mediocridad viciosa, si no había virtud ninguna que combatir?

los partidos, como la ley tienen ese pudor tardío: ocultan el verdugo, después de la ejecución;

Escipión Emiliano, que al saber la muerte de su cuñado la había aplaudido, cayó en tal grado de impopularidad, que la soberbia de su desdén no pudo dominarla, y, se suicidó, por el despecho de ver que toda su gloria, no alcanzaba a salvarlo del desprecio;

durante nueve años, la democracia romana decapitada no tuvo orientaciones definitivas, porque si aparecieron jefes del momento, como Carbón y Atinio, éstos no tuvieron fuerza sino para amotinarla;

eran jefes de facción, no tenían talla para jefes de partido;

la ambición de los mediocres, que en épocas normales, basta para salvar á un hombre, en las grandes crisis, no sirve si no para perder un pueblo;

la ambición, no es una virtud sino en aquellos en quienes el genio es una fuerza;

pero, el hombre que debía agitar las facciones y dominarlas con su talla, iba a aparecer, superior en genio, si no en virtud, al noble agitador, que abandonado por la victoria, no había sabido volver la espalda a su deber ni aun para salvarse;

este hombre, que así aparecía dispuesto a abrazar la Revolución para poseerla, era CAYO GRACO el segundo hijo de Cornelia;

después de la muerte de su hermano, Cayo Graco, había entrado en el silencio, cual si quisiese substraerse á la pública atención, ó prepararse en el alejamiento, á las grandes empresas de la Libertad, pidiendo en la obscuridad, inspiraciones a su Destino;

en esos días en que los amigos de la democracia, no vivían sino por excepción o por olvido, Cayo Graco, supo ocultar con dignidad, los designios de su ambición, resolviendo el enigma de vivir con honra en una época sin libertad, y, desconcertar las miradas de la Envidia, con el solo hecho de ocultar su Genio;

fué tan impenetrable en su opinión, que la bajeza que lo espiaba, prestándole algo de su propia alma, lo creyó un adversario oculto de los designios fenecidos de su hermano, y, lo aplaudió en silencio, esperando hallar en ese joven de veintiún años, el vengador de mañana, dispuesto a violar por igual las leyes de la democracia y las de la naturaleza, decapitando con su espada el fantasma de Tiberio y los derechos del pueblo, del cual ese senado decrépito, incapaz de darle una sola virtud, había terminado por no amar sino los vicios;

Cayo Graco, fué enviado á Cerdeña, con el cónsul Orestes;

allí libró del hambre sus soldados, obteniendo del rey de Numidia toda clase de recursos;

el senado se inquietó ante aquel joven cuestor, que él solo bastaba para, equipar y mantener un ejército, y

temeroso de su regreso, le ordenó que permaneciese en la isla, aun después de expirada su misión ;

Cayo Graco no obedeció, y, vino á Roma.

acusado de haber infringido la ley, abandonando su puesto, se defendió, arrojando desde la tribuna, *espadas y cuchillos*, al decir de su propia expresión ;

rompió con el Senado, y, recogiendo la espada de Escipión, caída de manos de Tiberio, se lanzó en la lucha ;

la democracia tenía ya un jefe ;

y, esta vez, para su gloria, con el jefe, tenía el Genio ; el Genio, que superior al Destino y á la Muerte, si no basta siempre á salvar una causa tiene el privilegio de inmortalizarla ;

Cayo Graco, despierta en la Historia, mayor fascinación que Tiberio, porque hay en él más del revolucionario ardiente y radical, que en la calmada severidad de su hermano, que más parecía servir á la revolución que encabezarla ;

Tiberio, era la serenidad, Cayo, el ímpetu ; Tiberio, la dulzura, Cayo, la cólera ; Tiberio la prudencia, Cayo, la audacia ; Tiberio, la continencia que mide el peligro, Cayo, el arrojo, que lo salva ; Tiberio, era como el río, que va hacia el mar ; Tiberio, como la catarata que se desploma en él ;

la elocuencia romana, había oído algo de semejante á Tiberio, cuando oyó á Catón, el Censor, perseguir con su elocuencia al Africano, pero, no había oído, ni

oiría, nada semejante á Cayo Graco, aun cuando oyera después á Julio César, acusando á Donavella, y, al abogado de Arpino, poniendo en el mercado sus arengas, con las legumbres de Túsculo;

Cayo Graco, tenía todas las formas de la belleza espiritual y material, que dan derecho al dominio de las almas;

la piedad, que tenía un largo clamor, en los labios de Tiberio, siempre prontos a implorarla, no tenía cabida en los de Cayo, de los cuales no partían sino el sonido apasionado de las grandes cóleras, y, el entusiasmo arbitrario de las supremas venganzas;

un revolucionario, que no es un vengador, tiene todas las apariencias de un traidor, pronto á vender su esfuerzo á la victoria, y, á hacer coronar su venalidad por el éxito;

renunciar á la Justicia es la manera más vil de traicionarla;

perdonar los crímenes contra la Libertad, es cometer el mayor de todos ellos;

entre las rudas y, tormentosas pasiones de Cayo Graco, no tenían lugar, el Olvido, ni el Perdón, esas dos formas de la bajeza, que la cobardía humana, necesitada de ellas, enaltece en las almas débiles como una virtud, y, aconseja á los pueblos sin virtud, como un consuelo;

no renuncia á la aplicación de la Justicia sino aquel que es digno de sufrirla, ó de ser por ella ejecutado;

Cayo Graco, tenía esa incapacidad moral para perdonar, que distingue á los grandes justicieros, y, esa ausencia completa del olvido, que enaltece á los grandes corazones;

por eso, desde su aparición en la tribuna, evocó los manes de su hermano, como para vengarlos, y, evocó las pasiones del pueblo, como para sublevarlas, dándose con tal ardor á su defensa, que se veía en él, la consunción de esa fiebre divina que ataca á los que no esperando nada de la victoria, van rectos, sin detenerse, hacia la muerte;

como orador, nunca la palabra humana cayó de tan alto, porque nunca la elocuencia se levantó á mayor altura;

sería un concepto más que trivial, erróneo, compararlo con Demóstenes, que tenía la simplicidad grandiosa de los griegos, sonora y luminosa, como los mares de Ática, ni con Marco Antonio Cicerón, cuya verbología retórica, llena de una ampulosidad de decadencia, era morbosa y letal, como escapada del seno obscuro de las lagunas pontinas;

Cayo Graco, como todos los hombres superiores, era original, y se conservaba personal, en su oratoria, no pidiendo inspiraciones sino á su genio, inagotable en bellezas trágicas, como un cielo cargado de tormentas;

no tenía por la violencia, el odio, que los débiles profesan á esta convulsa y fecunda madre de las revo-

luciones, de cuyo seno en conmoción, han salido, llenos de sangre de la entraña, los más gloriosos hechos, que decoran los fastos de la Historia ;

Cayo, nacido antes de su hermano, habría hecho la Revolución ; nacido después de él, vino á completarla ;

y, por eso, la revolución de los dos hermanos, se confunde en un solo nombre, sin fundirse : LOS GRACOS ;

en esa obra, Tiberio, fué el Apóstol, Cayo, el caudillo ; en la dulzura serena del uno, había la sed del sacrificio ; en la impetuosidad bélica del otro, había la sed del combate ; Tiberio, aun siendo revolucionario, permanecía conservador ; Cayo, separándose de la aristocracia, se hizo, netamente radical ; Tiberio, tuvo miedo á las facciones ; Cayo, las dominó, declarándose faccioso ; Tiberio tenía la pasión delicada, Cayo, violenta ; la elocuencia de Tiberio, por su arte didáctico, había podido compararse á la de Cicerón, si Cicerón, hubiese sido capaz de amar la dignidad ; la elocuencia de Cayo, no podría compararse, superándola, sino á la de César, si César hubiese sido capaz de amar la Libertad ; en Tiberio, la elocuencia, era una cítara, en Cayo, era un clarín ; en Tiberio regía, el precepto, en Cayo, rugía el concepto ; Tiberio era la Virtud, Cayo, fué el Genio ; el uno, fué el mártir, el otro, el héroe ; el uno, implora la admiración de la Historia, el otro se impone á ella ;

la elegante altanería de este hijo de la aristocracia,

salido de su seno para devorarle el corazón, tenía que exasperar hasta el delirio, la petulante decrepitud del Senado, hecho por su dominación perpetua, intangible como los dioses;

en la lamentable degeneración mental de esa aristocracia, en su corrupción, engendrada tanto por el olvido de los principios, como por la bastardía de sus pasiones, toda concesión al Pueblo, era mirada por ella, como una traición á sus principios; toda innovación, se le aparecía como una deserción de sus filas, y, toda orientación hacia la Justicia, le parecía una rebelión contra su fuerza;

de ahí que los hombres honrados que había en ella, no podían entrar en la vía de la reforma sino cayendo plenamente en la Revolución;

y, como siempre, la ortodoxia del Poder, miraba como enemigos, á aquellos que querían salvarlo;

así había sucedido con Tiberio Graco, que más que un conservador era un moderado, un espíritu ecuánime, del cual, el espíritu de violencia estaba tan lejos, que no sólo rehusó servirse de él, para vencer, sino que desdeñó usar de él, para vivir;

el furor de la Aristocracia, logró hacer de él, una víctima pero no logró hacer de él, un sedicioso;

no así, fué Cayo Graco, que desde su llegada al tribunado, impulsó la Revolución, sin esperar á ser impulsado por ella; fué el revolucionario trascendental, y, no el reformador sentimental; lanzó á la Aristocracia

en la resistencia, para lanzar á la Democracia en la revuelta; hizo del Poder una camarilla de facciosos, para hacer del Pueblo, un ejército de sediciosos; comprendiendo que las grandes palabras, son fatales en política si no van seguidas de los grandes hechos, no se conformó con entrar en la Reforma, sino que entró de lleno en la Revolución; con un ardor sin medida que era como una demencia, y, una cólera impetuosa, que era como una ceguedad;

todos temblaron á su aparición;

Cornelia misma, tendió las manos hacia su hijo, para salvar á Octavio, y, proteger al Senado, en cuyas curules se habían sentado sus abuelos;

la Aristocracia se desconcertó, ante las acometidas violentas, de aquel enemigo, cuya fuerza había temido siempre, pero cuyo empuje, no había previsto jamás;

lo primero, que hizo Cayo, al inaugurar su tribunado, fué un sacrificio expiatorio, á los manes de su hermano; y, las víctimas fueron los propios matadores de Tiberio;

y, aplacado el clamor de la Justicia, se encargó de aplacar el de la Libertad;

Cayo Graco, no traía como bandera la ley Sempronia, lo que traía era el cambio total de la Constitución del Estado; el derecho á la reelección de los tribunos; la distribución del grano; el impuesto á las mercancías extranjeras que castigaba el lujo de los ricos; el establecimiento de las colonias agrícolas; la

limitación de las levas ; el cambio en el orden del voto ; el progreso en el orden de los caballeros ; la ampliación de la ley Porcia, para proteger á los ciudadanos contra las demasías de la magistratura ; la mutilación de la omnipotencia del Senado, arrancando á sus manos la administración de la Justicia ; todas las puertas abiertas al cambio de las instituciones y, el viejo edificio de la oligarquía zapado por su base ;

la Aritocracia entontecida por aquel huracán de reformas, que soplaba sobre su cabeza, fué herida en el corazón de su orgullo, por el destierro de Publuis Populius, y, el proceso contra Octavio, que fueron golpe tras de golpe, asestado á su poderío senatorial, por la mano justiciera de aquel gran Reformador, que sabía bien lo que quería, y, en cuyo cerebro poderoso, el porvenir tomaba ya las formas puras de la Libertad ;

la Aristocracia se vengaba acusando á Cayo de aspirar al Imperio ;

Cayo, no se dignó siquiera recoger la infame acusación ; él sabía que la calumnia, no revela solamente el despecho del contrario, sino que muestra también su debilidad ;

cuando una tiranía está herida de muerte, apela al pueblo, para denunciarle que se conspira contra la Libertad, y, muere llevando sobre sus labios, esa palabra que no tuvo nunca sobre su corazón ;

Cayo, hubiera podido vengarse de sus detractores, dejando ejecutar á Octavio por el Pueblo, salpicando

con esa sangre la nobleza amotinada, pero no quiso hacerlo, no por esa falsa generosidad, que es el cálculo de los cobardes, sino por desdén de los crímenes estériles, que forma la magnimidad de los fuertes;

él, sabía que para la Libertad, no hay más sangre necesaria, que la de aquellos que ejercen la Tiranía; que aquellos que han dejado de ejercerla, conservando el privilegio de ser odiosos, han dejado de ser fatales; ellos pueden escapar de manos de la Justicia, sin quedar por ello impunes, porque caen en las de la Historia, que sabe ejecutarlos sin piedad;

y, se conformó, con gritar á la pandilla Senatorial, enfurecida contra él: «de un solo golpe *he quebrantado vuestro poder y vuestro orgullo*; *ahora, podéis matarme, pero no os podréis arrancar el puñal, que os he clavado en el corazón*»;

los nobles, aterrados, no confiaban ya en su fuerza, sino en la movilidad egoísta del Pueblo, y, conociéndolo á fondo, sabían, que si en esos momentos, no era posible dominarlo, era siempre posible corromperlo, y, que adulando á sus instintos, sus vicios, terminarían por darles la victoria;

y, entonces cambiaron de táctica, atacando á Cayo, no ya por la violencia, sino por la parodia, simulada, de su obra;

para eso sobornaron á Livio Druso, tribuno como Cayo, el cual á cada proposición de éste, presentaba otra, aun en sentido más liberal;

desorganizar las fuerzas de la Democracia, por el exceso de concesiones á la demagogia; suplantar el libertinaje á la Libertad; confundir al pueblo disolviéndolo; extremar la Revolución hasta la anarquía, para matar la obra de Cayo, sobrepasándola, y, acabar su popularidad con su obra, tal fué el plan de la nobleza, arteramente combinado, y, hábilmente ejecutado por Livio Druso, y, por Fabio Estrabón, que debiendo el Consulado á Cayo, se volvía contra él, dispuesto á exterminarlo; de todas las partes de la obra de Cayo, el Senado no atacó sino su poder, dejó subsistir el resto, y, lo tomó como bandera ;

con ella bajó á la plaza pública, se mezcló al pueblo, y, eclipsó con el libertinaje de sus concesiones, toda la obra del tribuno;

el Senado, hecho demagogo para las necesidades del momento, no reconoció ya límites á su liberalidad corruptora, seguro de poder luego arrancar al pueblo vencido, más de lo que le daba entonces, vencedor;

la ley Fulvia, eclipsó la ley Sempronia; Livio Druso, concedió tanto como Cayo Graco, y, el pueblo deslumbrado por tantas concesiones, comenzó á vacilar, perplejo entre las dos demagogias;

fatigado de esta lucha, Cayo, cometió el error de retirarse de Roma, yendo á conducir seis mil colonos á Junonia;

esta ausencia, prolongada, precipitó su ruina;

cuando volvió, su popularidad se había desvanecido; no quedaba en pie, sino el odio contra él;

no tenía ya la fuerza del prestigio, ni aun para cubrir á sus amigos, amenazados por Opimio;

sin embargo, cometió una debilidad, inexplicable en un hombre de su talla: confió en el pueblo; dejó su casa del Palatino, y, se albergó cerca al Forum, llamando á su alrededor á los latinos; éstos fueron expulsados por un edicto, y, Cayo, quedó solo;

perdida su popularidad, ya no le quedaba sino una sombra de Poder, que iba á escaparse de sus manos;

al Genio, no le es dado tener sino dos partidos; el de la Justicia, ó el de la Ambición;

cuando el Genio, tiene por complemento la virtud, sirve á la Justicia, y, se llama: Graco;

cuando el Genio, no tiene virtud, no sirve sino á su ambición, y se llama César;

en ambos casos, la desgracia y el fracaso del hombre de genio, es verse obligado á ser hombre de partido, porque los partidos perdonan todo, menos el Genio, y, se apresuran á abandonarlo, prefiriendo ser aplastados por la derrota, antes que ser salvados por el Genio, porque el alma de los partidos es la Envidia, y, la misión de la Envidia, no es vencer, sino impedir aun á costa de su vida, que otros venzan;

en la lucha de los partidos, el Genio, cae siempre traicionado por los hombres antes que por los acontecimientos;

tal así sucedió á Cayo Graco;

su noble corazón, capaz de conjurar todos los peligros, no previó el de la deserción; ni sospechó las infidelidades del presente, pensando en conjurar las violencias del porvenir;

en ese duelo á muerte entre las facciones, era necesario que sucumbiese una de ellas: el destino iba á señalarla;

las cóleras desencadenadas, pedían una víctima; la cobardía del pueblo iba á designarla;

esa víctima, fué Cayo Graco;

su tribunado expiró en lo más fuerte de la lucha;

se presentó á los comicios, para ser reelecto; y fué vencido;

el pueblo, engañado por la falsa demagogía del Senado, ó sobornado por el oro de los nobles, lo abandonó, como á su hermano;

estaba reservada á la Democracia, esa última vergüenza, de abandonar al hombre superior, que para no tener nada de ordinario, no tuvo ni la victoria, y, cuya alma más grande que el desastre, no se sorprendió siquiera de él, no disputándose acaso, la noble exquisitez de su espíritu, sino una duda: la de saber á quién legaría la mayor cantidad de su desprecio, si á aquellos que lo mataban, ó, á aquellos por quienes moría;

abandonado por el pueblo, Cayo, comprometió la última lucha, con un puñado de amigos;

y, fué vencido, combatiendo cuerpo á cuerpo, con

las turbas de esclavos, que Druso amotinaba contra él ;

vencido por las turbas, después de sembrar de cadáveres de sus amigos, las calles de Roma, se retiró al templo de Diana, y, como buen romano, quiso atravesarse con su espada el corazón ;

sus amigos, se lo impidieron, con la esperanza de que saliendo de Roma, pudiese ganar el campo, y, refugiándose entre los italianos, recientemente expulsados, se rehiciese para el combate ;

así, lo llevaron hasta el puente Sublicio, y, cubriendo con sus cuerpos la entrada, se dejaron diezmar, barriendo con sus cadáveres, el camino á los perseguidores...

Cayo, huía, pidiendo en vano, un caballo, que lo pusiese fuera del alcance de sus enemigos ;

nadie vino en su auxilio ;

cercado por sus contrarios, que le habían dado alcance, se refugió en el bosque de las Furias, y, allí se hizo atravesar con su espada el corazón, por las manos de su esclavo, Filócrates, que tuvo el raro valor de suicidarse sobre el cadáver de su amo ;

el Cónsul Opimio, había prometido pagar á peso de oro, la cabeza de Cayo ;

Lucio Septimuleyo, del partido de los nobles, la cortó al cadáver y rellenándola de plomo fundido, la llevó á Optimio ; y, recibió en oro el precio de esa cabeza, que puesta sobre los hombros, del muerto, lo habría hecho arrodillarse si no por respeto que es el ho-

menaje de los libres, si por miedo, que es el respeto de los esclavos;

la Historia, vacila en detenerse en ciertos hechos, temerosa de ilustrar con su mirada ciertos nombres, que no acertando á salir de la obscuridad sino por las puertas del crimen, deben volver á ella, empujados por las manos del Silencio y del Olvido;

el cuerpo de Cayo, fué arrastrado al Tíber, sus casas arrasadas, sus bienes confiscados, y, se prohibió á su viuda llevar el luto del Héroe;

así murió el último de los Gracos, al cual, no le faltó para vencer, sino una época, tan grande como su Genio;

nacido en una época sin gloria, él fué toda la gloria de de su época, no contento con la virtud, que fué el patrimonio de su hermano, añadió á la virtud, el Genio que fué su propio patrimonio, y, despreciando la calumnia, que es alma de ciertos tiempos, no se confió sino á la Gloria, que es el alma de los siglos;

abandonado por el pueblo, traicionado por el destino, supo mostrarse superior á ambos, dándole al uno, la Libertad en pago de su ingratitud, y, dominando al otro, con su orgullo, en pago de su inconstancia;

así como en la obra de Tiberio, todas las leyes de Cayo, quedaron en pie; no cayó sino su cabeza;

el pueblo le negó sus brazos, pero recogió sus beneficios;

¿qué importa eso á la gloria de Cayo, el cual, es

seguro, que como todos los hombres de genio, servía al pueblo despreciándolo, y, le daba la limosna de su sacrificio, sin negarle por eso el privilegio de su desdén?

él, sabía que se puede escapar al odio de los poderosos, pero, no se escapa nunca á la ingratitud de los pueblos; que éstos perdonan fácilmente á sus tiranos, pero, no perdonan nunca á sus libertadores; y, saben odiar, mucho más, á aquel que les reprocha su esclavitud, que aquel que se la impone;

todas las grandes almas de luchadores, saben eso, y, otorgan á los pueblos su perdón, antes de haberles dado su vida;

el partido de la reacción, vuelto á la omnipotencia, entró en ella más furioso que antes, y, más inepto que nunca;

se había librado de su enemigo, pero, ¿cómo librarse de su incapacidad?

esa aristocracia en decrepitud, no tenía fuerte sino su cólera, y, en el naufragio de todas sus grandezas, no había salvado sino la del odio;

y, fué inflexible;

el partido del pueblo, fué castigado en aquellos pocos que fueron considerados, como fieles á la Libertad, por no haber deshonrado con la bajeza, el dolor de su derrota;

la reacción, ciega por el coraje, como todas las reacciones, no supo qué extremar más, si su ineptitud, ó su ferocidad; y, las extremó ambas;

el pueblo, privado, de sus defensores, fué á su turno, privado de los halagos;

cuando ya no tuvieron que temer nada de él, los poderosos dejaron de adularlo;

se vengaron humillándolo, de la vergüenza de haberlo cortejado; y, castigaron su hora de libertad, haciendo aun más penosa su esclavitud;

desvanecido el miraje de esa libertad, el pueblo entró más brutalmente en la servidumbre;

y, entró en ella, no como un pueblo, que tiene la desgracia de sufrirla, sino como un rebaño castigado, que tiene la infamia de merecerla;

la esclavitud sufrida, es solamente un infortunio;

la esclavitud merecida es una afrenta;

y, el pueblo de Roma, merecía su esclavitud.

GUERRA CIVIL

(MARIO Y SILA)

Cuando la aristocracia romana, hubo sepultado bajo el polvo de la derrota y de la muerte al último de los Gracos, creyó su poder destinado á la perpetuidad, ya que la inmortalidad, no es el privilegio del Crimen;

el Senado creyó haber decretado su eternidad, con el puñal que decretó la muerte de Cayo, y, ambos entraron en su omnipotencia, con tanto furor como en el asesinato, fatigando el crimen sin salir de la imbecilidad, y dando á sus venganzas, las proporciones desmesuradas que no pudieron dar nunca á su grandeza;

es la condición desesperante de los mediocres, no poder engrandecerse ni aun en la magnitud de sus crímenes, y, permanecer pequeños, aun teniendo el poder de hacer grandes sus delitos;

hay hombres que no tienen más grandeza que la de sus faltas, y, esa grandeza los aplasta; caen bajo su celebridad, como otros se alzan sobre la suya; se recuerda su crimen más que su nombre, y, no salen del Olvido sino para entrar en el Oprobio;

uno de esos galeotes de la Historia, condenados á la cadena perpetua del desprecio, es, Opimio, el Cónsul venal, que al servicio de la nobleza, ordenó la muerte

de Cayo Graco, poniendo á precio su cabeza, y pagándola á peso de oro;

extremando su servilidad al Senado, asesinó tres mil ciudadanos, como amigos de Cayo, y, no escapó á su ferocidad, ni el hijo de Fulvio, cuya adolescencia inocente, no logró desarmar la sombría perversidad, de aquel que se había alquilado al crimen, más que para imponerlo para hacerlo avergonzar con la inutilidad sanguinaria de sus ejecuciones;

hombre inferior á sus venganzas; más nulo que sus odios; no perdonando al destino su elevación, como otros no le perdonan su desgracia; abrazado á sus furores, como otros se abrazan á sus ideas; inspirando el horror, por ser incapaz de inspirar la estimación; embriagándose del odio que despertaba, como otros de la popularidad; este extraño azote de la reacción, fatigó el ridículo tanto como el Crimen, haciendo acuñar una medalla, para eternizar su triunfo, y, para deshonrarlo todo, hasta la virtud, parodió la gloria de Camilo, levantando un templo á la Concordia;

fué el destino trágico de Roma: no escapar jamás á las facciones, no salir del desorden sino para entrar en la tiranía, no vencer sino por el exterminio, y, no gozar de la paz, sino por el imperio de la muerte;

desde que la sedición vencida, dejó el campo libre á la reacción, ésta no pensó, sino en conspirar de nuevo contra la Libertad, y, arrancar al pueblo la sombra

de vida que le quedaba, y, el irrisorio jirón de los derechos adquiridos;

nuevas luchas se entablaron;

los tribunos y los caballeros, se opusieron, con el escudo de las leyes rotas, á la constante absorción de los fueros populares, devorados por la audacia creciente de la nobleza, que esta vez, ejercía el poder segura de merecerlo, porque se lo había dado, con la victoria, si no la voluntad, sí la vileza, del pueblo, vendido á sus caricias; y, puesto que lo había comprado, lo devoraba;

de ese pueblo ingrato no quedaba sino una osamenta, semejante á la de aquellos, que abandonados y traicionados por él, habían muerto, dando la cara al despotismo, y, que blanqueaban con sus huesos la campiña romana, más que como una protesta contra los vencedores, como una muda acusación contra los vencidos, que indignos de la victoria habían renunciado á ella, buscando en la servidumbre un refugio a su ingratitud; porque es de esclavos irremisibles, no sólo, el ser incapaces de conquistar la Libertad, sino el mostrarse aptos para venderla; y, no siendo dignos de servirla, terminan por traicionarla;

la miseria devoraba á Roma, como una lepra; los campos se despoblaban, la ciudad se llenaba de alaridos;

las guerras de Numidia, más ricas en peligros que

en botín, no tenían necesidad de más legiones, que aquellas con que contaba Mario ;

los cimbrios y los teutones, invadiendo las Galias, y, cayendo sobre Italia, no despertaban el temor del pueblo, porque había sido siempre inaccesible á él, pero no aguijoneaban tampoco su heroísmo, al cual parecía ya insensible ;

su rapacidad, misma, parecía amortiguada por el desencanto ;

puesto que había conquistado la tierra toda, y, moría de hambre ¿qué podía importarle la conservación de esas conquistas, que no servían para alimentarlo?

si sabía con placer los triunfos de las legiones en Numidia, en las Galias, sobre las mismas tierras itálicas, si aplaudía las victorias de Muleya, de Aix, de Vesselli, era porque en esas victorias, triunfaba Mario, se engrandecía Mario, y, Mario, era el amor y la esperanza del pueblo romano ;

la Democracia, se sentía vivir en los triunfos de Mario, y, cada victoria suya, sonaba en el corazón de Roma, repercutiendo como una amenaza en el Senado, que siempre había odiado al Jefe popular, cuya rudeza agresiva, y, cuyo ímpetu violento, lastimaban su orgullo, y, en el cual presentía un heredero de los Gracos, pero un heredero salvaje, el cual, por su incapacidad mental, había de quitar á la Revolución, todo prestigio de ideas, para dar á la pasión, todas las apariencias de un principio, y, hacer una orgía de sangre

de lo que los otros habían hecho una hoguera de martirio;

la Aristocracia presentía, y, temía á Mario; la Democracia lo esperaba y lo amaba, con un amor hecho todo de afinidades y, de similitudes;

MARIO, era el pueblo; era inculto, rudo y violento, como él; tenía las pasiones bajas, y, los instintos feroces de la multitud; todos los odios del pueblo, gritaban en su corazón, como la tempestad en un bosque; no había un vicio plebeyo, que no estuviese en su naturaleza, ni una gran pasión primitiva, que no la poseyese; era grandioso y, rudo, como un volcán; vencedor de bárbaros y bárbaro él, mismo; el menos latino de los latinos de su tiempo, era sin embargo el cachorro más fiel y más típico de la loba devastadora: hijo de Marte y de la plebe; nacido del pueblo y de la guerra, tenía las pasiones de ellos, el ímpetu y, la inconstancia, el heroísmo y la ferocidad, y, ese disimulo artero, ese cálculo egoísta, que no se entrega jamás, ni aun en sus mayores arrebatos, que pasa por prudencia, y, que no es, sino, la astucia ilimitada de la incapacidad;

Mario, no tuvo nunca ideas, no tuvo sino pasiones; no fué un cerebro, encargado de pensar, sino un brazo pronto á ejecutar: el brazo armado de la Democracia; incapaz de fundar nada, no supo sino herir; inhábil para crear, se conformó con destruir; demasiado cerca de la naturaleza, de la cual era como un elemento,

tuvo la fuerza asoladora de éstos; abatió sin construir, y, cuando hubo acumulado, ruinas de sus contrarios, no supo qué hacer de ellas, y se enterró bajo sus escombros;

¿existía la pasión pura de la Libertad, en el tormentoso y rudo, corazón de Mario? no; no existía sino el instinto de la rebelión, que en los hombres de fuerza, se parece tanto al amor de la Libertad;

Mario, no amaba la Democracia, por haber nacido en su seno, sino que odiaba la Aristocracia por la tristeza de no haber nacido en ella; ese odio, era hecho todo de despechos; era un odio de plebeyo, con todos los rencores obscuros de la gleba, acre y duro, como las entrañas de la tierra, implacable, como el corazón de un siervo;

no tenía otra nobleza, que la nobleza de sus victorias, ni otro escudo, que su escudo de guerra, en el cual las flechas de los bárbaros, habían dibujado los cuarteles de su prosapia;

incapaz de sacrificar nada á las gracias, como diría Platón, hacía ostentación de su incultura, como de una virtud; impuso su espada á los pueblos de los cuales, no se dignó aprender la lengua; permaneció un romano primitivo, en medio de los romanos decadentes; fué grosero, en la floreciente civilización de su época; se conservó bárbaro, en la corrupción flamante de su tiempo, en el cual la elegancia, se había hecho un vicio y, como vicio, era una distinción de los romanos;

fué superior á esos vicios de su época, tuvo la fortuna de no poseerlos y el orgullo de despreciarlos; tuvo la simplicidad fuerte de la naturaleza, que tiene instintos y no tiene vicios;

Mario, hubiese sido el más grande de los romanos, si hubiese tenido otro talento que el de las batallas; no faltó á su grandeza sino una altitud, la de Hombre de Estado, y, á su corazón una virtud: la de la lealtad;

por la falta de esta última no supo salvar al pueblo, porque no fué fiel sino á sus odios; fué fatal á la Aristocracia, de la cual, no castigó, sino las pasiones; y, fué inútil á la Democracia, de la cual, no halagó sino los instintos;

su grandeza, resulta falla ante la Historia, porque habiendo tenido bastante fuerza para tumbar la Tiranía, no tuvo bastante virtud para fundar la Libertad; y, el día de su triunfo, de pie sobre las ruinas del despotismo de los nobles, que había anonadado, no fué bastante grande para coronar sobre ellas el Derecho, y, coronó su Ambición... ¡su ambición, tan vulgar como su vida y tan estéril como su obra!...

tal era Mario, el publicano de Arpino, la esperanza de la Democracia, quien por aquellos días, combatía contra Yugurta, y, vencía los cimbrios, y castigaba los teutones, haciéndose una escala de sus victorias, con la cual debía subir al Capitolio;

tras de él, más que al lado de él, engrandecía Sila, como un castigo;

en tanto, Roma, se debatía, presa del hambre y de la iniquidad, bajo la garra del Senado, que había llegado á ese grado de despotismo, en que todo es permitido, menos detenerse, y, no es posible vivir, sino á condición de marchar aceleradamente hacía el abismo;

Saturnino, Druso, Popedius, ensayaron detener la oligarquía, en esa pendiente; todo fué en vano; se precipitaba enloquecida; iba derecho hasta caer contra la punta de la espada de Mario, que había de atravesarle el corazón;

en esos momentos, la *Ley Sulpicia*, vino á incendiar todos los combustibles aglomerados para el incendio;

Publio Sulpicio Rufo, que fué su autor, era un tribuno, elevado á la par, por el favor de sus amigos, y, el raro vigor de su elocuencia; orador tronitante y, caudaloso, de grandes gestos teatrales y sonantes epifonemas; más apto á deslumbrar que á convencer; más hábil en apasionar las multitudes que capaz de guiarlas; más dado al efecto, que al fondo del discurso; amador de la novedad, más que decidor de la verdad; más enamorado del favor popular, que digno de él; dispuesto á servirse del pueblo, haciendo el gesto de servirlo; burgués más ambicioso, que revoltoso; revolucionario teórico, no teniendo en él fondo más convicción que la de su mérito, y, no buscando en la revuelta sino una manera de mostrarlo, esperando acaso la ocasión de negociarlo; más que moderado, conserva-

dor, del temple de Crasus, del cual era el amigo, y, de Drusus, del cual aspiraba á ser el sucesor; vanidoso é inhábil, como todos los oradores; violento y no fuerte; con más ambición que virtud, y, más ostentación que carácter, había abrazado la causa del pueblo, por venganza hacia la nobleza, con la cual acababa de romper, y, á la cual esperaba imponerse, por esas gimnasias oratorias, esperando cándidamente, serle fatal, después de haberle sido inútil;

la *Ley Sulpicia*, que así alarmaba la sensible senilidad del Senado, no era en realidad de verdad, sino un sedimento inofensivo de las viejas leyes agrarias de los Gracos, mutiladas por una mente, más hábil en disimular la verdad que en decirla, y, más capaz de desencadenar la tormenta que de dominarla;

es propio de las tiranías en decadencia, el dar á ciertos gestos estériles, magnitudes de sedición, y, acosadas por la sospecha de un peligro falso, crear uno verdadero; y así, incapacitadas por el miedo, queriendo evitar la catástrofe, la producen;

el miedo, no sólo envenena la victoria, sino que apoderado de la tiranía, la lleva ciegamente á la derrota;

el miedo, es el castigo del despotismo; él, venga al pueblo, ya que no alcanza á salvarlo;

quedaba en el despotismo romano, algo de la candorosa ingenuidad que distinguía la conciencia anti-

gua, y, esa ingenuidad tembló ante aquello, que nunca ha tumbado nada: la retórica;

incapaz de sentir respeto, en una época en que no se respetaba nada, el Senado tuvo miedo, porque el miedo es la única forma de respeto de los hombres y de las sociedades envilecidas;

y, tembló ante los gestos desenfadados y, los apóstrofes sonoros de Sulpicio, que buscaba en su elocuencia, un refugio á su ruina, queriendo escapar entre el ruido de los aplausos, al tumulto de sus acreedores, porque en ese momento, no tenía sino dos cosas igualmente grandes: sus deudas y sus palabras;

es verdad que si el Senado tembló ante aquel Saturnino redivivo, cuyas concupiscencias pedían á gritos la espada de Rabirio, que arrancó la cabeza del otro, fué, porque tras de ese tribuno menesteroso, ya vendido á las promesas del oro númida en perspectiva de reparto, se alzaba la sombra imponente y, turbadora de Mario; de Mario, su enemigo, que tenía dos cosas insaciables, la ambición y el odio; de Mario, igualmente idolatrado por los legionarios y por la plebe; del jefe incansable, que no dejaba de combatir, sino para conspirar, que cuando no ganaba una batalla producía un tumulto; cuando no se ocupaba de organizar un ejército, se entretenía en organizar una sedición; que fuera de Roma, ponía en fuga, los cimbrios, los celtíberos y los númidas, y, adentro, abatía á Metelo, levantaba á Saturnino, imponía á Gláusias, salvaba la

vida á Sila, y, sobornaba á Sulpicio para que secundara su ambición; hombre múltiple, insatisfecho, incapaz de quietud, siempre ocupado en jugar su vida, y, en cortejar su ambición, en lucha personal, lidiando cuerpo á cuerpo con los acontecimientos, y, disputándose la victoria, mano á mano con la fortuna: *Marius homo varii et mutabilis, ingenii consiliique semper secundum fortunam*, que diría Tito Livio;

ese miedo morboso á la sombra de la espada de Mario, iba á costar á Roma más sangre, que toda la que el publicano glorioso había derramado en los campos de batalla, fatigando la victoria, porque ese miedo iba a desencadenar la guerra civil, más rica en sangre, en muerte y en devastación, que lo fuera jamás guerra ninguna: *nec Anibal, nec Pyrrhi, fuit tanta vastatio*;

y, el Senado, pávido ante la espada de Mario, no encontró para refugiarse sino la espada de Sila, y, se amparó bajo ella, entregando así la República al sacrificio, para ser degollada por la insaciable ambición de estos grandes legionarios;

¿qué podía ganar la Libertad, en este plebiscito de la espada?

la espada, que ha fundado la grandeza de muchos pueblos, no ha sabido fundar la libertad de ninguno;

el Senado, llamó á Sila, que sitiaba á Nola, ambicioso de ilustrar su nombre en Asia, para disputar la gloria á Mario, antes de disputarle en Roma, la

victoria; crecido militarmente á la sombra del viejo General, su grandeza, lo obsesionaba, y, aspiraba á destruirla, en un perpetuo sueño de envidia;

al llamamiento de Sila, por el Senado, que era un desafío y una amenaza, respondió el pueblo, proclamando el nombre de Mario para la Comandancia Suprema de los Ejércitos;

y, el viejo y glorioso demagogo, cargado de años y de laureles, fué investido del Poder Supremo; y, salió de su retiro, como un león de su cueva;

y, el Senado se puso á temblar, ante esta aparición, que era á sus ojos, la encarnación vengadora del alma popular;

los dos tribunos del pueblo, que fueron á Nola, á intimar a Sila, la entrega del Ejército, fueron lapidados por los soldados, y, no fueron recibidos por el Jefe;

Sila, no era hombre de capitulaciones ni de vacilaciones: iba recto á su fin, como una flecha; tenía el alma felina y, combatiente, y, aceptando el reto que el pueblo le lanzaba, se negó á entregar la Comandancia, del Ejército, y, al frente de treinta y cinco mil hombres, se puso en marcha sobre Roma;

dos siglos y medio hacía, que un ejército no se ponía así en marcha, contra la Ciudad Eterna;

¿no veis en ese legionario rebelde y en esas cohortes en marcha, un antecesor de César, y, de sus bandas insurrectas, marchando hacia la tiranía?

la era de los tumultos militares en que había de expirar la República, se iniciaba con Sila;

la Democracia y la Aristocracia de Roma, encarnadas en esos dos caudillos, iban á encontrarse;

SILA, era la Aristocracia; más que encabezarla, la sintetizaba; tenía todos los defectos y las virtudes de ella; sus mismos vicics enormes y sus pasiones cobardes; la imbécil altanería y, el rencor irracional; pero, era superior a su casta, por la energía, que no era sin embargo sino una forma de su ferocidad, pero que constituía casi una virtud, en medio de esa nobleza sin virilidad; y una inteligencia inferior, que sólo podía pasar por genio, en el cretinismo de la casta oficial, herida de acefalía;

Sila, pertenecía á la más peligrosa categoría de los nobles: los nobles arruinados; á esa nobleza media y fracasada, de la cual habían de salir luego con el andar de los siglos, Mirabeau, del cual no tuvo sino los vicios, que son el castigo del Genio, y Bonaparte, del cual, no tuvo sino la duplicidad, que es la negación de él;

era un lobezno de la rapacidad, educado en la pobreza; su sangre, era concusionaria; su abuelo había sido expulsado del Senado por ese crimen;

su carácter, de una jovialidad ruda y, cruel, dado á la farsa, aprendió á degradarse desde la infancia en el uso de la más baja bufonería; tenía una alma de cochero y, una alegría de lacayo; ; aliaba íntimamen-

te las costumbres más vulgares, á los vicios más viles; y, su alma parecía no hallar solaz, sino alternando entre la bufonería y la crápula; no dejando los chistes de las caballerizas, sino para hundirse en el vicio de los prostíbulos;

su crueldad, no tenía igual sino en su astucia; era representado, por un león, con una cabeza de zorra; despreciaba igualmente el valor de la vida y el valor de la palabra; no perdonó nunca un vencido, ni cumplió jamás un juramento; su ferocidad, no tenía siquiera la disculpa de la cólera; daba la muerte, fríamente, como el hielo, o como el hierro; era un mecánico del asesinato.

poseía dos embriagueces: la del vino y la de la sangre; y no tuvo sino dos virtudes: el carácter y el valor; por ellas, dominó a Roma; con ellas asesinó la Libertad; con ellas hizo temblar la tierra;... con ellas desarmó el brazo de sus contrarios; pero ellas, no han podido desarmar la Historia;

Sila, avanzando como un huracán, llegó a las puertas de Roma, y, violando el límite sagrado, que la ley le prohibía franquear á los ejércitos, acampó á la sombra del Esquilino;

al día siguiente invadió á Roma, y, no hallando ya en ella, libertades que pisotear, pisoteó la tierra sagrada cuyo amor había desarmado á Coriolano; y, no hallando ya leyes que violar, se dió el brutal placer de violar su propia madre, que era Roma;

Mario, que había ensayado en vano, levantar un

ejército, no logró alzar sino un puñado de hombres, para combatir á seis legiones;

y, con ese puñado, comprometió el combate; aquello no fué una batalla, fué una riña en las calles de la ciudad, entre un pueblo desarmado, y, un ejército, hecho á todas las peripecias de la guerra;

para hacerse un cuadro, digno de sus venganzas, Sila, con las flechas inflamadas que disparaban sus soldados, prendió fuego al barrio de la ciudad en el cual se combatía;

se peleó en la noche, á la luz del incendio, hasta que las legiones, entradas por la puerta Trigémina, cayeron sobre la multitud, despedazándola;

Sila, tomó posesión de Roma;

Mario, pudo huir, acompañado de un esclavo, único compañero que le dejaba la derrota;

su cabeza fué puesta á precio, pero no pudo ser habida, como la de los Gracos;

y, el libertador de Italia, el «tercer fundador de Roma», cargado de años y, de lauros, emprendió el camino del destierro, que le había señalado la derrota;

y, camino de Ostia, pudo ver los fuegos del vivac, brillar á lo lejos, en el Forum; Sila, había acampado sus legiones allí, como para borrar en ellas, toda forma de respeto, que no fuera el de su nombre;

mientras Mario huía, bajo una tempestad, perseguido por la naturaleza y, por los hombres, Sila dueño de Roma, extremaba la reacción, diseñando ya el vago

perfil de la dictadura, que años después había de espantar al mundo y á la Historia;

limitado por Cina y, por Octavio, sus colegas consulares; disgustado por la derrota de Nonio, su sobrino, á quien no pudo llevar al Consulado; temeroso acaso, por el asesinato de Quinto Rufo; comprendiendo que no era aún llegado el momento de su absolutismo; que no tenía gloria, ni fuerza bastantes para imponerse á la Libertad, fué á buscarlas ambas, y, se embarcó para Grecia, con sus legiones, dando con alejarse de Roma, una prueba mayor de audacia, que la que había dado con venir sobre ella;

ya había vencido á Mario, su rival ¿qué le importaba la posesión de Roma, cuyas puertas podría abrirse siempre con el poder de sus legiones victoriosas?

y, partió, dejando á Roma, entregada á las facciones, que ocuparon al día siguiente, el lugar de las legiones ausentes; y, á la demagogia de Cinna, que había de ser tan fatal á la Libertad, como la demagogia del Senado;

las facciones, que no surgen sino allí donde no hay bastante vitalidad ó bastante virtud, para la fundación de los partidos, ó que aparecen cuando la corrupción nacional, ha hecho imposible la existencia de éstos, se encargan de calumniarlos parodiándolos, y, apoderadas del Poder, ó del tumulto, no saben sino agotarse en el fracaso, y, sancionar por su incapacidad los veredictos de la derrota;

mientras son los partidos los que agitan una democracia, en esta agitación halla su vida, pero cuando son las facciones las que se disputan la victoria, esa democracia está irremisiblemente condenada á muerte, porque las facciones no nacen sino allí donde las convicciones se han perdido, y, siendo el síntoma de muerte de las repúblicas, no saben sino enterrarse con ellas, después de haberlas consumido;

así sucedió en Roma;

las facciones volvieron á surgir, y, la lucha se perpetuó;

la facción democrática, se alzó de nuevo, diezmada, pero no escarmentada; herida, pero, no destruída;

Mario, vivía, y, con Mario, la esperanza del pueblo;

el Libertador de Italia abandonado de la fortuna y de los suyos, había confiado su suerte al mar, que se mostró más violento que los hombres;

un naufragio, lo arrojó sobre las costas de África;

ocultando su ancianidad, su derrota y su gloria, en los pantanos de Minturnes, no debió su vida sino á la generosidad de un esclavo, que designado para matarlo, se desarmó ante la gloria del vencedor de los cimbrios, y, lo dejó escapar;

perdido y sin rumbo en los arenales de la costa, Mario se detuvo cerca á las ruinas de Cartago, y, meditó sobre ellas; algunos historiadores lo hacen llorar sobre esa desolación;

no era Mario, hombre fácil á esas sentimentalida-

des, ajenas en un todo á la rudeza bárbara de su carácter, pero, acaso, su ambición fracasada, lo hizo meditar, sobre las instabilidades de la suerte, y, la miserable fragilidad de la grandeza humana;

tal vez midió su desgracia con la de aquella ciudad arrasada, cuyos acueductos rotos, murallones derruídos y meandros polvorientos, acusaban la terrible inflexibilidad de la derrota.

« y esas dos grandes ruinas, se contemplaron mutuamente. »

pero, Mario, se alzaría de su ruina: estaba aún destinado á la victoria;

Cartago no renacería jamás...

en tanto en Roma, Cina, libre ya de la presencia de Sila, había asumido la dictadura, y, hecho jefe del partido popular, estaba dispuesto á asombrar á Roma por su energía, ya que no podía deslumbrarla por su genio;

CINA, era de esos hombres, que sin grandes aptitudes son capaces de grandes acciones; en los cuales, la pasión tiene un poder tan grande, que suple con ventaja á la inteligencia; que careciendo de la fantasía, tan fatal en los consejos de la política, tienen la prudencia, tan beneficiosa en ella; que no proceden por inspiración sino por cálculo; que careciendo de grandes alas intelectuales, no se elevan á la concepción de vastos planes, pero, van, con paso seguro y firme por los senderos de la política; pesados y enormes, espe-

cie de grandes paquidermos bélicos, que como los elefantes heroicos de Pirro, sirven para imponer y desconcertar á los contrarios, diezmándolos con su mole, abriéndose paso hasta la victoria, inmunes á las flechas, que no tienen sino el poder de exasperarlos ;

sin otro prestigio que el de su ambición, con una alma inquieta y, una inteligencia siempre inferior á sus designios, hecho jefe de un partido de descontentos á los cuales la derrota exasperaba sin aleccionar, Cina, con una audacia, sólo igual á su ambición, acometió contra el Senado, que la espada de Sila, había vuelto á su omnipotencia, y, desenterrando de entre los escombros la *ley Sulpicia*, la agitó en sus manos, más que como una bandera, como una tea, que había de anunciar á las naves de Sila, apenas alejadas de Italia, que el espíritu de la democracia había nacido en Roma ;

vencido por la reacción, escapado á la espada de Octavio, comprada por el Senado para asesinarlo, desterrado por un decreto especial, fué á buscar un refugio á su dignidad consular entre los ejércitos de la Campania, y, se presentó en medio de aquel que sitiaba á Nola ;

los soldados, en su mayor parte italianos, expulsados de Roma, viejos amigos ó legionarios del gran Mario, eran demócratas, y, la vista de un Cónsul, despojado y desterrado por el Senado y, por la Aristo-

cracia, desarmó su lealtad y, se entregaron á Cina; fuerte por ese ejército, marchó contra Roma;

á las primeras noticias de la sedición de Cina y su destierro, Mario, infatigable como un joven, se había puesto en marcha; desembarcado en Telemón, reunió un numeroso ejército, y, vino á unirse á Cina;

éste, lo nombró Jefe Supremo, con poderes proconsulares; y, marcharon sobre Roma;

Roma, fué vencida;

Cina, entró á ella;

pero, el orgullo de Mario, se rebeló á entrar hasta que el decreto, que lo desterraba de Roma, no fuese anulado por otro, que le abriese las puertas de aquella, ciudad, de la cual, era considerado un fundador;

el pueblo se reunió en el Foro, y, el decreto fué dado, más que como una satisfacción al orgullo del héroe, como una llamada á su ferocidad, en la cual el pueblo tenía puesta su esperanza;

Mario entró en Roma como una espada entra en el pecho;

el Senado cayó á sus pies, atravesado el corazón;

y, la Aristocracia, expulsada de la Tiranía, no tuvo para refugiarse, sino la muerte;

se culpa á Mario de implacabilidad;

lo cierto es, que no fué piadoso, pero ¿por qué extrañar, que en las postrimerías de su vida, no hiciese gala de un sentimiento que había ignorado desde su juventud?;

las crueldades atribuídas á Mario, pasan casi silenciosas, ante el tropel de las crueldades de Sila, que iba á sucederle;

Sila, se alza en la Histora, no para eclipsar la gloria de Mario, sino su ferocidad;

no pudiendo alzarse hasta sus virtudes, le fué dada la triste gloria de eclipsarlo en sus vicios;

serle superior en el mal, fué la única superioridad, que el Destino concedió á Sila, sobre Mario; y abusó de ella;

en medio de sus triunfos, murió Mario, fatigado de vencer y de matar;

privada de su jefe, entregada á la incapacidad manifiesta de Cina, mayor aun que la incapacidad asombrosa de Mario, la democracia, sin autoridad y sin cohesión no supo ya, sino agitarse locamente en el vacío, andando como un cuerpo decapitado, que conserva el impulso de la vida, un instante después de su mutilación;

Cina, murió víctima de una revuelta.

y, Sila, que no esperaba sino la ocasión de un desastre, en las filas Democráticas, abandonó entonces el Asia y, desembarcó en Brindisí, dispuesto á caer sobre Roma, como sobre su presa codiciada: el tigre devoraría la loba;

no encontró ante él, para defender la República, sino las bandas desorganizadas de Norbanus, á las cua-

les venció en Tifata, y, el ejército de Escipión, pronto á desertar;

la deserción de ese ejército, no dejó ante Sila otro enemigo serio, que las tropas del joven Mario, hijo del gran Mario, refugiadas en Campania;

vencidas esas tropas en Preneste, después de una lucha desesperada, y, muerto en ella el joven Mario, libre de todo enemigo. Sila, fué el dueño de Roma, es decir el dueño del mundo;

y, la tierra, fué su presa; que en las garras de un felino como aquel, equivalía hacer su víctima;

Sila, no se conformó con poseer el mundo; quiso devorarlo;

su dictadura fué un festín donde no se consumieron sino víctimas humanas;

la demencia del Poder, que había de ser luego la locura de Calígula, apareció en Sila, con tales caracteres de ferocidad, que la Historia retrocede espantada, no sabiendo si referir sus hechos por castigo ó callarlos por pudor;

la ferocidad de Sila, está más allá de la naturaleza humana, ó mejor dicho, no alcanza á entrar en ella, permaneciendo en los límites obscuros de la animalidad primitiva.

el partido popular pereció bajo sus garras, sus jefes fueron asesinados con sus familias, no escapando á la destrucción ni los niños de pecho, que no podían ser culpables sino de haber nacido;

seis mil samnitas fueron asesinados dentro los muros del Coliseo: los verdugos murieron de fatiga, sobre las víctimas cuyo alarido, asordaba á Roma, aterrorizada: á Roma, cuyo corazón no se había conmovido jamás;

las famosas listas de proscripción, anunciaban todos los días á los romanos, el camino de la muerte;

— Sila, le decía un tribuno, ¿es que no dejaréis, un romano vivo, siquiera sea para obedeceros?

al fin, cansado de herir, corroído por la sífilis, ebrio y fétido, siendo implacable sin dejar de ser bufón, no cesando de reir, sino para matar, este gran carnicero, que era en el fondo, un payaso trágico, hizo su última comedia irritante: la de su abdicación; dejó á sus libertos, hechos senadores y magistrados, el cadáver de Roma, que había devorado, para que se sustentaran con sus huesos, y, entró en su casa de Cumas, como una fiera en su cubil;

esa abdicación era un reto, al cual sabía él, que el pueblo romano, vendido á los *congiarium*, y, ebrio de los vinos, con que provocaba su insolencia no respondería;

su persona era sagrada, por los diez mil cornelianos, que la escoltaban en silencio, por los cuarenta mil legionarios, prontos á defenderlo ó á vengarlo, y, más que todo, por la corrupción del pueblo, que había llegado ya á ese grado de envilecimiento, en que renun-

ciando á la venganza como un crimen, se pone á practicar la servidumbre, como una virtud;

entrando en su retiro, los gusanos devoraron, ese cuerpo que los hombres no habían querido castigar; arrojó hecha pus, la sangre del mundo con la cual se había embriagado; la lepra lo cubrió como una enorme púrpura, la única digna de su cuerpo, que ya apestaba al mundo después de haberlo pisoteado;

el pus ahogó á ese hombre, ya que la sangre no había podido ahogarlo;

y, la tierra devoró aquel que la había hecho temblar;

LA CONJURACIÓN

(CICERÓN Y CATILINA)

A la muerte de Sila, la única virtud de la tiranía, que era la energía, desapareció, y, ya no quedó sino, la violencia, y Roma, se conformó á ella, permaneciendo esclava, sin tener ya amo, fiel á esa tiranía, á la cual no faltaba ya sino la grandeza del tirano;

la sombra de Sila, quedó reinando sobre la tierra, inspirando el mismo terror que si estuviese vivo, porque su espíritu reinaba en el rigor de sus leyes, y, en el alma de la Aristocracia, restaurada por él;

Sila, gobernaba después de muerto, y, el mundo aterrorizado por su recuerdo, se acostó sobre su tumba, dispuesto á obedecerlo;

todos capitularon con esa derrota definitiva de la Libertad; todos, menos los esclavos;

en ellos, se refugió por un momento, el alma del heroísmo, que parecía proscrito de la tierra;

¿cómo pasar en silencio, por sobre esa heroica y fugitiva insurrección de los esclavos de Campania y de los gladiadores de ESPARTACO?

eso sería hacer al Olvido el cómplice de la derrota, y hacer de la Historia, el esclavo de la Injusticia, nombrado para decapitar á los vencidos;

Si el insuceso fuera bastante, á condenar al Olvido el heroísmo, la insurrección de Espartaco debía entrar en el silencio, pero, si la defensa de la libertad, aun no coronada por la victoria, tiene derecho á la admiración de los hombres, Espartaco, se impone á ella con la talla de un héroe, y, la de un mártir;

el derecho sagrado de la rebelión, que es la más alta virtud de que pueden enorgullecerse los hombres y los pueblos que lo ejercen, brilló en la espada de aquel gladiador enfurecido, con un resplandor tan vasto, que es bastante á iluminar muchos siglos de la Historia;

cuando Espartaco apareció, el ciclo de las revueltas parecía cerrado en Roma, paralizada por el terror; el escenario del heroísmo, no tenía actores; su teatro estaba desierto; sobre la sangrienta torpeza de los hombres, no reinaba sino el silencio; la sedición había abdicado en manos de la servidumbre;

Roma, estaba tranquila, y, ya se sabe que una democracia tranquila, es una democracia esclava, porque el tumulto es la vida de las repúblicas, como el oleaje es la vida del mar; ambos se corrompen en la quietud;

los jefes de las facciones, habían desaparecido, uno á uno, arrebatados por el huracán de la muerte que ellos mismos habían desencadenado; cumplían así su misión, desapareciendo en el abismo abierto por sus manos; ¿dónde mejor puede desaparecer un gran fac-

cioso, que en medio de la sedición? ¿qué otro teatro, más digno de su muerte, que aquel en que la pasión lo hace desmesurado y, el enorme vértigo de la lucha, lo posee, como una inspiración? el tumulto, es el único campo de batalla digno de un faccioso; y, los de Roma, habían muerto en él, con un noble gesto de vencidos; no teniendo ya, nada que dar á la conmoción, le habían dado su vida; como Empedocles, se habían arrojado al abismo, pidiendo al sepulcro, una quietud, que el mundo no podía ya darles, buscando y hallando en la muerte, la única calma que podía aplacar el furioso clamor de sus pasiones;

sobre ese escenario mudo, donde todo grito de revancha había expirado, avanzaron los esclavos. y, recogiendo en el Forum, el escudo, que los ciudadanos desalentados habían dejado caer, en el polvo, lo alzaron contra Roma, tendiendo hacia ella, los brazos amenazantes, con un alarido de venganza que estremecía la tierra; Espartaco á su cabeza, lo dominaba todo, con su belleza triste que la hora hacía trágica, y un raro gesto de virtud, que Graco, el mayor, debió saludar desde su tumba;

Espartaco, no era un esclavo, era un hombre esclavizado; un rehén de la victoria;

de la noble familia de los Espartiacidas, que tuvieron en Trasea honores reales, ese gladiador-príncipe, llevaba en su alma y en su sangre, fuerza bastante para hacer temblar á Roma, cual si fuese un ca-

chorro de los Bárcidas, escapado á los arenales de Cartago, y, el alma de Aníbal, vibrase en la de aquel mercenario de Pantikapeón, armado por la cólera y el Destino;

su poema de rebeldía, fué violento y corto, como una tempestad, pero bastante para ver caer ante él, vencida, la majestad de dos cónsules, y, mutilar con su hacha de liberto, las alas de las águilas romanas;

las legiones vencidas, probaron bien, que Roma decadente, no tenía ya generales, que enviar contra sus esclavos;

los tiempos de Emiliano, estaban ya lejos;

y, Roma tembló, ante el furor desencadenado, de aquellos que había hecho marchar entre cadenas;

como siempre, la discordia, en el campamento de los libres, los entregó, dando con su anarquía el triunfo á los contrarios; y la insurrección fué vencida;

los esclavos, unos por deserción, otros por rebeldía, abandonaron á Espartaco, que cayó al lado de unos pocos, vendiendo cara su vida, con una agonía de león: no escapando de la vida, sino para caer en manos del ultraje: los Romanos lo mutilaron;

la cobardía de Pompeyo, buscó en el asesinato, la gloria, que no supo hallar en el combate; y, las carnicerías de la Apulia, señalaron á la pública atención, el nombre de aquel mediocre afortunado, que incapaz de grandes acciones, sólo fué hábil en engrandecer triunfos pequeños;

en medio de estas fáciles victorias de la fuerza, y, estos repugnantes espectáculos de la bajeza, bastantes á desalentar el alma de los hombres libres, el partido de la democracia, comenzaba á renacer, y, empezaba lentamente á dar señales de vida;

sobre las ruinas de la ley Sempronia, abolida por la reacción, logró obtener, con Lépido, nuevas distribuciones de granos, pero esas concesiones á la miseria del Pueblo, no alcanzaban á resarcirlo de la pérdida de sus derechos, y, eran más bien, concesiones para desarmar su cólera, que garantías, para reconocer su Libertad;

los demagogos del Poder, hábiles siempre en escamotear al Pueblo, se encargaban de sobornarlo, rebeldes á reconocerlo, y, cada pedazo de pan que le arrojaban, era siempre á costa de un derecho que le cercenaban;

las tentativas para el restablecimiento del poder tribunicio, abatido por Sila, fracasaron con Lucio Licinius, y, el Pueblo, puesto fuera de los comicios, tuvo sólo, la tristeza, de ser simple espectador, de los excesos de un poder, que no había sido capaz de arrancar á sus contrarios, haciendo prever, que esa incapacidad para obtenerlo fuera prueba de una incapacidad real para ejercerlo;

entre esas dos fuerzas igualmente envilecidas, la una por el exceso del poder, y, la otra, por el exceso de servidumbre, no había lugar, sino para las luchas

estériles de la retórica, ó, las agitaciones de la demagogia, más estériles todavía;

jueces corrompidos y, magistrados venales, no podían dar al poder, una autoridad moral, que ellos nó tenían, pero se encargaban de ejecutar servilmente, las sentencias del Terror, que es la sola autoridad de las tiranías, y, el pueblo, los sufría, sin odiarlos, porque el odio, es una pasión viril, que no alcanzan ya á sentir, los pueblos degenerados;

retóricos de encrucijada y agitadores sin prestigio, no alcanzaban á dar vida, á una oposición, que se agotaba en el dicterio, ó se corrompía en la inercia, falta del hombre superior, que viniera á encabezarla y á salvarla, pero, ¿dónde hallar ese hombre, para salvar á un pueblo, que había abandonado á los Gracos, y, para interesarse por un mundo de esclavos, que acababa de desertar del lado de Espartaco?; era necesario un hombre, que despreciara bastante á ese pueblo para perdonarlo, ó lo amara mucho para servirlo; y, que tuviera bastante abnegación, para sacrificarse por él, aun conociéndolo, ó bastante ambición para unirse á él aun despreciándolo; ¿dónde hallar ese hombre?

la Aristocracia, tampoco tenía Jefe;

temerosa de Pompeyo, al cual, la fortuna daba apariencias de grandeza, que su mérito no alcanzaba á justificar, le había opuesto á Quintus Metelo, como un escudo; pero de esa prudente nulidad, sólo había podido hacer un pretexto, sin poder hacer un jefe; Me-

telo, tenía talla para rival de Pompeyo, pero no la tenía para sucesor de Sila; y, eso, era lo que buscaba la Aristocracia, reacia á entregar á Pompeyo la República, bajo beneficio de inventario;

el Senado y Pompeyo, eran dos debilidades, que se miraban con rencor;

el Senado, era débil por indolencia, Pompeyo, por fatuidad;

POMPEYO, era una de esas mediocridades, que todo lo deben á la fortuna y nada al mérito; uno de esos hombres cuya prosperidad es un crimen del Destino, y, cuya elevación, es un crimen de los hombres; un favorito de la suerte; uno de esos seres, que tienen necesidad de creer en Dios porque sin él, no se explicarían su exaltación; una de estas injusticias vivas, que el cielo, se encarga de cometer, y, la bajeza de los hombres, se encarga de sancionar; mediocridades pomposas y felices, hartas de los favores del acaso, y, menesterosas del aplauso de los hombres, hambrientas de adulación, porque incapaces de levantarse hasta el orgullo, que es la pasión de los grandes, se refugian en la vanidad, que es el orgullo de los pequeños; Pompeyo, afortunado en la guerra, como en todas sus aventuras, tuvo todos los triunfos de un guerrero, para lo cual le sobró fortuna, pero, no tuvo nunca la talla de un héroe, para lo cual, le faltó, el alma;

fatal, como todos los hombres mediocres, á quienes la bajeza de una época, da una talla superior á sus

aptitudes, este retoño de Sila, del cual había sido el soldado, quiso en su veleidad equívoca, acariciar la democracia, para ponerla al servicio de su ambición, única cosa que tenía superior á su incapacidad;

el ejército, que en los tiempos de Roma conquistadora, había sido su fuerza, era ahora su peligro;

desde que Sila, lo había deshonrado, poniéndolo al servicio de su crimen, y, enseñándole el camino de Roma, ya no pensaba sino en conquistarla y, en violarla;

vendido al primer amo, ya no pensó sino en buscarse otros;

los generales, que antes lo comandaban, ahora lo adulaban; ya, no vivía de sus victorias, sino de sus caprichos; y, mientras se preparaba para ser el amo, se entretenía en dar uno al mundo; Pompeyo, era su Jefe;

la Democracia, explotando hábilmente, las debilidades de este hombre, hecho todo de incertidumbres y de ambiciones, logró por un momento, reducirlo á la impotencia, después de haberlo explotado, y, tuvo un día de triunfo, sobre la ruina de ese, *rey fracasado*, que si no renunciaba al trono, ponía al menos, una tregua á su ambición, cubriendo su nulidad, con los arreos del desprendimiento;

en esa hora de tregua, el partido popular obtuvo la abrogación de la legislación de Sila, el restablecimiento del Poder tribunicio, y, el de la censura; y,

todo el sistema de Sila, que instituía la omnipotencia de la nobleza, fué arrasado;

pero, estos triunfos del partido de la Libertad, fueron efímeros;

Roma había llegado á ese grado de abyección, en que se permanece esclavo aun sin tener amo, y, se vive en la tiranía, aun sin haber tirano;

la Libertad, no podía vivir, porque Pompeyo vivía;

y, mientras en una democracia, haya una espada omnipotente, esa democracia, no vive sino de la misericordia interesada del amo enchamarrado que se la dispensa; y, vivir así, no es vivir, es agonizar en la infamia, esperando la hora, en que la espada del amo caprichosa, quiera cortarle la cabeza;

Pompeyo, tenía esa espada suspendida sobre Roma;

con ella, se abrió de nuevo, paso al poder, cosa fácil en esa democracia asustadiza y mal segura, que no tenía para defenderse, sino la ambición de demagogos en ciernes, que la cortejaban para poseerla, demagogos, como César, cuyo destino había de asombrar al mundo, pero cuya espada no serviría sino para degollar la Libertad, después de haberla engañado miserablemente, con los espejismos de un espíritu liberal, que no alcanzaba á ocultar esa ambición nefasta, hecha toda de astucias y de traiciones;

la abolición de la ley *Gabina*, apresuró el divorcio, entre Pompeyo y la democracia;

esta última, traicionada una vez más, cayó bajo la

espada afortunada de esa elegante nulidad, que de todas las dotes de un hombre de Estado, no tenía sino la astucia, y, poseyendo todos los vicios de un rey, no tenía ninguna de sus pasiones, ni siquiera la del orgullo;

durante la ausencia de Pompeyo en Oriente, si el partido de la democracia, obtuvo algunos triunfos, que podrían decirse, de vanidad partidaria, estos fueron más, contra la sombra de Sila, que contra la persona de Pompeyo;

los partidos, que han perdido el sentido profundo de la libertad, se conforman fácilmente, con esas apoteosis á los muertos, que son como una excusa á la cobardía de los vivos, y hacen hablar las tumbas, como un desquite al silencio de los hombres;

¿qué ganó la libertad de Roma, con ver un día, las imágenes venerables de Mario, llevadas en hombros por la multitud; y, alzadas otra vez en el Capitolio, las estatuas triunfales, que el vencedor de África había levantado allí, y, el ciego furor de Sila, había tumbado por el suelo?

esos triunfos pueriles, que anunciaban, cuando más, la inanidad de las reacciones, no decían nada al corazón herido de la Libertad;

las estatuas de Mario, eran exhumadas, pero, su alma, estaba muerta, bien muerta, y, apenas, un átomo de ella, iba á prender la llama de sus furores, en

el corazón heroico y, trágico de LUCIO SERGIO CATILINA;

CATILINA, era un genio, llegado tarde á los acontecimientos de su país; dos siglos antes, en los tiempos de la Gran Roma, él, habría sido el primer ciudadano de su patria; pero, venido en una época de humillación y decadencia, no le fué dado siquiera el noble placer de serle útil; nacido grande en una época pequeña, teniendo la triste ventura de ser superior á los nombres y los hechos que lo rodeaban, espantado de la pequeñez moral del pueblo, quiso levantarlo; indignado con la bajeza de los acontecimientos quiso dominarlos, y, pereció aplastado por ambos, porque ningún hombre superior, ha triunfado jamás, con pueblos viles, ni ha sabido dominar acontecimientos pequeños: la grandeza del Genio, pide cosas grandes, como él; desde que se empequeñecen sus medios, se condena su obra al fracaso; Catilina, era el último representante de una grandeza ya extinta; era el alma heroica de la antigua Roma, enamorada de la Libertad, la resurrección de los viejos heroísmos, enamorados de la muerte ¿qué podía hacer en esa Roma, que había renunciado á la grandeza y, temblaba ante la muerte?

los que han hecho de las *Catilinarias*, de Cicerón, un postulado, llaman á Catilina faccioso, y, lo llaman así, como un ultraje;

faccioso, sí que lo fué; no por el veredicto inepto

de la retórica, sino por la lógica inflexible de los acontecimientos;

en Roma, no había ya partidos, sino facciones; la lucha desenfrenada se lidiaba entre la facción del poder y la facción del pueblo; dominándolas ó sirviéndolas se estaba dentro de una facción; y, todo hombre público, se veía obligado á ser, y, era, un faccioso; entonces ¿por qué culpar á Catilina, de ser uno de ellos?

si no había en Roma, sino la demagogia arriba y la demagogia abajo; si se era demagogo, en el poder y contra él; ¿qué significa eso de llamar demagogo á Catilina como un insulto?

su época era facciosa, su época era demagógica, y, él, era un hombre de su época; faccioso, con su facción, y, demagogo con su demagogia;

¿quién no era entonces, faccioso en Roma?

faccioso era Catón, halagando la Aristocracia, imponiendo su austeridad como un dogma, no logrando dar á la facción del poder sino el prestigio de su hipocresía;

faccioso, era César, adulando la democracia, y, aspirando á corromperla, como el único medio de dominarla;

faccioso era Pompeyo, arrojando su espada en la balanza de los destinos de la República, apoyado por su facción de mercenarios;

faccioso era el Senado, empeñado en destruir á

Pompeyo con una mano, mientras con la otra estrangulaba la Democracia;

si todos eran facciosos, hasta la virtud con Catón y el genio con César, ¿por qué culpar á Catilina, que sirviera á las facciones ó quisiera servirse de ellas?

se ha gritado contra la corrupción de sus costumbres; y, su corrupción, no era sino la corrupción de su tiempo, y, sus costumbres, las costumbres de Roma;

¿quién era puro entonces?

Catón, el divino Catón, batía de vergas sus esclavos, salvando los más hermosos; tenía un harén de siervas; fatigaba la usura y entregaba su mujer á la riqueza de sus amantes; no tenía puro sino su retórica; sólo sus máximas eran insospechables;

Julio César, el Príncipe de la juventud, el hombre hecho para deslumbrar los siglos y la Historia; era, al decir de los historiadores, el marido de todas las mujeres, y, la mujer de todos los maridos;

Pompeyo, tenía la avaricia de Galba y muchos de los vicios, que habían de inmortalizar, luego, á Tiberio; los pueblos que había combatido, no le habían dado siempre la victoria, pero, sí le habían dado siempre alguna corrupción, que unida á las muchas suyas, formaban su prestigio;

el Oriente había conquistado á Roma, y, sus vicios, se habían vertido en ella, como en una cloaca máxima, donde desembocaran todos las alcantarillas del mundo;

la riqueza la había corrompido hasta la médula de

los huesos; el lujo la afeminaba, como una castración; la suburra, se extendía más allá del Forum; y, los esclavos de Libia, hacían temblar el Coliseo con sus orgías, como los de antes, lo habían hecho temblar con sus combates;

si el vicio, era, el alma de Roma, ¿por qué culpar á Catilina, que tuviera, el alma de su patria?

¿qué vicio tuvo él, que no estuviera en Pompeyo, en César, en Clodio, y, acaso hasta en Catón?

Marco Tulio Cicerón, aquel plebeyo venal, que lo acusaba, por la razón menguada de envidiarlo, y, cuyas veleidades de retórica, pasan aún por sentencias, en el pecorismo abúlico de la Historia, ¿de qué vicio careció? ¿cuál le faltaba? todos los tuvo para deshonrarlos; ¿á quién no se vendió? ¿qué causa no traicionó? ¿no era su casa el templo del incesto, al mismo tiempo que el bazar de la codicia? ¿en nombre de qué pureza, podía hablar, aquel hombre, que fué públicamente acusado, de haber mancillado en el vicio, todas las partes de su cuerpo, aun aquellas que no pueden nombrarse? *quæ honesta nominari nequeant inonestissima*; fué Salustio, quien lo dijo;

acusar á Catilina, de corrupción, equivale á acusarlo de haber sido pagano, en un tiempo en que el paganismo, era la única religión del mundo;

hoy, la ciencia histórica ha andado mucho, para ver en las « Catilinarias », algo más que un monumento del odio; y desdeñándolas, les deja la misión de co-

rromper el juicio estudiantil, en los liceos, pero, no les da la seriedad de un alegato jurídico, con valor alguno en los estrados de la posteridad;

hace mucho que la humanidad ha absuelto á Catilina, de los crímenes y, aun de los vicios que se le imputaban, porque al pedir las pruebas de ellos, no ha hallado como Fiscal sino á la Retórica, acusadora sin pruebas, temblando desarmada ante la Historia;

se ha acusado á Catilina de ambición;

si esa virtud, fuera declarada crimen, en el seno de una República enferma y despotizada, ¿en dónde hallar salud para la Democracia, fuera de la ambición de los hombres empeñados en salvarla?

¿quién no era entonces ambicioso y, de la más baja ambición, en Roma?

¿qué era en Catón la virtud, sino una máscara de su ambición?

¿qué era Pompeyo, sino un ambicioso cauto, que sabía imponer silencio á su ambición, esperando la hora de coronarla?

y, ¿cuál ambición igual á la de César?

ambición, era en Pisón, el esfuerzo del talento por salir de la indigencia; noble ambición;

y, ¿qué era la elocuencia revolucionaria de Clodio, elegante y agresiva, como un gesto de gladiador? ambición, pura ambición;

y, ¿Craso y Lépido y, Dolabella? ambiciosos, de una ambición desenfrenada, de libertad y, de gloria;

y, ¿habéis visto una ambición más enfatuada y, más fatal, que la de ese sofista versátil y venal que era Cicerón?

si la Ambición, era la única virtud de su época; ¿por qué culpar á Catilina de que la tuviera?

él, que tenía todas las cualidades de la grandeza, ¿cómo había de renunciar á aquella, que hace los hombres grandes?

la ambición, es el complemento del Genio, y, su pasión;

si Catilina tuvo todas las condiciones de un grande hombre, menos la virtud, ¿cuál de sus contemporáneos, tuvo esa virtud, que al decir de sus enemigos, faltaba á Catilina?

ninguno;

y, todos le fueron inferiores, aun en esa acefalía; á excepción de César, que le fué igual, en el genio, pero no en la intrepidez, esa noble intrepidez que hizo temblar al Senado, de Roma, ante el cual César, su cómplice, lo había de abandonar, retrocediendo ante las paradojas, del Cónsul enfurecido, hecho por la envidia, el sagitario de la diatriba;

el jefe de la Aristocracia, era Catón;

el jefe del Poder, era Pompeyo;

el jefe de la Democracia, era César;

el jefe de la Burguesía, era Cicerón;

¿en cuál de ellos, se hallaría, la honradez, el desinterés, la pureza, que se pide á Catilina?

es sobre la fé de Cicerón y de Salustio, es decir, sobre la fé de dos corrupciones, que se acusa de corrompido á Catilina;

no se le acusa por sus faltas, sino por sus designios; no se le condena por crímenes cometidos, sino por aquellos que hubiera podido cometer;

no pudiendo calumniar su victoria, se calumnian las probabilidades de ella;

se ejecuta el fantasma de su Poder, por el solo crimen de haber aspirado á él;

¿es esa la Justicia?

en ese caso, como en todos, la Historia, no castiga sino la derrota;

si César hubiese fracasado en Farsalia, no hubiese pasado ante la Historia sino por un faccioso de genio;

si Bonaparte, hubiese fracasado el diez y ocho Brumario, ¿qué habría quedado de aquel aventurero funesto, del cual todos los pretorianos de la pluma y de la espada, han hecho después su Idolo?

el fracaso, es el solo crimen de Catilina, no aquellos que le imputaban la mediocridad sonora, y, la insolente venalidad de Cicerón;

infatigable en la paz, como en la guerra; capaz de osarlo todo y de dominarlo todo; no teniendo sino su osadía, que fuese más grande que su cautela; no dejando á la fortuna sino aquello que por estar fuera de lo humano, estaba fuera de su previsión; desconcertante por su audacia, tanto como por su prudencia; llevan-

do su astucia, tan lejos como su perseverancia; sirviéndose de la probidad, de otros, cuando era inútil ó imposible fingir la suya; aliándose al vicio, no por amor, sino por desprecio de él; teniendo toda la moral de su época, que consistía en no tener ninguna; poseyendo la única virtud de Roma, que era el Olvido absoluto de la Virtud; aspirando al imperio de los acontecimientos, mientras éstos, le daban el imperio del mundo; sabiendo ser dueño de sí mismo, para poder ser el dueño de los otros; dominado por su razón, y, no por su corazón; orgulloso sin insolencia; generoso sin fatuidad; amando el dinero, como un medio y la gloria, como un fin; siendo por su lealtad el esclavo de sus amigos, y, por su generosidad, el amigo de sus esclavos; voluptuoso sin infamias; dando á sus vicios el encanto de su elegancia, y, á su elegancia el refinamiento de un vicio; amable, sin la familiaridad, que engendra el desprecio; justo sin la crueldad, que engendra el odio; elocuente, sin el énfasis, que hace degenerar la elocuencia en retórica; irónico, sin la vulgaridad, que es el escollo de la ironía; llevando en todo, el sello de esa grandeza personal, que no sabe empequeñecerse ni aun en el contacto con la bajeza, que es bastante legítima para sobrevivir á la desgracia, y, bastante noble para ocultarse, cuando es preciso hacer lugar á la inferioridad de los otros, sin humillarla; fuerte y dúctil, como la hoja de una espada; hecho, no para la decoración, sino para la grandeza de

una causa; hombre en todos sentidos superior, hecho para remover el mundo y ser la fuerza de él; tipo perfecto del conductor de hombres, tuvo todas las condiciones de la gloria, menos el éxito, y, todas las cualidades del Genio, menos la virtud, que no se preocupó de poseer ni tuvo el poder de resucitar;

en la lucha encarnizada de las facciones, bajo el despotismo de todas las demagogias, Catilina, osó alzar su ambición, como una antorcha para iluminar el camino del pueblo;

la demagogia conservadora, lo acusó, de querer con esa antorcha, incendiar á Roma;

siempre ha sido á la vileza, tarea más fácil, calumniar á un grande hombre, que comprenderlo;

si Catilina aspiraba al Poder, ¿por qué hacer de ello un crimen ante la Historia?

¿quién no aspiraba entonces al Poder, en Roma?

Catón, lo ambicionaba por avaricia; César, por orgullo; Clodio, por petulancia; Pisón, por necesidad; Pompeyo, se solazaba en él, por fatuidad;

Catilina, lo codiciaba, por el derecho del Genio;

tenía la legitimidad de todas las ambiciones; se sentía hecho para el mando, como otros son hechos para el ocio; la inutilidad de su grandeza, le pesaba, y, la bajeza de su época, no alcanzando á entristecer su ánimo, exasperaba su corazón.

la última tristeza de un grande hombre, es, ver el triunfo fácil de los mediocres; y, el espectáculo que

Roma ofrecía á Catilina, no era de aquellos que si no llegan, por la ausencia de la Justicia á satisfacer el patriotismo, sí alcanzan por el aflujo de la gloria, á consolar su orgullo;

en el desesperante paralelismo de esas dos demagogias, que marchaban, más agresivas que nunca, sin encontrarse jamás; en la ruina moral é intelectual de esa Roma, que huérfana de las virtudes de la antigüedad, no había encontrado para suplirlas, sino los vicios más bajos, traidos por sus conquistas; en el afeminamiento y la superficialidad crecientes, de esa juventud, ocupada de los perfumes y de las sedas, con la misma seria tenacidad, con que sus antecesores, se ocupaban de combates y de conquistas; en medio de ese mundo, que la tiranía de los ricos había bastardeado hasta el oprobio, y, la cobardía del pueblo, había envilecido hasta la afrenta; se alzaba Catilina, como un enigma, desconcertando por su silencio, tanto como por sus tumultos; imponiéndose por su talento, tanto como por su valor; sin temor á nadie, ni á nada; con esa ausencia total del miedo, que era la esencia de su carácter, y, que en él, corría pareja, con la ausencia del escrúpulo; tan libre de vacilaciones como de bajezas; consciente de su superioridad, ejerciendo la dictadura de ella, haciendo el gesto de abdicarla; más capaz del heroísmo que del crimen, pero, no descuidando este, si había de servir á su fortuna; haciendo de su ambición una tribuna, desde la cual ejercía, so-

bre un pueblo sin valor, la violenta pedagogía de la audacia;

noble, de la más alta nobleza, pues su linaje ascendía hasta los compañeros de Eneas; este hombre superior que tenía el privilegio de todas las estirpes, se había adherido á la causa del pueblo, con un calor que no alcanzaba á ocultar la verdadera ambición, que dominaba la tenebrosa inquietud de su espíritu;

la aristocracia romana se creía degradada, por la audacia de este nuevo Graco, que ponía su nobleza, al servicio del pueblo, y, temblaba ante este rey del motín, que llevaba la multitud por escolta, y, dominaba todas las demagogias con la demagogia de su genio; y se preparó á anonadarlo;

el pueblo, rodeó á Catilina, y, en las elecciones consulares, lo hizo candidato suyo;

la Aristocracia, no tenía quién oponer al gran demagogo, hecho temible por el favor del Pueblo;

la candidatura era un peligro, y, había ya pasado la época, en que los nobles solían cortejar el peligro, como un amor;

entonces, fiel á su vieja táctica de soborno y de halago, para lanzar al pueblo contra el pueblo, la Aristocracia, apeló á un plebeyo ensimismado, para darle la repugnante misión de insultar y de vencer la democracia, y eligió para ello, Cónsul, á Marco Tulio Cicerón;

Cicerón, era el producto más completo de la de-

cadencia de un pueblo y de una raza, aquel, en el cual pierden ya todos los caracteres de su fisonomía y se hacen amorfos; era la más triste flor de degeneración que la putrefacción de una época, pudieran hacer nacer sobre las ruinas del Arte y de la gloria antiguos;

representaba la más triste de las corrupciones: la corrupción del pueblo; tenía todos los vicios de la democracia, sin tener una sola de sus pasiones; hecho el lacayo de la Aristocracia, tenía todos los defectos de sus amos, sin tener una sola de sus virtudes; tenía el alma de un esclavo, con las pretensiones de un César, y, las veleidades de una mujer, unidas á la insolencia de un tirano;

la Historia, no ha visto nada más débil, nada más voluble, nada más fatal, que ese plebeyo advenedizo, alquilado por la Aristocracia para asesinar la Libertad;

es un fenómeno que por su frecuencia indigna y desalienta, ver á través de las páginas de la Historia, que el pueblo, no ha encontrado nunca, enemigos más implacables, ni amos más crueles, que aquellos que han nacido de su seno;

llegado á la celebridad por el camino de la bajeza; enriquecido por el soborno y la venalidad; enemigo de los hombres fuertes, porque él era el más débil de los hombres; odiando en los otros, la virtud del valor, de la cual la naturaleza, lo había privado por completo; haciendo de la envidia, una profesión, y de la delación, un arte; lleno de un horror innato á la

lealtad, y, no habiendo comprendido nunca, lo que es la fidelidad; no teniendo de la verdad, otro cuidado que el de violarla, ni de la palabra otra idea que la de prostituirla; habiéndose hecho de la traición un culto y de la deserción una bandera; traidor por voluptuosidad y por temperamento; tirano por vanidad y por codicia; amando la popularidad, con el amor apasionado de un mediocre, y, el oro, con la pasión desatentada de un avaro; vendiéndose al aplauso y, al dinero como si fuesen una misma moneda; poniendo sobre el mercado con igual impudor, sus arengas de la tribuna y sus higos de Tusculum; ignorando la dignidad, como si fuese un vocablo bárbaro, y, olvidando la firmeza como si fuese un beneficio; no sirviendo á una causa, sino para tener el placer de traicionarla, y, no acordándose de la Libertad sino para tener el orgullo de insultarla; no siendo capaz de otro culto que el de su vanidad, ni teniendo otro dios que su ambición; no buscando amigos sino cortesanos; no teniendo ideas, sino intereses; no cultivando otra fidelidad que no fuera la de su egoísmo, ni otro dogma que no fuera el de su exaltación; no habiendo partido al cual no se vendiera y causa á la cual no traicionara; gloria contra la cual no se volviera; triunfo que no le inquietara; grandeza que no le indignara; habiendo hecho de la elocuencia el más vil de los negocios y de la palabra, el más infame de los vicios, este plebeyo asesino y fatal pasa así por la Historia, con las manos llenas

de sangre y la boca llena de mentiras, sin que nunca conciencia alguna haya caido más bajo que la suya, ni la inconstancia humana haya presentado otro ejemplo mayor de lo que pueden la vanidad y el miedo en el corazón de un hombre, cuando ese hombre es como este, un ser de pasión y no de fuerza, de arrebato y no de carácter, osado y no valeroso, no teniendo sino su crueldad, con que ocultar su cobardía, y, que sólo sirvió para comprometer conflictos que no supo dominar, despertar odios que no supo encadenar, deshonrar su talento por la falta de su carácter, porque no habiendo tras de ese orador, un hombre, sólo fué una bandera sin asta, destinada á ser pisoteada en la derrota, sin ondear jamás en horas de victoria, á no ser las del tumulto y del asesinato;

la retórica putrefacta de los sofistas, retórica alejandrina, fué la que floreció en los labios de Cicerón, y, no la elocuencia antigua, la de los grandes siglos de la Grecia, esa maravilla del verbo, que no ha tenido eclipse, en los fastos sonoros de la palabra humana;

los cronistas conservadores, enamorados de la mediocridad cruel de Cicerón, lo han comparado á Demóstenes, cuando no se asemeja ni á Esquino, del cual sólo tuvo la venalidad desenfadada;

Demóstenes, era el orador; Cicerón, era el abogado; el uno fué lo sublime, el otro, lo fofo; el uno la inspiración, el otro la declamación; el uno el artista, el otro el sofista; el uno es la gloria de la palabra,

el otro su castigo; Demóstenes fué la Elocuencia, Cicerón la Retórica; Demóstenes, fué el Genio; Cicerón, fué su parodia;

con este retórico vil, llegó al más alto grado de esplendor, la declamación vacua y ornamental, que es la sola elocuencia de las decadencias, hecha toda de espejismos y de reflejos, de teatralidades y de vaciedades, ostentosa y pueril, abundosa y fácil, rica en matices y en sonoridades, falta de pensamientos y de energía, sin nervio y sin virilidad, floripondio de mixtificaciones y, de mentiras, que vemos florecer siempre en los labios de los hombres débiles, en las épocas de corrupción y de ruina, en que las democracias agonizan, víctimas de todas las prostituciones, de las cuales, la última prostitución es la del gusto;

eso fué Cicerón: la prostitución de la elocuencia, en una sociedad, en que todo se había prostituido ya;

este pedagogo de la venalidad, sorprendido por el favor de la nobleza, se puso a amarla con amor de advenedizo, y, halagado por ella en su vanidad—que era toda su alma—se hizo el Ministro de sus venganzas, y, con la docilidad abyecta de un esclavo, tuvo en manos de la aristocracia, la fuerza ciega de un puñal; Catilina, fué su víctima;

Cicerón, no le perdonaba su grandeza, y, lo persiguió con un odio de mujer;

halagando al Senado, que se había hecho una banda de vociferadores contra Catilina; sin otra elocuen-

cia que la del miedo; Cicerón se puso á acusarlo de conjuración, y, en el paroxismo del odio, lo declaró enemigo de la República, porque era el enemigo del Poder que la mataba;

César, Pisón, Craso, fueron acusados, con él;

se libraron de la responsabilidad por la deserción cobarde;

Catilina solo, con su genio, afrontó el tumulto del patriciado, y, lo venció;

su audacia, fué aun superior a su renombre, y se presentó erguido, insolente, casi triunfal, ante el Senado, donde no tenía sino enemigos, y, supo desconcertarlo, tanto por el vigor de su elocuencia, como por la insultante acritud de su impertinencia; su discurso, se lo disputaron por igual, las galas de la dicción y el lujo del desprecio; su virulencia fría, se complació en humillar á su enemigo, empleando para ello un arte que no quiso emplear en defenderse; las burlas y los sarcasmos cayeron sobre Cicerón, como una turba de abejas enloquecidas y, las metáforas acres y desdeñosas llovían sobre el Cónsul plebeyo, á veces finas y, otras brutales, como si las manos del patricio, le cruzaran el rostro á bofetadas;

el Senado, no tuvo el valor de condenar á aquel faccioso sin facción, á aquel revolucionario sin revolución, del cual no se acusaban sino las intenciones que se le atribuían, y cuyo crimen, no tenía otra prue-

ba que las hipótesis de su contrario, y, rogó á Catilina, que se alejara de Roma;

Catilina, obedeció;

no por eso se desarmó la feroz vanidad de Cicerón; todos los días inventaba una nueva conspiración, para darse aires de vencedor, y, todos los días, denunciaba ante el Senado á Catilina ausente, y, las fingidas conjuraciones de los liberales de Roma, descubiertas por él, y, se daba así aires de previsor;

la ligereza irritante de ese censor ambiguo, empeñado en pasar por fuerte, no se fatigaba, repitiendo ante el Senado, su *quosque tandem*, con la misma tenacidad y, el mismo énfasis, que si fuese, el, *delenda est Carthago*, de los tiempos escipionescos; y, hacía para su uso personal, y, el consumo del Senado, un *Catilinas ad portas*, que no lograba sino deshonrar la antigüedad histórica queriendo reproducir su gravedad;

empleaba tal aparato de teatralidad, y tal suma de seriedad en denunciar las imaginarias conspiraciones, que esa actitud habría sido cómica, si este ser débil y miedoso, en el cual, existía como en todos los hombres cobardes, un hombre cruel, no se hubiese de súbito hecho feroz, para mostrar, que era capaz de ser todo por vanidad; todo; hasta asesino;

detenidos una noche, los supuestos conspiradores, que huían de Roma, para escapar á las injustas persecuciones del Cónsul, hecho energúmeno á fuerza de

pavor, fueron detenidos á las puertas de la Ciudad, por el Cónsul mismo, seguido de sus sicarios;

el pueblo, los acompañó lleno de incertidumbre, y, se disputaban los ánimos, en unos el horror que la calumnia oficial, tan fácil de esparcir, extendía sobre los conjurados, en otros la piedad, y, el temor que la suerte de esos hombres, amigos del Pueblo y de la Libertad, les inspiraba;

pero, todos esperaban que el Senado decidiría sobre su suerte;

no fué así; Cicerón, afrontando él, solo, la responsabilidad, y, violando las leyes de la República, los llevó á la prisión y, allí los hizo estrangular uno á uno, á la luz de las antorchas, por verdugos llevados al efecto; así asesinó á Léntulo, Cetigo, Gabinus, Estatilio y Cepirio, sin haber aducido una sola prueba de su crimen;

y, el retórico asesino, en cuya alma de esclavo, la ferocidad, había dominado al miedo, asomado á las puertas de la prisión, gritó al pueblo, con su voz de los grandes días: HAN VIVIDO! que era como los romanos, miedosos de nombrar la muerte, anunciaban la de alguno;

el pueblo se alejó consternado, sin el valor de protestar, como un rebaño asustado por el rayo;

el populacho aplaudió... el populacho de esclavos, enviados por sus amos para aplaudir!

¿no estaban muertas, y, bien muertas, la virtud y,

la libertad, en una República, en que el primer Magistrado, violando todas las leyes de los dioses y de los hombres, se erigía en juez y en verdugo de los ciudadanos, y, los asesinaba miserablemente, amparado en las sombras de la prisión y de la noche, y, en vez de un pueblo libre que le pidiera cuenta, no hallaba sino un populacho de esclavos ebrios, mandados por sus amos, para aplaudir ese asesinato, cometido por el más débil y, el más cobarde de los hombres?

la oligarquía conservadora del Senado, aplaudió, á aquel *Rómulo de Arpino*, como lo llamó el sarcasmo de Salustio, y, fué declarado: PADRE DE LA PATRIA;

años después, condenado por el Senado por ese mismo hecho, había de pedir de rodillas, abrazado á las piernas de Tiberio, perdón del crimen que le atrajera tan pomposo título;

en tanto, Catilina, perseguido por el Senado, rodeado de amigos, que no fueron nunca un ejército, cercado por las fuerzas de Metelo y, de Petreyo, no quedándole otro camino que el de la Muerte, ni otra decisión que la de elegir la forma de ella, dió libertad á su caballo, como Espartaco, renunciando así á toda veleidad de huida y, poniéndose al frente de los suyos, comprometió una batalla, que no era otra cosa, que el heroismo de la desesperación;

la acción, fué encarnizada: todos murieron;

y, Catilina, fué encontrado el primero, diez me-

tros adelante de todos, expirante, con tal expresión de coraje, que hizo retroceder á los contrarios;

se le cortó la cabeza, y, se la envió á Roma;

Cicerón la recibió con júbilo, sin prever, en su sangrienta insubstancialidad, la espada del liberto de Antonio, que había de cortar la suya;

así murió Sergio Tulio Catilina, probando con la grandeza de su muerte, que había nacido para los grandes hechos, y, que el Imperio del mundo que el destino le arrebataba, perdía en él, al hombre más digno de dirigirlo, con su esfuerzo, y, al Jefe más capaz de honrarlo con su genio.

LOS GRANDES PRETORIANOS

(POMPEYO Y CESAR)

Los pueblos que han renunciado al respeto de sí mismos, escapando de la Libertad, como si fuera un yugo, no se alzan del abismo de su abyección, sino para caer más profundamente en él;

el Destino, se complace en revolcarlos sobre su propia bajeza, como en un lecho de inmundicias; son como leprosos incurables, que morirán sin redención, sobre el estercolero de Idumea;

las desgracias de los pueblos, que han traicionado la Libertad, no logran conmover el corazón de los hombres; y, no es la muerte, lo que sorprende en esas sociedades decrépitas, sino su tardanza en morir;

así sucedía, con la República Romana, de la cual, no sorprendían sus crímenes, sino su enorme vitalidad para resistirlos sin desaparecer;

las instituciones antiguas, no eran ya sino fórmulas; la República era un simulacro; de todas las leyes, no sobrevivía sino el despotismo; era lo único que los soldados habían salvado de la ruina;

muerto Catilina, sobre el escudo de Mario, las facciones encadenadas volvieron al silencio, no amedrentadas por la pirotécnica asustadiza de Cicerón, sino

abandonadas por aquellos que las habían conducido al tumulto y, á la guerra;

César, Craso, Clodio, Cetegus, Curión, Lépido, habían desertado de sus filas; esos jóvenes patricios, que tenían la rebelión por *sport*, se habían hecho serios á la muerte de Catilina y, habían renunciado al juego de las revoluciones, abandonando la Democracia, sin renunciar por eso á explotarla;

el partido del Pueblo, no tenía pues Jefe, aunque Julio César, lo cortejaba desde lejos, esperando degollarlo;

la oligarquía, restaurada por Sila, no sabía sino obedecer; no tenía hombres capaces de mandar; Catón era un fastasma, inútil como su virtud; sus máximas, no servían sino para divertir, un pueblo que no quería ser salvado;

el Senado, se conformaba con hacer concesiones al miedo, sin hacer una sola á la Libertad; era una momia vertebrada, que no sabía sino inclinar la cabeza, ante la omnipotencia de los cónsules, y, se ocupaba en fabricar tiranos, por miedo á la tiranía;

los radicales escapados al puñal consular, se empeñaban en correr tras de las grandes palabras, no teniendo ya, grandes hombres, que seguir;

el proletariado, los libertos y, los proscritos, estos últimos refugiados, en las riberas de la Mauritania, ó en los ejércitos de Asia, eran falanges decapitadas, á las cuales se unían los fracasados de todos los partidos,

los ambiciosos de todos matices, unos célebres por la sonoridad de sus nombres, otros por el escándalo de sus vicios; todos ellos, tratando de hallar en la guerra, un remedio á su indigencia, y buscando en la libertad la manera de crear un despotismo;

en medio de esta desorientación absoluta de los partidos y de los hombres, sólo se alzaba y reinaba, un hombre: Pompeyo;

CNEIUS POMPEYO, no era el hombre grande, pero había sido el hombre hábil, para recoger la herencia de Sila, fingiendo dar razón á la sombra de Mario;

las tiranías, como las revoluciones, hechas por los grandes hombres, no vienen á servir sino á los hombres pequeños;

y, Pompeyo, era mediano en todo, desde su origen, hasta su ambición;

no tuvo grande sino su fortuna, que fué su amante; y, vivió del capricho de ella;

la adulación, le dió el título de grande, que la posteridad no ha confirmado, oponiendo un veto definitivo, á aquel veredicto del soborno;

soldado de Sila y Ministro de sus asesinatos, él, había sabido guardar en la cueldad cierta dulzura, que lo hacía pasar por inocente, cuando no era sino la forma refinada de la hipocresía, que es la fuerza de aquellos que no tienen el valor de su delito;

viniendo directamente de los campamentos de Sila,

nadie más apto que él, para recoger la herencia ensangrentada del vencedor de Orcomena;

la Fortuna, que es la nodriza cariñosa de los mediocres, lo trajo en sus brazos, á la hora precisa en que las últimas convulsiones de las guerras civiles, se retiraban del suelo de la República, y, el cadáver de Sila, volvía la quietud al mundo, ya que no podía volverle la libertad;

él, recogió de esa tumba rodeada de legionarios, el escudo que había sufrido sin mellarse, el asalto de Cheronea, y, los dardos atenienses, y, que sólo la muerte pudo abatir contra la tierra, y, con ese escudo asaltó el Capitolio y, dominó á Roma;

Roma, estaba ya madura para ese despotismo de la mediocridad;

habiendo empezado á degenerar con la libertad, había llegado á ese triste grado de abajamiento, en que lo último que se corrompe es la admiración; y, Roma admiró á Pompeyo;

fatigadas de oprimir la tierra, sus manos se encargaron de hacerse un opresor;

no sabiendo qué hacer de las cadenas de Masinina, resolvio colgarlas á su propio cuello, y, se encadenó con ellas;

Pompeyo, era, por su mediocridad, el hombre apto para el dominio de una democracia expirante, que había llegado á sentir el horror de la grandeza;

humilde de nacimiento, y, soberbio de carácter;

grande de ambición y, pequeño de alma; haciendo pasar su pereza por cordura y, su indolencia por habilidad; llamando prudencia su debilidad, y magnanimidad su cobardía; incapaz de resolver los conflictos, pero, hábil en aplazarlos; bastante nulo, para ser popular, y, bastante popular para ser fuerte; amando la pompa de las cosas, más que el mérito de ellas; siendo un retórico de la espada, enamorado del ruido y celoso del aplauso; hábil en disimular, y, en engañar; sin más designios que los de su ambición, y, sin más ambición que la del Poder; general afortunado, más que guerrero hábil; rico de victorias fáciles, é incapaz de cosas difíciles; no teniendo otros amigos, que aquellos que le atrajo su fortuna, ni otros enemigos que aquellos que le atrajeron sus crueldades; vivió demasiado, para sostener el prestigio de esa grandeza, y, el día, en que empujado por los acontecimientos rodó en el suelo, no desapareció con él, sino una sombra de grandeza, tan mísera, como la sombra de República que se ocultaba en el Capitolio;

en tanto, continuaba en reinar, más nulo que nunca, y, menos afortunado que antes; la vida, exasperando su fatuidad, no había enseñado nada, á su experiencia, y, permanecía inferior á su destino, dominando sin embargo, los destinos del mundo;

Roma, más que la presa de Pompeyo, era su cómplice;

los romanos habían llegado á ese grado de rela-

jamiento y, de bajeza, en que olvidados de la Libertad, los publos no sólo soportan un amo, sino que lo piden, dejando a la audacia, al derecho de imponerlo, y, encargando al éxito el cuidado de justificarlo;

era, la hora del Hombre Necesario, la hora, que ha marcado en la Historia, la declinación de los grandes pueblos, y, la infame agonía de los pequeños;

desde el momento en que un Hombre, es necesario á un país, la Libertad no le es necesaria ya;

en una democracia sana, hay siempre hombres útiles, no hay nunca hombres necesarios;

el Hombre Necesario, el Hombre Providencial, es la negación, completa de la Libertad, y, la ruina de ella;

allí, donde la Democracia no puede salvarse, sino por el poder de un hombre, ¡que perezca la democracia y, que perezca, el hombre!... ninguno de los dos son dignos de vivir;

nunca se ha visto el ejemplo, de que una democracia degradada hasta aceptar la teoría del Hombre Necesario, salga de la servidumbre por otra puerta que no sea la de su desaparición;

en una democracia, el Hombre Providencial, no es sino el zapador del Imperio; si no lo ejerce por su audacia, como Bonaparte, lo prepara con su despotismo, como Pompeyo;

nunca una democracia ha salido de la emboscada del providencialismo, es decir, del personalismo, sino

entrando francamente en la Monarquía, ó pereciendo inexorablemente en la conquista ;

cuando el Hombre Providencial, se alza en medio de una República, nada puede salvarla, ni el brazo providencial de Bruto, porque del corazón abierto de César, saltan los doce tigres de Suetonio ;

la República romana, no sucumbió á la espada de César, sucumbió al personalismo, encarnado en Pompeyo ;

el día, en que Pompeyo, lo fué todo en Roma, la República no fué ya nada ;

había dejado de ser ;

Roma, había podido sobrevivir al cáncer inoculado por sus conquistas ; á la corrupción de sus costumbres ; al olvido de sus derechos ; al desprecio de su libertad ; al furor de sus esclavos ; á la lepra de sus riquezas ; al desenfreno de sus vicios ;

había salido ilesa de la espada de Aníbal ; y del hacha de los Galos ; del rencor de Coriolano, y, de la furia de Espartaco ;

había salido fuerte de las manos de Sila y de las de Mario ; de la omnipotencia del Senado y de la ambición de Catilina ;

á todos los peligros había escapado, y, no debía morir, sino por la infame teoría del *providencialismo*, la teoría del Hombre Necesario, esa teoría de las horas de decadencia, en que los pueblos, vencidos por su bajeza, terminan por coronarla ; incapaces de salvarse,

delegan en un hombre la misión de oprimirlos, en pago de la torpeza de adorarlo; esa hora aciaga, en que los pueblos, coronando la cabeza que debieran cortar, renuncian al derecho de vivir;

el personalismo, había matado la República, en Roma, antes de que el cesarismo, llegara;

cuando éste llegó, no encontró para detenerlo, sino la soberbia decrépita de Roma, dominada por la vanidad decrépita de Pompeyo; y, se dignó degollarlos;

y, borró de sobre la faz de la tierra, la sombra de esas dos mentiras: la mentira de la República en Roma, y, la mentira de la grandeza en Pompeyo;

Pompeyo, era todo; en Roma todo vivía en Pompeyo, y, para Pompeyo;

en él, se había cristalizado toda la corrupción y toda la decadencia romanas; y, ejercía el imperio de la tierra, después de haberla vencido;

él, había obtenido tres veces los honores del triunfo; y, tres veces había entrado vencedor en Roma;

había dominado el Asia; vencido los Armenios y los Scytas; sometido la Colchida y, perdonado la Iberia; humillado la Albania y dominado la Siria; vencido los Parthos, y, destruido los piratas; pacificado las tierras y, los mares; y, el mundo se había dormido á la sombra de su espada;

y, en medio de esa paz, envejecía y reinaba, habiendo llegado á ese grado de la grandeza, en que dis-

cutirla es una blasfemia, y, á ese grado de Poder en que no se tolera la disputa ni la partición de él;

en esa vejez, tan culpable, como feliz, Pompeyo, no tenía sino una obsesión; Julio César;

César, era su inquietud y su temor: sus victorias, lo exasperaban y, su grandeza lo entristecía;

estos dos hombres no sólo eran rivales, eran antípodas;

César, era el Genio, Pompeyo, la Fortuna; César, tenía todas las formas de la grandeza, Pompeyo no tenía sino la del éxito; César, era noble, Pompeyo, ennoblecido; Pompeyo, había surgido del pueblo, César hacía remontar su origen á una estirpe de dioses; Pompeyo, siendo un plebeyo, se había puesto al servicio de la aristocracia, y, llegó á representarla; César, noble, se puso al servicio de la democracia y llegó á ser el alma de ella; Pompeyo, fué el amigo de Sila, y, lo sirvió, en su tiranía; César, niño, fué el enemigo del viejo déspota y se hizo desterrar por él; Pompeyo, recogió el escudo de Sila, César el de Mario; en Pompeyo, vivía la vieja alma del Senado, en César un átomo de la de los Gracos; Pompeyo, era el corazón de Roma, César el corazón de la Humanidad; Pompeyo, lo debía todo á la fortuna, César á su genio; allí donde Pompeyo, había triunfado por el éxito, César triunfaba por el esfuerzo; en Asia, que fué para Pompeyo un paseo, fué para César, una campaña; allí donde Pompeyo, no tuvo sino escaramuzas felices, César lidió

grandes batallas; donde la traición hizo victorioso á Pompeyo, la ciencia militar hizo victorioso á César; allí donde Pompeyo pactó, César combatió; él crucificó los piratas antes que Pompeyo los diezmara; él venció á los Celtíberos, y, á los Brítanos, á los Germanos y á los Galos, y, dominó los Iberos, y, dondequiera que puso el pie pudo decir el *veni vidi vici*, que en las soledades del Asia conquistada por él, hizo llorar de envidia al fantasma de Alejandro;

César, siendo el primer patricio de Roma, se hace voluntariamente el primer ciudadano de ella;

noble, rechaza el contubernio con la nobleza, y, abraza la causa del pueblo; Cónsul, resucita las leyes de los Gracos, y, reparte al pueblo las tierras de Campania; humilla por igual á los caballeros y al Senado; orador, el primer orador de Roma, anonada á Dolabella, con el peso de sus arengas, y, eclipsa á Cicerón, humillándolo con el esplendor de su palabra; revolucionario, es, el amigo de Catilina y el defensor de Clodio; hombre de humanidad y de generosidad, alza de su ruina á Cartago, y, hace surgir á Corinto, como una resurrección del alma griega, que era el alma gemela de la suya; quiso hacer de Roma el hogar del mundo, y, no se detuvo, sino cuando después de faltarle tierra para sus conquistas, le faltó la vida, para sus designios;

¿qué faltó á César? la Virtud;

nacido en un tiempo en que la Virtud, había ya muerto, ¿ fué culpable de no encontrarla sobre la tierra?

César, como Catilina, no son culpables de haber carecido de virtud, sino de haber nacido en una época que carecía por completo de ella;

la moralidad de Catón no era sino la tristeza de una alma, que no hallando ya la virtud, para rendirle culto, se dedica á llevar el duelo de ella;

Catón, no fué el representante de la Virtud, en Roma, fué su panegirista; no habiendo podido tener el privilegio de ella, tuvo el culto;

fué el sepulturero de la virtud, que no habiéndola conocido, se dedicó á guardar su sepulcro, con una piedad, que era un orgullo;

cuando César apareció, ya no había virtud en Roma, y, sólo el vicio conservaba todas sus energías; César las tomó para sí, y, en él, esos vicios, tuvieron toda la energía de las virtudes antiguas;

en la Roma corrompida y decadente, el vicio, no podía, sino dar á César, un nuevo encanto, y, añadir una nueva seducción á su prestigio; porque César, fué un hombre hecho todo de seducciones; por eso las sufrió y las impuso á su turno todas, desde aquellas infames, que deshonran á los hombres, hasta aquellas brillantes que deslumbran á los pueblos;

después de seducirlo todo, su memoria, ha acabado por seducir la Historia;

lo último que su gloria ha corrompido, es, la piedad;

su última conquista ha sido la de la posteridad, que fascinada por su genio, ha acabado por absolver su crimen;

¿cómo un hombre así, no había de despertar los celos y la envidia de Pompeyo?

al principio habían sido amigos, por necesidad, no por lealtad, y, esa amistad, había sido más fatal á Roma, que sus odios;

cuando ejercieron el poder juntos ó en unión de Craso, su gobierno no fué sino un pugilato de popularidad, una carrera desenfrenada para obtener el aplauso del pueblo, y, una lucha por conquistarlo;

en esa lucha, ambos habían corrompido el pueblo con las dos formas más bajas de la corrupción: la adulación y el soborno

ellos, habían adulado al pueblo, que es la manera más vil de corromperlo; y, ambos lo habían sobornado por el oro, que es la manera más infame de encadenarlo;

ambos habían eliminado de las costumbres todo lo que pudiera ser un ejemplo saludable, no sólo para la libertad, sino para la dignidad de los hombres;

todo fué puesto á precio, bajo el Consulado alternativo ó conjunto de estos dos ambiciosos;

las magistraturas fueron vendidas, los comicios fueron sobornados; los más altos cargos del Estado, estuvieron á merced del mejor postor; todo fué objeto de comercio y de lucro; y, el alma codiciosa de Carta-

go, conquistó á Roma, después de haber sido conquistada por ella;

al amor de la gloria, que era la esencia del alma romana, sucedió el amor del lucro; ya no se pensaba en combatir, sino en vivir; la sed de vencer se había extinguido en los labios de Roma, y, ya no le quedaba sino el gesto de ofrecerlos en un histerismo desesperado, á la ambición del primer centurión, que quisiera ultrajarla con su abrazo;

descartado Craso, de la política, ya no quedaban sino César y Pompeyo, disputándose el Poder;

César, partió para las Galias, buscando nuevas victorias, que añadir á su prestigio;

Pompeyo, quedó en Roma, forjando nuevas intrigas, que añadir á su poder;

y, así se preparaban los dos grandes pretorianos, el uno por la gloria, el otro por la intriga, á dominar el mundo;

¿de quién sería la tierra, que se dormía tranquila á la sombra de esas dos espadas, que cruzadas sobre ella, se disputaban su dominio?

en este duelo de pretorianos, el veredicto de la espada, sería la única sanción de la victoria;

¿á quién tocaría el cuerpo de esa república moribunda ya apuñaleada por Pompeyo?

¿cuál de los dos pretorianos enfurecidos, le cortaría primero la cabeza?

Pompeyo, defendía su presa, como un viejo tigre, sentado sobre ella;

César, voloteaba sobre ambos, como una águila hambrienta, pronta á dar cuenta del tigre y, de la presa...

y, Roma, esclava, corrompida y, fatalista, esperaba indiferente á aquel que viniera á poseerla;

¿qué le importaba el nombre del Amo?

sin embargo, hay lugar á creer, que el nombre de César, le hacía latir en secreto el corazón;

todo, hasta la corrupción, es sensible al prestigio de la gloria;

FINIS REPUBLICAM

(CATÓN Y BRUTO)

Los días tristes llegaban en que la República heredera de tantas virtudes, y, culpable de tantos crímenes iba á desaparecer;

en el silencio, precursor de la catástrofe, el odio de los grandes pretorianos engrandecía, como una tempestad; el vértigo se apoderaba de sus almas; se diría que iban á aniquilar la tierra, en vez de disputársela;

en Pompeyo, la ambición, continuaba en ser contenida, y, quedaba, como siempre, calmado aun en la hora de matar;

en César, la ambición era ardiente, pero sabía calmarla, ora con el uso de la elocuencia que fanatizaba sus legiones y subyugaba los bárbaros, ora con las batallas en que los vencía, y, eran el juego más noble de su espíritu, ora, con el estudio, que era la pasión favorita de su grande alma, ora con el escribir de sus memorias en las cuales, si el interés enmascaraba la Verdad, siempre era el Genio, quien hacía confidencias á la gloria;

mientras Pompeyo, pensaba en eliminarlo, él, gobernaba las Galias, y, escribía sus «Comentarios», encargando á su pluma de contar á la posteridad los triunfos de su espada;

en tanto, lamentando su ausencia, Roma se desangraba bajo el puñal de las facciones, que alentadas por la impunidad, habían llegado al paroxismo; la violencia reinaba por todas partes y la Libertad, no aparecía por ninguna; todos querían apoderarse de la ley, nadie quería sufrirla;

las turbas de Clodio, era todo lo que quedaba del radicalismo, vencido con Catilina;

y, el puñal de los gladiadores de Milón, era todo lo que quedaba de los conservadores vencidos con Cicerón; y, esas facciones, hacían rojo el Tíber, con la sangre de sus asesinatos;

Clodio, era un Catilina sin genio, que no pudiendo conquistar á Roma, se conformaba con ensangrentarla;

Milón, era un Cicerón del puñal, que hacía del asesinato, el mismo uso que el otro, de la elocuencia: venderlo al mejor postor;

asesinado Clodio, por los gladiadores de Milón; desterrado éste; muerto Craso en su guerra contra los Partos; vuelto Cicerón de su destierro, más desacreditado que nunca, y, más necio que jamás; no teniendo nada que temer de Catón, que habiendo vuelto de Chipre después de haberlo saqueado, empleaba toda su energía, en repartir al pueblo coles y lechugas, sazonadas con máximas sobre la frugalidad, que su avaricia hacía vehementes, Pompeyo, no tenía á quien temer, en ese naufragio de su popularidad, que apreciaba por minutos; si César no hubiera vivido, Pompeyo habría sido el más

feliz de los mortales; pero... César vivía; y, Pompeyo temblaba...

el abismo se ahondaba, cada día más, entre estos dos candidatos al Imperio;

¿cuál heriría el primero?

Pompeyo, fué el primero en herir;

sin valor para hacerlo frente á frente, se amparó tras de la venerable nulidad de Marcelo, para pedir al Senado el reemplazo de César: se proscribió su candidatura de los comicios, ensayando en nombre del olvido, lo que no se osaba hacer en nombre del valor; y, no contentos con despojarlos de sus privilegios y, de su autoridad, Catón lo amenazaba, con acusarlo, obligándolo á la humillación de defenderse ó á la tristeza de morir, condenado por aquellos hombres, que no querían castigar en él, sino su gloria;

en vano, imploró al Senado por medio de los tribunos del pueblo y, la autoridad consular de Servio Sulpicio, que volviese sobre su acuerdo y, no lo privase de la comandancia que la voluntad del pueblo le había dado, ó que todos los generales inclusive Pompeyo, fuesen comprendidos en el decreto del Senado, y dimitiesen también;

no se le quiso oir, y, se le dió la orden, de su ejército y, presentarse en Roma;

Pompeyo, era el Amo oculto del Senado, y, era pues, Pompeyo, quien desarmaba á César;

el vencedor del mundo, vencido por la intriga, ¿en-

tregaría su espada ante sus enemigos, sin desenvainarla siquiera? ¿qué hombre en quien la virtud no hubiera sido una embriaguez, se habría desarmado así mansamente, ante las intrigas de un adversario pronto á anonadarlo?

sus legiones y sus cohortes, amotinadas, le pedían no abandonarla; sus amigos de Roma, le escribían no ceder, ante la envidia caduca, y, la dictadura omnipresente de Pompeyo; los tribunos del pueblo, vencidos en el Senado y expulsados de él, que habían abandonado á Roma, le conjuraban á venir en su auxilio, es decir, en auxilio del pueblo que ellos representaban y de la ley, que había sido violada en ellos;

entonces, marchó sobre Roma, dispuesto á anonadar, el poder que lo desafiaba;

llegado á la orilla del Rubicón, el *límite sagrado*, que la ley, prohibía pasar á los ejércitos en marcha, alucinado por su ambición, le pareció escuchar el sonido de una flauta, luego el de un clarín, y, vió sus legiones, hasta entonces vacilantes, ante la piedra sagrada, que era como el dios Terminus de la República, atravesar el río, y, llamarlo á grandes gritos desde la orilla opuesta;

entonces, espoleando su caballo, aquel caballo de patas tentaculares, que al decir de los historiadores, tenía dedos, que se adherían á las rocas, como una mano, y al cual le había sido profetizado, el Imperio del mundo, para el jinete, que lo montara, atravesó el río, y, lla-

mando á los dioses,—él, que no creía en ellos,—los puso por testigos de su crimen, y, desafiando á su fortuna dijo: *Alea jacta est*; la palabra de todos los aventureros sin alma, que han franqueado después la frontera indefensa del deber;

el crimen de César, no estuvo en pasar el Rubicón, para proteger la República, puesto que la República ya no existía sino de nombre;

su crimen estuvo en pasarlo para asesinar la Libertad, en vez de restaurarla;

si hubiese ido al socorro de ella, pasar el Rubicón, no era un crimen, era un deber;

no hay ley divina ni humana, que pueda alzarse ante un hombre ó un ejército en marcha para proteger la Libertad;

las fronteras de la tiranía, no son nunca sagradas; la ley, que las protege, no es una ley, es un crimen;

la tiranía, no tiene derecho de asilo en ninguna parte, ni aun en la Historia;

ya en la ribera opuesta, recibió los tribunos del pueblo, Antonio y Carió, que venidos de Roma, llegaron ante él, desgarrándose los vestidos, golpeándose el pecho, implorando con grandes alaridos, que fuese á vengar al pueblo de la ofensa que se le había hecho, expulsándolos, y, á castigar al Senado y, á Pompeyo, que habían cometido tan monstruoso crimen; las cohortes indignadas, pedían á César llevarlas á Roma, para ven-

gar el ultraje hecho á la majestad popular, y librarla de sus enemigos;

César, se lo prometió, y, marchó con ellos contra Pompeyo;

imposible pintar el desconcierto y el pánico, que la marcha de César, produjo, en el mundo gubernamental de la Urbe;

Pompeyo, no sabía qué hacer de su ineptitud, y pedía consejos á todos, incapaz de seguir ninguno;

¿dónde está tu ejército? le preguntaba la burla de Volcacio;

—«Hiere, con el pie en tierra, para que surjan tus legiones»—le decía Favonio... Y, aquel pobre grande hombre, se veía obligado á confesar que no tenía legiones, con que detener á César;... la oligarquía, perdía por minutos su ilusión sobre la grandeza de su jefe;... desvanecido ese miraje ¿qué quedaba de Pompeyo? lo que era: una fatuidad decaída;

todos giraban desconcertados en torno de esta ruina que empezaba á vacilar;

Cicerón, no sabía donde ocultar su miedo, yendo á todas partes, con un consejo que no se le pedía, y, dando una opinión, que nadie, ni Pompeyo, quería ya tomar en cuenta;

sólo Catón, dió consejos de valor, pero, nadie escuchaba á Catón; todos reían de él; sus trajes sucios, sus piernas desnudas, sus pies descalzos, sus ademanes diogenescos hacían reir á los romanos, tanto como sus

máximas, llenas de una ruda candidez; habían tomado el hábito de aplaudirlo por mofa; Roma, amaba á Catón, como una curiosidad; por nada del mundo, hubiera querido que se le hiciese mal: era su mono preferido,

Roma, reía aun de la Virtud; al entrar más de lleno en la Tiranía, llegaría á odiarla; los pueblos que apostatan de la Libertad, principian por el olvido ó la burla de la Virtud, y acaban por el odio de ella: llegan á odiarla como un castigo;

así, Catón, fulminaba, en vano, impaciente, de sacrificar una virtud cuya inutilidad le pesaba casi como un remordimiento; porque la esterilidad, es el más grande dolor de la virtud, y, es el solo castigo de su orgullo; Roma, moría por falta de virtud, y, Catón, no podía dársela; ¿por qué? porque á fuerza de aislarse en el orgullo de su virtud, Catón, había acabado por no tener otra virtud que la del orgullo; y, el orgullo, en épocas de decadencia, es una virtud sin contagio; frente á la Tiranía, él, basta á salvar un hombre, pero no alcanza á contagiar á un pueblo;

el Senado, caído de la esclavitud en el desprecio, no sabía qué hacer de su incertidumbre, y, se echaba en brazos de Pompeyo, pidiéndole salvar la República, á tiempo que Pompeyo se echaba en brazos del Senado, pidiéndole salvarlo á él; y, estas dos ruinas se consolaban mutuamente; eran dos miedos, que se abrazaban;

en el duelo de esos dos legionarios disputándose la co-

rona, los dos campos se diseñaron desde el principio, claramente ;

la Aristocracia, la riqueza, el Senado, todas las formas conservadoras, todo lo que era el pasado, se agruparon miedosas y tumultuosas en torno de Pompeyo ;

el Pueblo, los restos dispersos del partido de Catilina, el ejército, los legionarios licenciados, los extranjeros, á quienes había hecho ciudadanos, los esclavos, á quienes había hecho libres, los gladiadores, á quienes había salvado de la muerte, los griegos, á quienes había hecho romanos, los galos, á quienes había hecho senadores, todo lo nuevo, lo humano, lo que significaba el porvenir, estaba con César ;

en esa lucha, Pompeyo, representaba, el genio estrecho y agotado de Roma, que se moría ; César, representaba, el genio de la Humanidad, que iba á romper á Roma ;

la ola del pánico, cubrió la tierra toda de Italia ; se diría que una inundación de miedo arrasaba el mundo romano ;

Roma, se hizo un campamento de fugitivos, que huían ¿ de qué ? ¿ de quién ? ellos mismos no podrían decirlo ; en el pavor del momento, no habrían acertado á decir si estaban allí, para huir á César ó, para aclamarlo ;

César, avanzaba de triunfo en triunfo, del Pincenum á la Umbría, á la Etruría y amenazaba á Roma ;

nunca, después de Aníbal, tal viento de pavor había

soplado sobre la Ciudad Eterna ; se diría que el espanto aullaba entre los intercolumnios del Forum, y, al pie del Capitolio, donde la loba sagrada, miraba huraña, esperando ver aparecer sobre una de sus colinas, aquel que vendría á salvarla, ó á vencerla ;

Pompeyo, poseído de una cobardía senil, que deshacía el miraje de sus glorias militares, abandonó á Roma, huyendo en una desbandada que tenía todos los caracteres vergonzosos de la fuga y, el horror de una derrota, y, dejó a Roma abandonada, sin llevar siquiera el tesoro, que dejaba como la Ciudad, á merced del invasor, del cual huía, poniendo en esquivarlo tanto empeño como había puesto en provocarlo ;

lamentable espectáculo, aquel de Pompeyo y su partido, fugitivos ante César, desafiando de palabra aquel ante el cual huían, encargando así al ridículo de adornar su cobardía, y amenazando con la muerte... ellos, que apenas podían salvar su vida... Oyéndolos aplaudir á Sila, y, amenazar á Roma, con sus castigos, se creería escuchar la sombra del Dictador, fulminando sobre la Ciudad, vencida: *sermonis menacis, inimicus optimatum, hosti smens proscriptions meros Sylas* ;

fiel á su táctica de aplazar los conflictos, sin resolverlos, Pompeyo, soñaba en refugiarse en las provincias orientales, y venir desde allí, con un ejército de reyes, contra Roma ;

ese plan, que no era siquiera una táctica, sino una insensatez del miedo, debía ser fatal á aquella sombra de

Coriolano, perdida en la pequeñez de sus designios;

Pompeyo, huyendo, lo esperaba todo de la deserción, nada de la victoria; la deserción, no llegó á las filas de César, y, la derrota, si había de llegar, hasta el mismo campo pompeyano, en el terrible sitio de los Cinocéfalos;

entre tanto, las águilas de César avanzaban de victoria en victoria; sus ejércitos triunfaban por doquiera; Fabio Máximo, vencía, en Narbona; Valerio, en Cerdeña; Curión, en Sicilia;

sesenta días, bastaron á César, para someter á Italia;

después de organizar en Roma su Dictadura, con los restos de un Senado esclavo, vendido á la victoria, y del cual, el poder de las circunstancias, apenas alcanza á explicar, la miserable servilidad, César, partió, para el Egipto y, la España;

iba, según su frase, á combatir un ejército sin general, para volver después sobre Pompeyo, á combatir un general sin ejército;

la derrota que alcanzó las huestes cesarianas, en Bagnadas con Curión, con Dolabella y con Antonio, en Iliria, esos triunfos fugaces del pompeyismo, que hicieron desertar, por la centésima vez á Cicerón, hecho el adulador de la victoria, no inquietaron á César, que parecía decir á la barca de su Destino, lo que debía decir luego al barquero de Brindisi: «no temas, llevas contigo, á César y, su fortuna»;

vencedor en España, en una guerra de cuarenta días, en que perdonó un número de enemigos, igual á aquellos que venció, y, no se ocupó sino de licenciar los ejércitos que la derrota le entregaba, César, vino sobre Marsella, la tomó, y, cubierta ya su retaguardia, fué en busca de Pompeyo;

en tanto Roma, lo había proclamado, Dictador Perpetuo;

celebró sus triunfos con grandes regocijos, y, actos de clemencia, habituales en él, no como un sentimiento, sino como un cálculo; porque en César, como en muchos otros tiranos, la clemencia no era una Virtud, sino una Política;

sin embargo, conservando aún la máscara, democrática, no amnistió á los vencedores de Catilina, como un desagravio á los manes de aquel que le había precedido en la revuelta, y, á quien había abandonado á la hora del peligro; irritante superchería, de aquel, que negando su mano á Petreyo, que había vencido á Catilina, en el campo de batalla, daba la suya á Cicerón, que había pedido su muerte, y, había asesinado infamemente á sus amigos; así rehusaba César, su miseri cordia al valor, y, lo otorgaba á la Adulación; triste ejemplo del poder de la lisonja, aun sobre aquellos, que pudieran por su gloria, estar por encima de ella;

Pompeyo, después de haber abandonado á Roma, había perdido á los ojos del pueblo, toda forma de legalidad, y, César, habiéndola conquistado, tenía á los

ojos de todos, esa única legalidad de las épocas turbadas; la del Exito; esa legalidad, que sólo la disputan y, la resisten, los grandes hombres, que son por su carácter y su virtud, como los solitarios de su época; los pueblos la aceptan con el regocijo, que nace de su corrupción, ó la resignación, que viene de su impotencia;

el mundo, se dividió en dos campos: el Oriente, por Pompeyo, el Occidente por César;

Pompeyo, tenía de su lado, los reyes, los príncipes, la nobleza, el oro de los aliados romanos; César, no tenía sino su Genio, y, el favor que le venía de su leyenda democrática, que le hacía como una aureola, sobre su frente enigmática, cargada con el peso de un inconfesable designio;

el mundo, estaba habituado á obedecer á Pompeyo, y, aun á admirarlo, porque un largo ejercicio del Poder, abajando el nivel mental de los oprimidos, corrompe fácilmente su admiración, y, termina por hacerse admirar, de aquellos que tienen el hábito de obedecerlo; cuando la hora de la catástrofe suena, el hombre mediocre se muestra en su verdadera miseria, y, el pueblo, enfurecido contra sí mismo, rompe el Idolo, y, le retira su admiración, con su obediencia; y, ¿qué hace de ambas? las entrega á un nuevo Amo...

parece condición inmanente de la Libertad, no quedar pura sino en forma de deseo;

Roma, que como todos los pueblos en decadencia,

sentía la vergonzosa necesidad de un amo, se volvió del lado de César, para coronarlo;

y, la Victoria, vino en auxilio de Roma;

César, en fin, pasando el Epiro, y, entrando en Tesalia, se avistó con el ejército de Pompeyo, en Farsalia, sobre los campos mismos donde ciento cincuenta años atrás, Roma, había vencido á Grecia, de la cual, el alma helénica de César, parecía ser la última irradiación;

—¡Por fin! exclamó César, al ver al enemigo; ¡por fin!...

y, dando á su ejército por divisa: «Venus Victoriosa», comprometió el combate;

el choque fué terrible, en aquel campo cataulónico de la República Romana; el poder del *Pilum*, que hería á los jóvenes romanos en la cara, decidió de la victoria; los legionarios, hicieron pedazos á los arqueros de las huestes pompeyanas, y, cuando Pompeyo, sorprendido en su tienda por los gritos de los fugitivos, exclamó con un furor senil: ¡*Cómo*! ¡*hasta en mi propio campo*!, ya no tuvo tiempo sino de arrojar las insignias del mando, montar á caballo, y, escapar, por la puerta Decumana: César, llegaba; y, con César, el fin de la República Romana;

Pompeyo, fué á morir, en las playas de Egipto, bajo la espada de un retórico de Tolomeo, coronando así, con una muerte obscura, una vida, cuyo resplandor ha-

bía sido la más abyecta complicidad de la irónica demencia de los cielos y de los hombres;

César, no se detenía en gozar de sus victorias, como Aníbal. César, se apresuraba á aprovecharlas; y, persiguió á Pompeyo hasta Alejandría;

la espada de Septimio, atravesando su rival, le entregó el Imperio del mundo;

los apologistas de César, dicen que lloró al saber la muerte de Pompeyo;

tal vez! ¿no lloró Nerón, al firmar una sentencia de muerte?

lo último que muere en el Tirano, es, el cómico, que reside en él;

César, aprovechó su permanencia en Egipto, para seducir ó dejarse seducir de Cleopatra, y, ponerla sobre su lecho y sobre el trono; así, tuvo él, una nueva querida y Roma, una nueva aliada;

una campaña, que fué un paseo, por el Asia Menor, le bastó para vencer al Rey del Ponto, destronar al último de los Macabeos, y, coronar al primer Antipater;

vuelto á Roma, no le quedaba nada grande, qué hacer por la victoria, y, se ocupó en hacer todo contra la Libertad;

en ese desierto de almas, que es una Tiranía, el Silencio, se había hecho;

el Silencio! que es el homenaje del Miedo á la Tiranía; la Abdicación de la Palabra; la más grave de todas las abdicaciones;

la pasión de la palabra, que parecía haber sido el alma de esa época, trágica y sonora, que fué, el fin de la República Romana, esa época de Catilina, de Clodio, de César, de Cicerón y aun de Pompeyo, que también cultivaba la Elocuencia, como una arma de su prestigio, esa pasión que era como la vida y, la atmósfera de esa época, había pasado; el Silencio lo llenaba todo; Roma se había hecho muda ante César; parecía que la elocuencia hubiese muerto con la República, y, la espada de Farsalia, le hubiese cortado la lengua...

no:

la Elocuencia, no había muerto: Cicerón, vivía, para deshonrarla;

en medio de ese silencio, Cicerón, hizo el monopolio de la abyección hablada; él, que había aguzado los puñales contra César, diciendo, que «el asesinato de César, simplificaría muchas cosas»; era ahora el cantor ditirámbico de la clemencia del Dictador; su oración *Pro Marcellus*, llevó la lisonja á ese grado, en que la desnudez de su bajeza, hace enrojecer el rostro, no de aquel que la tributa, sino de aquel que la recibe; esa adulación sin fronteras, que supera y derrota todo comentario, ¿gustó al alma exquisita de César?; no podría asegurarse, pero lo cierto es, que la pagó, dando un alto puesto á su lado á Quintus, hermano del adulador; tal vez se proponía con ello, más castigar que aplaudir la intemperancia del elogio, mostrando á Roma la facilidad con que había comprado, á aquel que había sido

hasta última hora el amigo y el consejero de Pompeyo; pena inútil, porque ¿había en Roma, alguien que dudase de la versatilidad de Cicerón, ó de su insaciable venalidad? todos sabían que en aquella alma: *nihil habet amplura*; *excelsum nihil*;

César, no tenía necesidad de estas adulaciones, para el triunfo de sus designios; el pueblo le daba de corazón, la popularidad que otros compraban; sus soldados, lo adoraban; Roma, coronaba sus ambiciones sin freno, sus vicios esplendorosos y, sus crímenes sin bajeza;

el Imperio, era suyo; no le quedaba por vencer, sino un hombre: Catón;

refugiado en Utica, aquel terrible empecinado, era todo lo que quedaba de la República; era su símbolo;

y, César fué contra él;

Catón no resistió;

convencido de la inutilidad de su obstinación, licenció sus amigos, se hizo leer una página de Phedón, y, tomando su espada, de manos de un niño se atravesó con ella las entrañas;

CATON, no era un Genio, no era, sino una Virtud; no era un grande hombre, era un gran ciudadano; su grandeza, no radicó en el amor de las libertades, sino en el amor de las instituciones; su espíritu, no era el de la Revolución, era el de la Tradición; ¿no lo veis, con qué pertinacia, se orienta hacia el pasado? todo en él, era arcaico; todo, hasta su virtud; la imitación de Ca-

tón, el antiguo, fué el alma de su carácter; fué el mono de su abuelo, como Favonio, era su propio mono; ¿os acordáis del viejo Censor, tosco y furioso, implacablemente enconado contra la gloria de los Escipiones? ¿no veis como el nieto trata de reproducir en todo, aquella figura severa y brutal, tan digna de la Roma antigua? pero, ¡ay, los tiempos habían cambiado! la República, no existía sino de nombre, su desaparición, se hacía, lenta, pero segura, entre las conmociones y las borrascas; no había ya lugar allí, para esa virtud primitiva, que parecía exigua, porque no estaba siquiera, á la altura de los vicios que combatía; y, ¿qué vicios combatía Catón? los vicios pequeños, ó aquellos que perturbaban el orden de la Tiranía, porque los vicios de los poderosos, aquellos grandes crímenes que ahogaban en sangre la Libertad, le fueron indiferentes, ó queridos; los aplaudió con frenesí, ó guardó ante ellos, ese silencio culpable, que tiene los siglos por comentadores, y, la palabra de la Historia por castigo; nunca, se le vió del lado del Pueblo, del lado de la Democracia, del lado de la Libertad, siempre estuvo del lado del Poder, del lado del despotismo senatorial, al cual, en nombre del Orden, su virtud servía de alabardero; en las conmociones de Roma, entre Catilina y Cicerón, estuvo con Cicerón, fué él, quien le hizo conferir el título enfático de *Padre de la Patria*, por el asesinato infame de Léntulo y sus amigos inocentes; y, aun, en la hora álgida de la demagogia, entre las turbas de Clodio y los gla-

diadores de Milón, estuvo con Milón, es decir con el asesinato á sueldo del Poder, y, azuzó los gladiadores armados, contra todo lo que era liberal ó aparecía siquiera como libre; su espíritu estrecho no pudo comprender nunca la sublimidad de la rebeldía, y, no amó sino los sofismas rígidos del Orden, esa fué su sola pasión; y, fué al pie de esa bandera, que murió; ese gran ciudadano, tuvo hasta en sus extravíos el alma exclusivista de un *quirite*; todas las pasiones, asoladoras, duras y devastadoras de un romano, fueron en él; ni una centella del alma universal y humanitaria de los Gracos, brilló en la suya; espíritu limitado y rígido, tuvo todas las virtudes de su tiempo, menos la de un hombre libre; su vida, no solo fué estéril para la libertad, sino que le fué en ocasiones, fatal; su palabra sin elocuencia, no estuvo nunca al servicio del pueblo; en las grandes conmociones de la democracia, le negó siempre su apoyo, no tuvo nunca la gloria de defenderla, y, le sobró siempre el valor de calumniarla; nunca un gesto generoso, esbozaron sus manos implacables; ellas no se tendieron jamás para proteger la causa de los débiles, de los oprimidos, de los desamparados; ¿combatió la esclavitud, ó trató de endulzar siquiera sus rigores? no; tuvo esclavos por millares, y, los hizo mutilar y torturar, y, comerció con ellos, en un gesto de avaricia que solo igualaba á su crueldad; ¿persiguió acaso, el agio, que devoraba al proletariado romano? no; lo ejercía, con una ferocidad, que pedía á grandes clamores el sar-

casmo de un Moliere, romano, y, que por la tristeza de los tiempos, no tuvo, sino los rudos epigramas, de los Cátulos degenerados de la Suburra ; ¿ combatió la crueldad de los vencedores, ó la insaciable rapacidad romana ? no ; antes bien, la ejerció, hasta asombrar la terrible voracidad de los hijos de la loba ; ¿ quién saqueó á Chipre, hasta extraer de allí un tesoro de setecientos mil sextercios, y, dejar desnudas las paredes de templos ? Catón ; el austero Catón...

el valor moral de Catón, ante la Historia, con respecto á la Libertad es un valor nulo ; su grandeza, es una grandeza convencional y condicional : no tuvo grande sino su muerte ; murió representando el Ideal republicano, que había ya muerto y del cual, César, no degollaba sino el cadáver ; pero, murió fiel, al Ideal, tiránico, que representaba Pompeyo, y, que años después, había de adquirir todo su funesto esplendor, en la feliz mediocridad de Augusto ; su muerte, fué un ejemplo, más que un sacrificio ; fué una muerte estoica, no una muerte heroica ; ¿ por qué ? porque el suicidio, en los romanos, como en los griegos, no era un heroísmo, sino una voluptuosidad ; antes de que el vaho mefítico y, letal del cristianismo, obscureciera con sus terrores y sus mentiras la portada radiosa de la Muerte, morir era bello, morir era dulce al orgullo de las almas exquisitas y hurañas, porque era entrar en la inmortalidad, en la suave trasfusión, de los dioses y, de la luz ; eran esas épocas felices, en que la mitología bárbara del he-

braísmo, y, el misticismo embrionario de los esclavos, no había aún poblado de visiones y de horror, el seno maternal y hospitalario de la Muerte; morir, era un gesto noble, que ya las épocas menguadas no comprenden; era una forma de libertad, que la religión de los esclavos, había de matar, como todas las libertades, sobre la tierra;

sin embargo, Catón es grande, pereciendo ante el dilema de envilecerse ó de morir, que es el dilema que el día de su victoria, la Tiranía, pone sobre el corazón de los hombres honrados; su fantasma persiguió siempre la Monarquía, y, fué todo lo que quedó de la República romana;

de todas las pequeñas virtudes de Catón, no puede hacerse una gran virtud; de todas sus máximas no puede hacerse una Moral; de todos sus pensamientos no se extrae una Filosofía; no nos dejó sino el ejemplo de su muerte, y, con él, una figura de retórica, para afrentar á los tiranos que sean bastante iletrados, para creer que Catón, murió en defensa de la Libertad; su sombra sirve aún para ejercer un despotismo: el despotismo de la Virtud; ese despotismo, sin responsabilidades, que es tan dulce de llevar sobre los labios, y, que nadie ejerce sobre su corazón;

sobre la tumba de Catón, los vencidos de Utica, fueron degradados; ¿qué valían esos defensores de la Libertad vencida, ante la audaz victoria, coronada?

César, fué á España, refugio de los últimos pompe-

yanos, y, allí venció á los hijos de Pompeyo, tan nulos como su padre;

después de despedazar en Munda, los restos del ejército republicano, regresó á Roma; ya ebrio del vino de la victoria; celebró sus triunfos; fué declarado semidiós; decretó la Dictadura Perpetua; grabó su efigie en las monedas; se vistió de púrpura; instituyó el derecho hereditario, aunque no tenía hijos, reservándose el de adoptar los de los otros; reunió en sí todos los poderes; sin otro partido que el de su ambición, los envileció á todos y los dominó á todos; monarca, sin querer confesar la monarquía, la ejerció sin freno y sin control, y, bufo, en el fondo de su omnipotencia, para envilecerlo todo, resolvió ennoblecer á Cicerón; el sagitario de la diatriba, fué feliz, de esa resolución que atestiguaba el desprecio de César por la nobleza, y, no su aprecio por el plebeyo de Arpino;

durante cuatro años, la victoria siguió á César, por todas partes, como un lebrel de caza; el mundo fué suyo; y la tierra, y, el cielo, parecían estrechos, para el despliegue de las alas enormes de sus sueños;

con su corcel enjaezado para partir en guerra contra los Parthos, lo sorprendió la Muerte;

en la embriaguez de sus victorias y de su poder, había creído, que esa República, fundada por Marco Bruto, quinientos años antes, no daría de sí otro Bruto, para vengarla; ese error, tan común á la insensatez de las tiranías, debía serle fatal;

la República había muerto, pero, aun había republicanos;

la Libertad había sido degollada, pero, aun había hombres libres;

ya no había ejércitos, pero, aun había ciudadanos;

las espadas estaban rotas, pero aun quedaban los puñales;

ellos, se encargaron de detener á César, y, castigar su crimen;

el Usurpador, hecho Dictador Perpetuo,—como para añadir así, á la Omnipotencia del Crimen, la Omnipotencia del Tiempo—no logró con su Perpetuidad, ¡ oh irónica perpetuidad, de las cosas de los hombres!... escapar á la Muerte, y cayó atravesado el cuerpo, por veinte y, tres puñaladas, al pie de la estatua misma de Pompeyo;

la República, que no había podido salvarse, se vengaba;

el brazo armado de Bruto, fué el brazo de la Justicia; él arrojó el cadáver del Asesino en la misma fosa de la República asesinada, y, clavó sobre ella su puñal como un trofeo;

¡ inútil y glorioso gesto de la Virtud, tan noble como estéril! ;... él, no podía ya salvar la Libertad; no alcanzaba sino á honrar la Humanidad con su grandeza;

la Libertad, era un cadáver, y, nada podía resucitarla, ni la sangre;

Roma, había llegado á ese grado de abyección, en que la supresión del Tirano, no quita nada al horror de la Tiranía;

el puñal de Bruto, asesinando al Déspota, no pudo matar el Despotismo; César, no era una causa, César, era un efecto; ¿cuál la causa del cesarismo?; la corrupción del pueblo romano; ¿quién podría apuñalear al pueblo romano? el hacha de los bárbaros, estaba aun lejos, y, tardaría siglos en decapitar aquel pueblo culpable;

pero, la inutilidad momentánea de él, no quita nada á la grandeza, á la Virtud, á la Justicia, del gesto libertador de MARCO DÉCIMO BRUTO;

¿cómo pasar sin detenerse, ante esta gran figura, tan llena de prestigios y, de enigmas, la más alta, la más noble, en la culminación de los tiempos, que aparece así, sobre el promontorio escueto de las edades, en la confluencia de dos mundos históricos, dominando con su ruda inmensidad, los horizontes todos de la Historia?

el lenguaje de la Admiración, rara vez, se ha empleado en objetos dignos de ella, y, por eso, como un triunfo de la Ironía, sobre la bajeza admiratriz, se vé el objeto ensalzado plegarse bajo el elogio, derrumbarse, abrumado, por los arabescos bizantinos de la Retórica, pesada de servilidad;

pero hay figuras como esta de Marco Décimo Bruto, de tal manera enormes, tan rectamente orientadas ha-

cia la Gloria, y, prolongadas hacia el Mundo Invisible del Ideal, que la palabra de la Admiración, necesita alas para alcanzarlas, y, no va sobre ellas, sino hacia ellas, como una flecha, deseosa de tocarlas, y, perderse en la luz de su Inmortalidad;

en el silencio sagrado de las edades, sobre esa playa ya sin gritos del Pasado, donde se rompen sin rumores, las olas del mar de lo Infinito, esta figura de Marco Bruto, se muestra en su adusta enigmaticidad, como uno de esos colosos de granito, pletóricos de Misterio y Majestad, que el arte anónimo de los pueblos faraonitas, alzó en la linde del desierto, ó á las orillas de los grandes ríos, para dominar la soledad con su grandeza, ó ver con sus pétreas pupilas sin emociones, el desfile eterno de las olas, que van hacia el mar; como los hombres, y, los pueblos, hacia la Muerte;

ese taciturno y divino Marco Bruto, por la conciencia, por la consistencia, por la trascendencia de su virtud, hace de ella, uno como imperecedero, acre y, exótico perfume, que llena el mundo; ¿desde cuál lejana y deífica selva, ese cinamomo de la Inmortalidad, nos manda su alma embalsamada? de esa sagrada selva del Sacrificio Humano donde, ya no entra el hombre, sino hecho dios;

dos Símbolos, igualmente augustos, se alzan en los confines del mundo antiguo á la hora de su derrumbamiento: el puñal de Bruto, que mató á César,—y, la

cruz, del manso decidor de parábolas, que acabó el Imperio de los Césares;

¿de qué árbol, cortaron ese madero, que puesto en cruz, fué como la raíz, pivotal del mundo nuevo? ¿de cuál venazón oculta de la tierra, rica en fibrosidades divinas, salió ese acero inapelable, que por sobre las montañas de los siglos acumulados, brilla, como otra estrella de los Magos, diciendo al mundo esclavo: *surge, illuminare quia venit lumen tuum*?

¡gestos estériles, ambos gestos! el puñal y la cruz, nada pudieron; tras de la sombra de Bruto, se alzó, el Imperio Conquistador, tras de la cruz del Galileo, el Vicariato Dominador; la Libertad no surgió de estos dos grandes gestos de Venganza y de Martirio; pero esa esterilidad, no quita nada á la divinidad de su actitud; el Esenio, martirizado, fué hecho dios, envuelto en una adoración hecha del poder de la Leyenda; Bruto, obscurecido, espera aun su reinado, envuelto en su soledad inabordable, en el arca inhabitada, de la Leyenda del Espanto; el Visionario analfabeto de Nazareth, triunfó, porque el paganismo desaparecía de sobre la faz de la tierra; Bruto, es todavía, un Vencido, porque el Cesarismo, vive é impera, omnipotente sobre el mundo; si un día llega, en que la Libertad impere absoluta sobre la tierra, ese día será el reinado de Bruto, y, los hombres lo adorarán, pero, como pueden adorar los hombres libres: declarándolo el primero de los hombres, es decir, colocándolo por encima del último de los dioses;

la aparición vivificante de Bruto, en la confluencia obscura de los tiempos, no tiene del Milagro, porque no hay Milagro, sino ignorancia, pero, tiene del Prodigio, porque el Prodigio, es la brusca é instantánea Revelación de las grandes fuerzas ocultas que el Destino tiene en sus manos, y, de las cuales, sírvese á veces para prenderlas como faros, sobre las costas brumosas, en la tormenta equinoccial de la Vida, como la demostración de un principio existente de Superioridad, en esta forma vital, hormigueante de pasiones, que es el Hombre,

la teoría del Super-Hombre, es una vieja teoría prehomérica, sentida por los hombres, siglos y siglos antes de que ciertos filósofos descerebrados de hoy, pusiesen su precioso arcaísmo en circulación; el Super-Hombre en su divina forma de superioridad, excepcionalidad, y, eternidad, está todo, en Marco Décimo Bruto; la virtuología trascendental de su vida lo hizo el primero; la bajeza ingénita de los hombres, llena de obscuros sincretismos en fermentación, lo ha hecho: el Unico; después de él, principia la teoría vulgar del Heroísmo; la Herolatría, es un culto de vasallos; la Brutofobia, es una pasión de eunucos; en la obra abyecta y, melancólica, de los odiadores de la *gloria verdadera*, el odio á Bruto, es el primer deber; en el ritual palatino, la detractación de Bruto, es un dogma de antecámara; las bocas, aun cerradas, de los lacayos, como las puertas aldabonadas de los palacios, todas gritan contra él, ó se premunen de él; pero, su som-

bra, su augusta sombra vengadora, es llamada á grandes gritos, por el clamor de la Humanidad ; ella aparecerá un día sobre la tierra, hecha legión, y con ella, la Libertad ; por ahora, es, la hora de César, de todos los Césares ; y, los hombres ahogados bajo las rosas venenosas de la esclavitud, duermen, perseguidos por la obsesión de Bruto, odiándolo, y, sin embargo, protegidos por el divino rencor de su puñal ;

la naturaleza de Marco Bruto, naturaleza sin ímpetus, hecha toda de excepción, de reflexión, de abnegación, no está dentro del torbellino de la Vida, sino encima de ella, como un sol ; si esa palabra sin sentido, llamada lo *sobrenatural*, pudiera aplicarse fuera del Absurdo, ninguna otra, mejor que ella, para definir esa alma de elección, tan ajena á las pasiones pequeñas y, á los sentimientos que les son alícuotos ; alma de excelsitud, llena de pensamientos dignos de un dios, tal como los creadores de esa especie de mitos, los forjan, llenos de perfección ; su gesto no fué, como el de Milón, ó el de Clodio, el de un mecánico del puñal, pronto a hacer de Roma, un laboratorio de sus venganzas ; no, él era una alma pura, un estoico, abrevado en la fuente de las quimeras con que la filosofía espiritualista de Platón y de Sócrates, habían nutrido el alma del mundo antiguo, por eso, puso su pensamiento muy alto, por cima de los hombres, para no ir sino á la Idea ; no era á Julio César, á quien hería ; era á la Tiranía, encarnada en él ; el hombre, no entraba para nada en sus de-

signios, sino el crimen, aquel cobarde crimen inconfesado, que el hombre llevaba en su corazón; su sueño no era el de una Venganza Humana, era el de una Justicia Divina; y con el alma y, el pensamiento fijos en la santidad de su Misión, puso un pie en lo Invisible y, el otro en lo Eterno, y... ¿se precipitó? no: ascendió á la Inmortalidad; su Justicia, no fué un salto de Leucades; su Justicia, fué un Thabor; nada perecedero, nada interesado, nada vil, buscaba su puñal en las entrañas de César; no buscaba sino el Crimen; que César viviera, eso importaba á Marco Décimo Bruto, como hombre; César, lo amaba como un hijo; gozaba en acariciarlo como tal; ¿no había dado orden de ahorrar su vida, en el vértigo de la batalla de Farsalia?; después de su victoria, ¿no había hecho todo lo humano por atraerlo á su partido, sincerándose ante él, del Crimen de aspirar al Imperio?; le había dado el Gobierno de la Galia Cisalpina, y, lo había nombrado Pretor, defraudando la ambición de Casio, y, atrayéndose su odio, que debía serle fatal; cuado había hecho instituir el Poder Hereditario, había pensado en Bruto, nombrándolo *in petto* su heredero; la Historia, que como toda cosa de hombres, tiene odio á la *verdad verdadera*, y, ama la Leyenda, porque es la forma afortunada de la Mentira histórica, hase dado á propalar que Bruto, era hijo de César;

Cronología, fiel hermana de la Verdad, ven, y, díles, que, cuando Bruto nació, César, tenía quince años,

y, no podía, físicamente, ser su padre, que aquella palabra de agonía, que hace estremecer las entrañas de la Historia, aquel *tu quoque* FILI MI, tan doloroso y tan profundo se refería, á una paternidad hiperbólica, exclusivamente espiritual, que su corazón daba á Bruto á quien amaba tan tiernamente, como si fuese su hijo, porque sabido es que Servilia, madre de Bruto y, hermana de Catón, fué la más grande y más duradera pasión de Julio César, ese corrompido y tornadizo hombre de amores; cariño paternal tan grande, era el de César, que había adoptado á Bruto en su testamento y, lo nombraba heredero de su Poder; quitad el alma noble á Bruto, dejad morir á César, en su lecho, ó desaparecer en esa guerra de los Parthos, que iba á emprender, y, Octavio, os sería ignorado; el llamado siglo de Augusto, no viviría con ese nombre en la Historia;

Desde luego, afirmarse puede como cierto, que el ser hijo de César, no habría detenido el puñal de Bruto, en su camino; era de raza de tiranicidas y de justicieros, hechos á herir el corazón de la Iniquidad, y, su propio corazón; por su madre, venía de aquel Servilius Ahala, que en los comienzos de Roma, había matado con su puñal, á un Tribuno turbulento, para librar al pueblo de su tiranía; y, por raza paterna, ¿su abuelo, no había condenado á muerto y hecho ejecutar sus propios hijos, como cómplices de' crimen de haber querido restaurar la Monarquía? no busquéis en nombre de la Naturaleza, las fibras sentimentales en aquel ser

de perfección; no se las dió el Destino, porque poner no quiso en su corazón, fuente ninguna de pequeñez, ni apocamiento; ninguna pasión vulgar, fué pasión suya;

independiente de todo dogma de servilismo, y, de toda Etica condicional y reticente, ¿registráis en la Historia, un gesto más *personalmente desinteresado*, y, por ende más puro, que aquel de Marco Décimo Bruto, matando á Julio César, para salvar la Libertad? un Bruto, fundó la República, y, el último Bruto, la vengó, ya que no pudo resucitarla; ¿no os parece ver en eso un gesto equitativo y visible, de ese algo, obscuro y formidable, que es el secreto de las tinieblas, y, que se llama: el Destino?; ¿no os parece esa figura de Marco Bruto, la más digna de dominar con su impenetrable grandeza, el torbellino huracanado de los siglos?

la dinastía de César, como toda cosa mala y vulgar, se hace común; la dinastía de Bruto, como toda cosa de selección y, escogimiento, se hace rara; ¿por qué? porque con ser la Ambición, pasión tan grande y avasalladora en el corazón del hombre, una hay que le es superior en intensidad, que lo ahoga y, lo domina todo, en su débil corazón: el Miedo;

el cesarismo, se ha hecho una Religión, y, Bruto, queda un Apóstol, sin prosélitos; ¿por qué? porque el Crimen de César, es humano, está más cerca de la chusma y, la vileza, es, la emboscada silenciosa y, letal, donde se duerme el rebaño, ansioso de ser castrado; y ¿el otro? el otro, es, la cima; la ascensión hasta él,

fatiga todo lo que no sea alas de águila, o fuerte pezuña de león; no hay familiaridad posible con esta gloria; nadie se acerca al rayo;... el cesarismo, queda siendo siempre un vicio de los hombres; la Justicia, queda siendo, una virtud de los dioses; toda madera es buena para hacer un César, y, la más vil, es la mejor; pero, no toda arcilla, es la divina arcilla, para hacer el Hombre Superior, dominador de la Muerte y, del Destino; he ahí, porqué un César, es algo, archivulgar y fétido, que se vé todos los días, en los estercoleros de la política, en tanto que, un Marco Bruto, es, algo extraordinario, excepcional, y, suprahumano, que no se da sino en la pureza inmaculada de las altas montañas del Ideal, colindantes con el difuso Infinito: ese es el Mesías verdadero, el Mensajero de los dioses, enviado por ellos, y, que no aparece sino de tiempo en tiempo, para alumbrar con el rayo de su puñal, las tinieblas del porvenir, y, mostrar á los siglos degradados, que aun existe la raza de los hombres sobre la tierra;

los pueblos, continúan siendo pródigos de ese vicio, llamado César; y, los cielos, continúan en ser avaros, de ese tesoro, llamado Bruto; dadme un Bruto, todos los días, en el mecanismo abstruso de la política, y, el cesarismo, habría muerto, en el vientre de la Iniquidad, que es su madre; el limo mierable de que está hecho el hombre, no es la levadura del Prodigio, y, por eso, la antigua y augusta forma de Virtud, que se llamó Mar-

co Décimo Bruto, no aparece todos los días, sobre la soledad moral del mundo, en ese vasto Imperio de la Servidumbre, batido por el oleaje salobre de las lágrimas del Hombre;

la admiración al César; ¿qué lacayo, no la tiene en el fondo de su alma, domesticada y, menesterosa? la admiración á Bruto; ese es el distintivo de las almas de excepción, las almas superiores, exquisitas y libres, llenas de la concepción perfecta de la Libertad;

¿quién podrá levantar nunca el alma de un esclavo, hasta la admiración á Bruto? sería alzarlo de súbito hasta la Redención, suprema, ilimitada; ¿no moriría de un vértigo de luz? la Naturaleza, sabia, hizo el Sol lejos de los hombres, para no arderles las pupilas; así con ciertos resplandores de la Virtud, que surgen violentamente, de lo Eterno;... es necesario educar los ojos del alma; para su contemplación; así, con la gloria de Bruto, abriéndose paso con su puñal, á través de las épocas, arrodilladas, y, por entre la aglomeración de los siglos de la Historia;

ante esa gloria, única, cargada de Enigma y de Silencio, no quedan, sino dos actitudes: insultarla ó adorarla; ¿sois almas de esclavos? insultadla; es, la única manera que tenéis de no envilecerla; ¿sois hombres libres? adoradla; inclinad ante ella la cabeza, ya que un Hombre Libre no dobla nunca las rodillas;

....

....

el asesinato de César, no hizo, sino añadir un prestigio más á su gloria, ante la sentimentalidad enfermiza de las almas;

la gloria de César, es hecha de seducciones y, de complicidades, y, es necesario reaccionar contra esa gloria; la más grande, pero la más fatal, que haya existido contra la Libertad; porque él, ha engendrado todos los tiranos, desde aquellos que con su gloria deslumbran a los pueblos, hasta aquellos, que con su pequeñez, todo lo deshonran, hasta el crimen; no ha habido uno solo de ellos, que no haya creído, llevar en su insuficiencia, un átomo del alma de César; su tiranía, más que su gloria, los fascina, y, no pudiendo igualar su genio, se conforman con lanzarse de bruces en el crimen;

la gloria de César despide un resplandor tan grande, que la sombra de su delito no alcanza á ocultala;

es necesario sacudir la fascinación de esa gloria;

ya que no ha sido posible á muchos negarle la admiración, que sea al menos permitido á los hombres honrados negarle su aplauso;

que la Historia no sea culpable de haber aplaudido el crimen, después que otros han admirado al criminal;

el contagio de esa admiración, deshonra á la Historia y á los historiadores; ya que no puede vengar la Libertad, la Historia, no puede aplaudir su vencimiento, ni menos regocijarse de él, absolviendo siquiera, sea, con su silencio, al vencedor;

¿en nombre de qué pretende rehabilitarse á César?

¿en nombre del Genio?

el Genio, que sirve para explicar el triunfo, no sirve para excusar el crimen;

disculpar el crimen por el genio, eso sería deshonrar la Historia, por amor á la paradoja;

rehabilitar el despotismo, es tarea de esclavos, porque en el despotismo, no hay noble sino los odios que inspira, y, no hay otra virtud sino aquella que lo elimina;

la grandeza de un criminal, no quita nada á la enormidad del crimen, antes la aumenta;

las intemperancias del elogio, no pueden conquistar las conciencias honradas, para los aventureros de genio, que no se distinguen de los criminales vulgares sino en las proporciones dadas á su delito, por la complicidad cobarde de las adulaciones;

la probidad de la Historia, no soporta esos ultrajes á su criterio moral, ni puede abandonarse á esas cobardías que la deshonran; ella, no sólo niega al Crimen su aquiescencia, sino que le niega su alma, ella, tiene el deber de emanciparse de esas admiraciones, que viviendo por el fondo de corrupción, que hay en el corazón del hombre, perduran en la humanidad por el contagio de ese mismo vicio, que se extiende hasta la posteridad, como el virus de un mal vergonzoso que corrompe y degrada el espíritu humano;

la gloria de César, es de esas glorias que es necesa-

rio herir, aunque para herirlas, haya que cerrar los ojos, por temor de ser deslumbrado por ellas;

ese fulgor del genio, que brillando en los ojos de Mario vencido, desarmó el brazo del esclavo, designado para matarlo, no alcanza á desarmar la Historia, á no ser que el historiador sea un esclavo de la admiración, puesto al servicio del Crimen;

frente á la gloria de César, es necesario apresurarse á degollarla, para no tener la debilidad de perdonarla; encolerizarse con ella, por temor de enternecerse ante ella, y, abrazarse ciegamente á la justicia, para no ser desarmado por la admiración;

amar más la Libertad que la Gloria, es la sola fuerza posible para odiar á Julio César, ese hombre que cortejó tanto la Democracia, sin llegar á amarla, que no la sirvió sino para explotarla, y, que traicionando la Libertad, traicionó su propio genio, que esa el único digno de salvarla;

reaccionando contra esa gloria, probaremos, que si esa tiranía, no nos seduce, no hay ninguna sobre la tierra, que pueda seducirnos; y, que colocados como Bruto, entre César y la Libertad, optamos por la Libertad, y, condenamos á César, no pudiendo ya ejecutarlo; y, lo entregamos al brazo armado de la Justicia histórica, esa gran tiranicidad, encargada de vengar los pueblos que no saben vengarse y, castigar la audacia de aquellos hombres, que la cobardía de los otros deja impu-

ne; y, así probaremos, que al escribir la Historia, no puede sobornarnos nada, ni aun el Genio;

en presencia de Julio César, como en presencia de todos los tiranos, es necesario, que los historiadores, no asalariados por el éxito, y, no corrompidos por la gloria, hagan con su pluma, lo que Bruto, hizo con su puñal, mostrando así, que si por veredicto de la vida, no les fué dado el honor de llegar á tiempo al Senado de Roma, para ayudar á la obra de Bruto, al pie de la estatua de Pompeyo, sí les fué dado llegar á tiempo al pie de la estatua de la Justicia, para aplaudirla;

la orgía, en que se desarrolló el genio de César, no añade nada á su magnificencia, como no disminuye nada á su tiranía la absurda pretensión de creerla necesaria;

¿hay un solo despotismo en la Historia, que no se haya dicho, necesario á la salud del pueblo?

¿cuál es el tirano, que no se haya proclamado, indispensable al orden y, á la Salvación de la patria?

esa vocinglería asalariada y, esos gestos enfáticos, que alcanzan á engañar á los esclavos, no pueden seducir los hombres libres; ellos quedan fieles á la Verdad, adscritos al partido de la Libertad, que no admite nunca las tiranías necesarias, y, las condena como un crimen;

el crimen de la tiranía, no ha sido nunca necesario al mundo, ni lo será;

la Tiranía, no salva nada, y todo lo destruye;

no es el crimen, de haber hecho la guerra, el que se culpa en César: él, no hizo la guerra, la aceptó;

su crimen no, es, haber asesinado la República que estaba muerta ya, por la tiranía de los nobles, y, la dictadura de Pompeyo: su crimen es no haberla restaurado;

el crimen de César, no es haber destruído la libertad de Roma, puesto que ya no existía, sino no haberla dado al pueblo, que confiaba en su victoria, y, no haberla restaurado cuando Roma se refugió á la sombra de su espada;

ése fué su crimen, y, por ese crimen mereció la muerte;

el alma humana, tiene la pasión de la Justicia, y, por eso, lo que más la indigna, en la Tiranía, no es su iniquidad, sino su Impunidad, esa irritante Impunidad, que viene, no del valor de los tiranos, sino de la cobardía de los pueblos;

por eso, los hombres libres, se regocijan del asesinato de César, y, lo aplauden; los esclavos, lo lloran todavía, y, como los libertos de Nerón, esperan que vuelva entre ellos, y, se entretienen en coronar todos los advenedizos victoriosos, creyendo ver en ellos, la sombra augusta de César;

los siervos de Roma, el populacho, los pretorianos y los mercenarios, no estuvieron con Bruto y, los libertadores; ese fango social en el cual han nacido y pros-

perado todos los despotismos, tenía que ser adverso á la Libertad, y lo fué;

el grito de: «*El* tirano, ha muerto! Muera la Tiranía!» dado por Bruto y, sus amigos, expiró en el vacío;

César fué hecho dios;

y, Bruto, vencido, fué á expirar en Filipos, exhalando al morir, todo el dolor de su alma estoica, exclamando: «Oh Virtud! yo, te había adorado como una divinidad y, no eres sino una palabra»;

y, con el mismo puñal, tinto en sangre de César, se atravesó el corazón;

los pretorianos en acecho, se apoderaron de Roma; el ruido de sus armas llenó el foro, y estremeció el Capitolio, mudo de toda elocuencia;

Cicerón, murió en esas horas de tumulto; fugitivo de Roma; indeciso como siempre; meditando alguna adulación para Antonio, á quien había ultrajado, y, que era el amo del momento, fué alcanzado, por Herencio, enviado para matarlo; á la vista del centurión hizo detener su litera, y, tendió el cuello al asesino; éste le cortó de un tajo, y llevó la cabeza á Antonio; Fulvia, que tenía el alma de una loba, la puso en sus rodillas y, le atravesó la lengua con los alfileres de su tocado; la sanguinaria meretriz omnipotente, vengó la Libertad; ¿quién dirá nunca, los misterios inacabables, que hay, en esa palabra: Justicia?...

muerto César, Antonio y, Octavio, se disputaron los jirones de su púrpura;

Antonio, era el centurión más desvergonzado y más vulgar de todos los pretorianos de Roma; manchado por todos los vicios, su disolución asiática, no fué igualada, sino cuando con el andar del tiempo, Calígula y Heliogábalo subieron sobre el trono; era bufón como Sila, y, ebrio como él; depravado y sanguinario, el amante de Cleopatra, creía llegada la hora de subir sobre el trono, y, reinar sobre la tierra; ¿no tenía bastantes vicios para ello? su burda ambición, no lo engañaba; era bastante infame y bastante vil para merecer el Imperio, en esa hora aciaga, en que la República había muerto; cuando una democracia ha desaparecido, toca á la brutalidad el imperio de los acontecimientos; allí donde la libertad ha muerto, es al vicio, al que toca dominar;

nadie más digno de la púrpura que Antonio: ningún vicio le faltaba;

la suerte lo dispuso de otro modo; y, la batalla de Actium, libró al mundo, del dominio de este hombre, tan digno de ser su Amo;

Octavio quedó solo; y ese joven pálido, enfermizo, mediocre, que para no tener ninguna virtud romana no tenía ni la del valor, sedujo al mundo por su debilidad y, se le dió la púrpura en cambio á su cobardía;

y, el Imperio fué:

¡ Salve Imperator !

FIN

Acabóse
de imprimir
esta obra en los
talleres tipográficos
de A. Marzo,
San Hermenegildo, XXXII
duplicado, Madrid,
el día XV de Diciembre
de MCMXVI
años.